

ASCÁSUBI, HILARIO (1807-1875)

ANICETO EL GALLO

ÍNDICE:

Nº 1

Buenos Aires.- Año de 1853

Nº 2

Buenos Aires.- Mayo 25 de 1853

Nº 3

Buenos Aires.- Junio 3 de 1853

Nº 4

Buenos Aires.- Junio 13 de 1853

Nº 5

Buenos Aires.- Junio 22 de 1853

Nº 6

Buenos Aires.- Julio 2 de 1853

Nº 7

Buenos Aires.- Julio 12 de 1853

Nº 8

Buenos Aires.- Julio 23 de 1853

Nº 9

Buenos Aires.- Agosto 4 de 1853

Nº 10

Buenos Aires.- Setiembre 3 de 1853

Nº 11

Buenos Aires.- Marzo 12 de 1858

Nº 12

Buenos Aires.- Marzo 19 de 1858

Nº 13

Buenos Aires.- Marzo 27 de 1858.- Jueves Santo

Nº 14

Buenos Aires.- Octubre 1º de 1859

Nº 1

Buenos Aires.- Año de 1853

Gaceta joco-tristona y gauchi-patriótica

Hasta que... no quiera Dios,
se aproveche algún cualquiera
de todo nuestro sudor.
-Chano.

Esta gaceta saldrá una vez por semana, allá por el jueves o viernes, que es día de los pobres, pues la escribirá un gaucho pobre.

Prosa del trato entre el imprentero y yo

Ahora noches pasadas, con permiso de mi comendante, me amanecí *payando* en un fandango, donde me *compromisé* con una mocita muy donosa y seguidora a largar cada semana una gaceta gaucha, con argumentos y compuestos a favor de *nuestro aquel*, en la justa causa que defiende la *Guardia Nacional*. ¡Ah, criollos!

Esa misma noche hubo en el baile una jugada *juertaza*, como que toda la mozada anda platuda, y yo, que no andaba *cortao*², les prendí, seguiditas siete suertes morrudas al *paro*; de manera que amanecí muy enrestao, y medio divertido³. Me largué de allí a comprar un poncho lindo y unas botas a la moda, con borlas, que me costaron una barbaridá de plata; y al fin no me costaron nada más que haber echao suerte.

Así fue que sin recatiar largué el *mono*⁴ por el par de botas, y al tiro me las puse y salí a la calle, porque es la moda en esta *patriada*; y entre la gente de *ajuera* y de adentro hay muchos jefes y soldaos y paisanos que hoy se ponen las bolas así con borlas; a la cuenta echarán suertes al *paro*⁵.

En fin, salí de la zapatería y me fui a buscar un *imprentero* para tratar por la hechura de mi gaceta: y preguntando en la Polecía me dijieron que vivía uno, de allí de la cárcel, calle arriba.

Para allá rumbié hasta que di con la casa del imprentero.

Entré por una puerta grandota, y a la *zurda* del zaguán estaba un cuarto abierto; y queriendo colarme en él, trompecé fiero en los umbrales de la puerta, y enredao en el poncho salí al medio del cuarto haciendo cabriolas, pero con el sombrero en la mano y dando los buenos días a un hombre de antiojos que allí estaba, y que me pareció *carcamán*, el cual se *retobó*⁶ al verme, y echando mano a un garrote me dijo a gritos:

-Oiga Vd., animal: ésta no es la pulpería para entrarse cayendo.

-Dispéñseme, patrón, yo venía...

-¡Qué patrón ni qué borrico! váyase Vd. a dormirla...

-Señor, yo no vengo *mamao*, sino por ver si, pagándole su trabajo, me hace el cariño de mandarme *aprensar*⁷.

-Vaya Vd. a que lo aprensese el demonio, y le sacará un barril de aguardiente. -Pronto, salga Vd. fuera.

-Bueno, bueno, patroncito, me largaré, ya que ni por plata me quiere *aprensar* mi gaceta de gaucho.

-¿Cómo? ¿pues qué, Vd. quiere hacer imprimir algo?

-Mesmamente, señor.

-Si se hubiese Vd. explicado...

-Me turbé, patrón.

-Y bien ¿qué quiere Vd. mandar imprimir? ¿Un periódico?

-Cabal: acertó, patroncito.

-Pero, eso demanda gastos; ¿tiene Vd. cómo pagarlos?

-Velay, le dará su trabajo adelantao, y nos acomodaremos, alvirtiéndole que no soy mozo *lechero*⁸.

Entonces eché mano a mi *tirador* y saqué un rollo de papeles *overos-rosaos*⁹, que le largué al hombre sobre una mesa, y el *Uropeo* viejo abrió tamaño ojo a la *mosca*.

-Bueno, bueno. Se le imprimirá a Vd. su periódico; pero, para no comprometerme, necesito saber en qué género... escribirá Vd.

-¿En qué género dice? en papel.

-Sin duda: pero, no es eso: de qué materia o asunto tratará Vd. en su gaceta.

-No hablaré de materia, señor, porque me da asco, pero trataré de toda laya de asuntos.

-¿De veras?

-¡Oh! ¿y qué se ha pensao?

-¿Con que Vd. se encuentra capaz de escribir un periódico?

-Valiente, patrón: ¡pues no he de ser capaz! Mire, señor, de balde me ve de facha infeliz; yo soy hombre corrido, sabido, leído y escrito, porque de *charabón* me agarró un *flaire* que confesaba a mi hermana, y me llevó al convento de San Francisco, adonde me enseñó hasta la mitad de la *Bramática* en latín, y el ayudar a misa; y no aprendí la *Jergafría*, porque le hice una *juida* al padre, y luego me agarraron de leva para los barcos, cuando la guerra con Portugal; y entonces me soplaron de tambor a bordo de una *boleta*, que la mandaba un oficial de marina criollo, patriota y guapo, medio parecido a muchos de los de hoy en día... sí, señor.

-Hombre: qué historia tendrá Vd. ¿no?

-Escuche. Pues, señor, como le iba diciendo: en la boleta salimos y anduvimos por esos mares de Cristo trajinando de corsario, hasta que nos pegó un *albazo* y nos agarró con barco y todo un comendante llamado *Yuan das Botas*, guapazo el Portugués; y ese mismo me llevó a Portugal, y me tuvo hasta que me le escapé en otro barco y fui a dar por las tierras de Uropa en la Ingalaterra y la Francia; y por allá me aguanté como cinco años, de manera que hasta soy *lenguaraz* en esas lenguas. Luego de Uropa, caí a Malparaíso: de allí por la cordillera atravesé y anduve en todas las guerras del dijunto Quiroga, que esté gozando de Dios, y de ahí vine a Entreríos, y últimamente a Buenos Aires, aonde estoy a su mandao.

-Gracias, señor literato.

-No me llamo Liberato, patrón.

-¿Y cómo se llama usted?

-¿Yo?... Aniceto Gallo.

-¿Gallo?... ¿Entonces será Vd. cantor?

-Sí, señor.

-¿Y músico?

-Regular.

-¿Toca Vd. algún instrumento?

-Toco.

-¿De cuerda?

-Es verdá.

-¿Qué instrumento toca de cuerda?

-La campana.

-¡Diablo! es Vd. de todo punto muy agudo.

-¿Puntiagudo decía? no, señor, soy medio *redondo*.

-No, no. ¿Y de viento, qué instrumento toca usted?

-El organito, ese que tocan por la calle los carcamanes.

-¡El organito, eh!... Y... ¿habla Vd. algún idioma, señor Aniceto? porque eso es muy necesario para un periodista.

-El *aidomia* no entiendo, pero hablo en la lengua de Inglaterra y de Francia, aunque medio *champurreadito*.

-Vamos a ver, pues, cómo se explica Vd. en francés.

-Como guste, patrón.

-Oiga Vd.

-Pongo el oído.

-Dites moi, vous parlez français?

-*Güi, musiú.*

-Vous êtes Sauvage Unitarie.

-Salvaje!... A present, *ne pas, musiú.*

-Alors; vous êtes Federal?

-¡*Zape*, diablo! Le dije a un gato *colorado*, que vino a jugar a arañándose las borlas de las botas, y me las desató.

-Eh bien: vous êtes Federal? Dites moi.

-Non, musiiú, rien du-tú.

-Mais, de quel parti êtes vous, monsieur Gallo?

-Musiú: yo soy del partido de las *Conchas*: ¿entiende?

-Et votre opinion politique?

-Musiú: yo tengo la opinión de buen gaucho argentino; y lo demás *rien du-tú*.

-Bien: ya veo que habla Vd. en francés como ciertos elegantes que pasean por la calle del Perú.

-Puede ser, patroncito, aunque yo no presumo...

-No, no; en francés se explica Vd.: veamos ahora en inglés.

-Ésa es lengua de los diablos; pero en fin...

-Pregunto, señor Aniceto.

-Respuendo, patrón.

-Do you speak english?

-Yes, Sir.

-Will you take a glass of grog?

-Very well: alcance, patrón.

-Stop. Will you take some roastbeef and plumpudding?

-Yes, very gut, véngase con un *bifisquete*, señor.

-Sí, sí; bien lo merece Vd., porque es hombre habilísimo y capaz de ser un buen periodista. En esta confianza escriba Vd. su gaceta, y para publicarla disponga Vd. de mi tipografía.

-¡De su tripagofría!... ¡Ahora sí que me *ató las bolas*, patrón!

-Bueno, bueno; átese Vd. las borlas de las botas, y dele un puntapié a ese gato majadero.

-Déjelo, señor, ya me voy *a largar* con su licencia, para mandarle lo que escribiré. ¿No le parece?

-Bien: mande Vd. el original del prospecto.

-¿El orejónal?... ¡Barajo, qué terminacho! ¿y el otro?... Bueno, señor, le mandará eso mismo.

-Corriente, señor Aniceto. Escriba Vd... y tenga pulso, ¿eh?

-¿Pulso?... Al que yo le largue un *caracuzazo*... ¡a qué le cuento más vale!... Con que, ¿será hasta mañana?

-Hasta mañana, amigo Gallo.

-Hasta mañana, señor.

Después de esta conversación me largué al cuartel; y en la *cuadra* mi comendante D. Camilo Rodríguez se alegró cuando me pilló escribiendo el primer número de la gaceta... que allá va, caballeros!

ANICETO EL GALLO

Buenos Aires. - Mayo 19 de 1853.

Velay que de gacetero
se presenta un Gaucho neto,
aunque no larga prospeto
sigún dijo el imprentero.
¡Qué prospeto! el delantero
debe llamarse, a mi ver;
pues largarlo viene a ser
como puntiar y decir:
paisanos, voy a escribir
Gacetas para vender.

Para venderlas, repito;
y es bueno que lo prevenga,
para que naides me venga
con «lárgueme un papelito,»
que ando atrasao: y maldito
sea quien causa mis males,

y estas pependencias fatales,
y los revolucionarios,
y los maulas Unitarios,
los brutos Federales...

Que todos como en rodeo
tienen a la paisanada
infeliz y aniquilada
con el sitio y el bocleo:
y siga afuera el cuereo,
la guerra y la destrucción,
porque allá cierta faición
pretende que un triste ñato
nos suelte por Liebre un Gato
que nos arañe en montón.

Entre tanto, acá a imisiones
nos vamos adelgazando,
y por junto van quedando
unos cuantos barrigones:
y hacer estas reflexiones
es tarea peligrosa,
porque anda tan cosquillosa
la gente de cola alzada,
que a la más leve palmada
cocea por cualquier cosa.

Pero, ¡qué! yo no me asusto,
ni hago en mi opinión gambetas:
así diré en mis gacetas
lo razonable a mi gusto;
y si se enoja el Injusto
¿cómo lo he de remediar?
Ya me han hecho arremangar;
y al diablo, si me relincha,
he de apretarle la cincha
hasta hacerlo corcoviar.

Siendo así, el más bien montao
de esta o de aquella faición,
si espera una adulación
mía, vive equivocao:
porque a mozo bien portao
ningún gaucho me aventaja,
y, si nunca saqué raja,
procediendo así, lo fundo

en que «naides en el mundo
sabe para quién trabaja.»

Luego, a fuerza de esperencia
y de tanto desengaño
que he sufrido, no es extraño
que aprecio con preferencia
vivir con independencia
de todo aquel que se eleva,
cuando el mundo me comprueba
la idea que siempre tuve
de que... ¡quien más alto sube,
más fuerte porrazo lleva!

Creo que a ninguno muerdo
con mi modo de decir,
y que dará a colegir
que no soy gaucho muy lerdo;
de balde a veces me pierdo
de poncho entre los tapiales
por trajinar cuatro riales
a la taba,creanló:
que no saben lo que yo
más de cuatro gamonales.

Y si saben, les importa
recordar ¡cuánto han sufrido
los veinte años que han vivido
con bozal y a sogá corta!
y no comerse la torta
que el Diretor quiere darnos,
con intención de empacharnos
parejitos a la vez:
y otros veinte años después
a su antojo embozarnos.

LAMENTOS A VUECELENCIA EL DIRETOR PROVVISOR

Señor: medio a mi pesar,
Dios y la Virgen lo sabe,
a lo gaucho en tono suave
me le voy a lamentar.
Para eso quiero largar
cada semana un papel

pensando decirle en él
la verdá, y tenga pacencia,
pues no ha de ser Vucelencia
menos que don Juan Manuel.

No seré desvergonzao,
ni embustero, le prometo:
ya sabe de que Aniceto
es gaucho humilde y bien criaio.
De balde estoy agraviaio
y flacón por Vucelencia:
y es de pública evidencia
que me atrasó sin razón;
pues, ni así pienso, patrón,
tratarlo con insolencia.

Con la verdá por delante
de firme le alegraré,
como es justo, y como que
es rigular que me aguante:
pues cuando fue comendante,
aunque ya era temerario,
no fue entonces mi contrario,
sino gaucho de los míos,
y, como yo en Entreríos,
ñato y Salvaje Unitario.

Por eso de allí apuraos,
juyendo como ñandú
en redota a Paisandú,
nos guasquiamos asustaos:
y llegamos escaldaos
de la corrida tan fiera;
y entonces naidas creyera
que Vucelencia emplumara...
pero, hace punta y dispara,
asustao como cualquiera.

Luego a la Federación
Vucelencia se pasó
y a los Salvajes dejó
llamándose a narigón
y de ahí principia, patrón,
su carrera relumbrante,
pues pelechó en un instante
favorecido por Rosas,

y por otras muchas cosas
que diré más adelante.

Por ahora permitamé
dejarle la punta adentro,
hasta después que al encuentro
nuevamente le saldrá;
y el cargo le formaré
de todas las maravillas
que ha hecho hasta el día a costillas
del pobre Restaurador:
aunque sentiré, señor,
tener que hacerle cosquillas.

(Continuará.)

ADVERTENCIA

El número 1º de Aniceto el Gallo es una reproducción fiel por completo; los números que siguen son extractos en que se conservan las producciones originales del autor. Las notas ilustrativas han sido añadidas para esta edición.

Nº 2

Buenos Aires. - Mayo 25 de 1853.

Cortesías

AL PROGRESO

Reconociendo, señor,
su cacumen en la cencia,
se le ofrece a la obediencia
Aniceto el Payador,
qui ni a gaucho ni a cantor
contrapuntiarle pretiende;
pues veo que usted lo entiende,
y que sin muchas parolas
a quien le suelta las bolas
a la fija se las priende.

AL NACIONAL

Aparcero Nacional:
GALLO el cantor lo saluda,
pues lo aprecea sin duda
con un cariño cabal.
Ansí, usté por el igual
debe apreciarme, en el caso
en que usté y yo, paisanazo,
por nada nos encogemos;
y a la Patria defendemos
pico a pico y brazo a brazo.

A LA LANCETA
Mi señor de la Lanceta:
Dios lo guarde y lo bendiga,
y le permita que siga
apretando como aprieta:
y en cuanto a la Recoleta,
ande, ¡ojo al Cristo! no sea
que cuando Vd. menos crea,
de algún modo el Diretor
le mande hacer el favor
de sacarle una manea

AL ZAPATO
Caballero del Zapato:
para servirle me brindo,
porque usté calza muy lindo
y no es zapatero ñato.
Así deseo su trato,
y mucho favor me hará
almitiendo mi amistad,
que es cuanto puede ofrecer
un gaucho sin más tener
que una güena voluntá.

AL BRITIS-PAKE
En tiempo del Estoraque
que encontró don Juan Manuel,
largaba cierto papel,
titulao el Bristi-Pake,
un Inglés de mal empaque...
y otras diabluras que callo
por respeto a su tocayo
el Bristi-Pake de hoy día,
a quien esta cortesía
le rinde Aniceto el Gallo.

Brindis que pronunció Aniceto en la mesa del Sr. teniente coronel Rodríguez el día 16 del presente.

A salú del escuadrón
y del señor comendante
que se llevó por delante
el día trece un cañón:
y del criollo guapetón
que al tiro le prendió el lazo;
pues debe ser juerte el brazo
que tal armada largó,
como el pingo que arrastró
a la cincha el chimborazo!

Nº 3

Buenos Aires. -Junio 3 de 1853

EL PAGAMENTO

El 28 de mayo me lo madrugue a mi amigo el imprentero, al levantarse de la cama... que la tiene en el mismo caserón, pero en otro cuarto muy rumboso, todito pintao y con estampas colgadas: y luego unos trastos primorosos y hasta *chuces* y cueros de tigre tendidos por el suelo... Como que es hombre ricachón.

Es de advertir que yo iba algo *chamuscao*³, porque esa madrugada estuve en jarana en la Batería nueva de *Mester-horno*, en donde con los soldaos del coronel Chanagusia y los Guardias Nacionales del coronel Bustillos, y otros mozos del ejército todos *mansitos* para las *moras*³², y *alarifes* para arrebatárles vacas a los *Urquizanos*; y como eso nos es cosa fácil, les recogimos una punta de ellas en la tarde anterior, y luego, por supuesto, nos pusimos *las botas*: y échele vino superior, que para eso cada soldao de la Patria tiene trescientos cincuenta pesitos todos los meses y buenas *cacharpas* de abrigo.

En fin, todos, y yo particularmente *churrasquié* a mi gusto, y luego medio en *chaucha*³³ me vine a lo del imprentero.

Cuando llegué a la puerta, me topé con un *moreno*, entrando con una tipa llena de carne, patos y gallinas, y muy peinao; el cual al verme se paró de golpe, y abriendo tamaña boca, dijo: -¡Ché! ¡Mirá el Gallo! Entre, señor, que en aquel cuarto está el patrón en bata. -¿En bata? ¡Qué lindo! -Sí, señor, ya está levantado: vaya usté, asómese a esa puerta que

tiene entreabierto, y lo llamará al momento, porque ya es hora en que el señor patrón empieza a recibir a los operarios.

¡Ah, moreno ladino!

-Bueno, amigo, le dije: y enderecé al cuarto mencionao, que mesmamente tenía entreabierto una puerta, y por la rendija lo estuvo vichando al hombre, que estaba sentao *repatigándose* en una silla de barbero, toda retobada, y vestido con una *leva* de pana, de color como *yaguané*, que le cubría hasta las *tabas*; una golilla de lana envuelta en el cogote; una gorra negra sumida hasta las orejas, y con un cigarro en la boca del tamaño de una *macana*; y por último leyendo embelesao en un gacetón de la misma marca y tamaño de un montón de gacetas fresquitas que tenía al lao. En fin: después de vicharlo y que le tomé la filiación, me resolví a meter la mitá del cuerpo y le pegué el grito:

-¡Que Dios me lo guarde, patroncito!

-¡Oh, famoso don Aniceto! Adelante. ¿Cómo está usted?

-Alentadito, señor: y a usted, ¿cómo le va yendo?

-Perfectamente, amigo Gallo.

-Me alegro mucho.

-Gracias: yo también me alegro de ver a Vd. tan bizarro con ese uniforme de Guardia Nacional, y esa gorra que le sienta a Vd. muy bien en la cabeza.

-Dispense, patroncito, no me la he quitao, porque es contra ordenanza.

-Hace Vd. muy bien, puesto que yo estoy de gorra igualmente: ¿no lo ve usted?... y así me lo paso siempre en este tiempo.

-Ya lo creo, señor: en el día, por acá se usa mucho el *vivir de gorra*³⁴ no más.

-Cierto: porque en el invierno la gorra es un mueble muy cómodo, sumamente económico y muy abrigado.

-Debe ser, desde que a todos les acomoda, y desde que me dicen que a muchos les abriga hasta la barriga, mayormente a ciertos *nutriales*³⁵ que diariamente reciben gorras en los botes que vienen de Palermo. En fin, Dios los ayude. ¿No sabe a lo que vengo, patroncito?

-Dirá Vd., amigo Gallo.

-*Al tiro* le diré, señor, que vengo ganoso de pagarle los *riales* que le debo por las dos gacetas que me ha *impresao*.

-Como Vd. guste: aunque eso no corre prisa.

-No correrá prisa, señor, pero corre *riesgo*; en primer lugar, porque yo no me *escuendo* en la descubierta; y luego porque soy *arca llena* y *arca vacida*; y por las dudas, velay tiene la plata en que ajustamos, y cien pesos más de *remojo* para el mocito aquel que hace de *apretador* en la imprenta. ¡Ah, mozo vaquiano!

-Corriente, hará que se le entregue el tal remojo al mocito; y gracias por mi parte. Pero, mire usted: aquí me ha dado quinientos pesos de más y a sus pies... se le ha caído otro billete de mil pesos. ¡Canario! siempre anda Vd. cargado de billetes; parece que fuera Vd. banquero, ¿eh?

-Eso es porque acostumbro ser banquero entre los míos.

-¡Es posible! ¿y cómo le va a usted?

-Sigo echando *güeno*³⁶. Sí, señor.

-¿Cómo dice usted?

-Digo, que sigo acertando siempre.

-¡Ah! sí, sí: ya he visto el acierto con que usted ha publicado su periódico, que varios le han aplaudido, y que a todos les gusta leer el Gallo.

-*De balde*... patroncito. ¡Ja, ja!

-¿Cómo de balde, señor Aniceto

-Óigame, señor: digo que de balde me quiere usted *ilucinar*, porque en mi tierra yo sé con los güeyes que aro.

-Sí sabrá Vd., no lo dudo; como que sabrá darme hoy alguna noticia respecto a la situación.

-¿De cuál *sitiación*, patroncito?

-De la nuestra, o más claro, de la de Buenos Aires en la presente lucha.

-Yo, señor, lo único que sé de la *sitiación*, es que estamos sitiaos, y que así mesmo, la patria de la ciudá a la de ajuera le lleva la media arroba en la razón y en el *arrempujón*; y por eso, en tocándome a caballo, *muento* en cualquier hora, y me siento bueno para forcejear por la causa justa en contra de todo tirano. ¿No le parece que hago bien?

-Seguramente: hace Vd. muy bien: y dígame: ¿Qué juicio se ha formado Vd. de la constitución de que se habla ya? ¿La ha leído usted?

-¡La custitución!... ¿de qué?

-La Constitución que ha sancionado ya el Congreso de Santa Fe, que es la que yo estaba leyendo, aunque estoy de purga; y luego voy a mandarla repartir al público, pues aquí se han impreso dos mil ejemplares. ¿No ve usted? todos estos impresos son de la Constitución.

-¡Barbaridá! ¿De veras?

-Sin duda: y ¿qué piensa Vd. de la Constitución?

-¡Ché! eso es *velorio*, patrón.

-¡Cómo, *velorio*, señor Gallo! todo lo contrario: a mí me parece un asunto muy serio, desde que ya ha sido aceptada por el Director, quien ha prometido respetarla.

-No *eche pelos*, patroncito, mire que su Ecelencia creo que no sabe hasta ahora lo que es la Custitución: y además es hombre que promete mucho; pero, como es de muy mala memoria, a veces no cumple nada.

-Pero, hombre: esta vez por lo menos respetará los mandatos del Congreso soberano.

-¿Soberano? *recúlele* el soberano, y créame por conclusión, que para el general Urquiza no hay nada soberano en el mundo, porque (perdonándome la mala ausiencia) el Diretor es un peine³⁷, ¡*ahi-juna!* capaz de mandar *desgarretar*³⁸ por gusto a todos los costitucioneros y a la custitución en *ancas*. Y últimamente, yo no aguanto más custitución que la de que en mi tierra mande un *criollo*, sea del pelo que fuere como sea hombre de bien; y no que nos venga a sobajear cualquier forastero diablo, así retaciándonos la provincia, y arriándose las vacas para carniarlas en los saladeros de Santa Fe: y yo no digo que esto sea en los saladeros del Diretor, porque es hombre que no sabe *ajeniar*³⁹, pero sabe afusilar a un pobre gaucho, porque saca un par de botas de potro⁴⁰. En fin, me voy a retirar, patroncito, y me...

-No, no: espere Vd., amigo Aniceto, y...

A este tiempo entró el moreno *ladino* con una bandeja cargada de copas y tazas, y un calentador aonde venía ya la agua hirviendo; de ahí una chocolatera y una limeta de ron, me pareció al echarle el ojo. Y todo se lo acomodó en una mesita dorada; y ésta la puso frente a las rodillas del imprentero, y atrás de la mesita, como a una vara de distancia, estaba otra silla grandota, barrigona y aforrada en cuero verde muy relumbroso. Luego que el patrón se acomodó la mesita medio entre las piernas, me dijo con agrado:

-Vamos, amigo D. Aniceto, siéntese Vd. con franqueza en ese sillón, estrénelo usted y me acompañará a tomar una taza de café y una copa de buen coñac, todo lo que puedo ofrecerle a Vd. por ahora.

-¿De coñato, decía?

-Sí, de coñac: ¿qué, no le agrada a Vd. este licor?

-Señor, a mí siendo *juerte*, me gusta aunque sea lejía.

-¡Bravo! eso es ser buen soldado: vamos, siéntese Vd., que ya la agua está hirviendo y voy a preparar el café que tomaremos a salud de la constitu...

Y el hombre no acabó la palabra, porque en ese instante yo de golpe le asenté las nalgas a la *silla a macho*: ¡ah, Cristo! y había estao inflada, de suerte que me enterré hasta las *aujas*⁴, y en la sumida alcé las patas, y con ellas suspendí a los infiernos la mesita con cachibaches y todo: y por desgracia la caldera de agua hirviendo se le derramó al imprentero en el mismísimo cogote: de ahí pegó un alarido y entró a sacudirse.

Y yo me desenredé de la silla y acudí a arrancarle la *leva* por aliviarlo al hombre; pero un diablo de mastín *bayo*, parecido al perro del Diretor, se me echó encima furioso, de suerte que tuve que pelar el cuchillo, porque el *mastín* me acosó tanto que me hizo recular y subirme a la cama del patrón: la misma que, en cuanto me le trepé, se sumió hasta lo infinito; y abajo, entonces se rompió no sé qué cosa insufrible, porque los mozos que acudieron a los gritos del patrón entraban haciendo gestos con las narices, y así lo hallaron al imprentero desollao desde la nuca hasta la raíz del espinazo; al perro con cuatro *mojadas*⁴² y ocho tajos; y a mí lleno de mordiscones; finalmente el moreno, a la cuenta medio en *chicha*⁴³ o asustao, para limpiar *el chuce* de junto a la cama del imprentero, echó mano de unos papeles que se habían desparramao en la tremolina; y, vea el diablo! habían sido las gacetas de la maldita Custitución, que tuvo la culpa de todo.

Por último, yo me salí apestao y renguiando, dejándole a un mocito mi Gallo n° 3, que quién sabe cómo saldrá.

El amigo del *Nacional* se ha equivocado, y dispense⁴⁴

Digo bien, aparcerero; pues, sin duda, usted andaría, con la vista *ñublada* como el 25 de Mayo por la mañana, cuando quizá se acercó usted a ver las *estautas* de la *Pirami*, y dice de que vio a la libertá mirando al Sur. ¡Ah, mal haya! pero, no, amigo: no estaba así, sino que las figuras estaban... velay cómo-

La Libertá, en figura de Porteña, estaba como sacándole el cuerpo a un *Tigre Entrerriano*⁴⁵ que lo tuvo muy cerca, y hasta ahora lo tiene, me parece: ello es que la Libertá sin duda por eso que está mirando al río, como diciendo: me *largaré* a lejas tierras, si los defensores de Buenos Aires no me defienden de este animal de Montiel.

Luego: en *ancas* de la Libertá estaba la Anarquía *chuciada*, y mirando a San José de Flores, como diciendo: ¡ah, Director mío!

De ahí... la Justicia sí que está frente al Sur, pero con un *facón* de punta sobre unas balanzas, y mirando de rabo de ojo a la *Polecía*, como diciéndole: «no te descuides con el *peso del pan* y los porotos, porque los almaceneros también se están poniendo *las botas con borlas*».

Después, en otra esquina de la Pirami está la Esperanza medio tristonada y de *sabanilla*⁴⁶, y arrecostada en una cosa así como un *anzuelo*⁴⁷ grande, y como diciendo:

«Me voy a pescar al río para alivio de los pobres enfermos».

¡Pero, qué necesidad tiene doña Esperanza de irse a pescar *al bajo* del río, si, con echar su anzuelo ahí no más en la plaza grande, pescará a muchísimos zurubises!⁴⁸ porque ahora con la peste de las virgüelas ha salido un cardumen de esos pescados, de suerte que no se ve otra cosa por las calles de Buenos Aires; y así con esa pesca se podrá aliviar la hambruna que también hoy es peste en el hospital de la Residencia⁴⁹, pues aun cuando entra a la ciudad muchísima carne diariamente... ¡No te oigo en el hospital!

Al mismo tiempo la Esperanza estaba mirando a la *catedral*, como diciéndole: «no te aflijas, que te acabarán en cuanto el Director entre a Buenos Aires y respete la Constitución.

Esto es, aparcerero *Nacional*, lo que yo he comprendí de las figuras del 25 de Mayo, y creo que, si no digo la verdad, raspando le pasaré.

¡BLAN!! ¡BLAN!! ¡BLAN!!

La tarde del campaneó
de alarma, en las oficinas,
vide a un montón de gallinas
en un puro cacareo.
¿Y el fusil? pregunté yo.
Cocoró... có.

Entre tanto los Nacionales,
por la causa entusiasmaos,
iban en puntas armaos
a ofrecerse en los cantones.
¡Ah, cosa! eso me agradó.
Cocoró... có.

Luego en esa noche anduve
allá por los andurriales,
aonde con los nacionales
bien acompañao estuve,

cerquita del pororó.
Cocoró... co.

Y extrañé a unos mocetones
de esos de letra menuda,
que, apenas medio estornuda
un cañón en los cantones,
se largan al arro-ró.
Cocoró... co, cocoró... co.

Salutación del gaucho Jacinto Cielo al 18 de julio de 1830.

El sol de este día vio
jurando al Pueblo Oriental,
ser obediente y leal
a las Leyes que fundó.
Jacinto también juró
respetarlas y cumplir,
lo han de ver, sin desmentir
que es Patriota verdadero,
y que sin ser altanero
Gaucho libre ha de morir.

¡Ah, malhaya, los paisanos
todos como yo cumplieran,
y qué de abrazos se dieran
este día como hermanos!
Que esos Rosines tiranos
morderían nuestro suelo,
y yo tendría el consuelo
de decir: «ya se acabó
la lucha que lamentó
el gaucho Jacinto Cielo.»

CARTA CERTIFICADA Y SÚPLICAS

De un cordobés de los sitiadores, al cual se le juyó la mujer y se le ha venido al pueblo

¡Viva la confederación!
¡Mueran los salvajes unitarios!
–Corrales de Miserere, a 30 de mayo de 1853.

A mi mujer:
Trajiná, ché, Estanislada,
vos que andás por la ciudá,

y haceme la caridá
de mandarme una frezada:
que antenoche con la helada
cuasi me he muerto de frío;
pues, te asiguro, bien mío,
que acá el poncho que me han dao
lo puedo meter holgao
en la vaina del cuchío.
Y si podés avisarme
con toda siguridá
por qué lao de la ciudá
sin riesgo podré colarme,
decime, para largarme

con mi ñañita (52) y Martín,
que está como un chunchulín
de flaco, pues aquí no hay
ni algarroba ni patai,
ni arrope ni piquillín.

SEVERO PUCHETA.

Noticias de pajuera

Dicen de que el Diretor
de la docena del fraile,
el veinticinco dio un baile
de lo lindo lo mejor...

En celebridá de que
el veintitrés a la noche
la Custitución en coche
le llegó de Santa Fe...

Junto con la dotorada
que tuvo la complacencia
de traérsela a Vuceleñcia
a su gusto remendada;
Y que la cosa se jura,
luego que los congresales
haigan cobrar unos riales
que les deben por la hechura.

AVISO DE POR SAN JOSÉ DE FLORES

El que quiera en este pago
reírse de una disparada,
no tiene más que nombrar
a la LEGIÓN ITALIANA.

Y si la nombrada fuere,
allá, medio entre dos luces,
verá que los TERUTEROS
empluman como avestruces

LA RETRETA

Anoche anduve de paseo por la retreta, que tocó muy primorosamente la música de la ¡LEGIÓN VALIENTE! y al pasar yo frente a una moza muy linda, como son todas las Porteñas, sentí que decían: «¡Jesús, qué gaucho tan zonzo y bullicioso.»

Entonces yo les pregunté, receloso, si soltaban esa indireta por mí; y me contestaron: «no, señor Gallo; lo decimos por ese general guarango (55) que todas las noches nos aturde a cañonazos como si con esa brutalidad quisiera asustarnos. ¿No le parece a Vd., señor Aniceto, que todo eso no prueba sino bestialidad? Como igualmente eso de pegarle fuego a una mina, y destruir una casa de un infeliz, aprovechándose de la suspensión de armas del 25 de Mayo.» -Dejen ustedes no más, paisanitas, les contesté: que en cuanto a prenderles minas, el día que se ofrezca, ya verán los terutereros cómo, desde las trincheras hasta San José de Flores, les ponemos las chacras y las casas, y a ellos adentro todos patas arriba. Y Dios les dé muy buenas noches.

ALVERTENCIA a los aguantadores y renegaos

Si un imposible no fuera
para mí en la situación
ladiarme de la cuestión
y hacerme José de ajuera,
saltaría la tranquera
y ganaría un cardal,
o en cualesquier abrojal
lamentaría el destino
de haber nacido argentino
y no poder ser nutrial.

¡Ah, Cristo! ¡Quién presumiera
que esta tierra desdichada
no quedara sosegada
luego que Rosas cayera!

y hoy vean en qué leonera

la patria se ha convertido.
Así, los que han combatido
a Rosas con tanto afán,
como yo, quizás dirán:
«más vale un mal conocido»...
Porque yo que no aspiraba
nada más que a trabajar,
y para eso sin cesar
contra Rosas forcejeaba,
en lo que menos pensaba

era en verme, trajinao
y en las cuartas enredao
por el hombre del Pograma,
aquel de la larga fama
a quien yo mesmo he cuartiao.

Ese a quien hoy lo rodean
y le fingen atenciones
una punta de adulones
que desollarlo desean;
pero esos ruines no crean,
de balde son tan lagañas...
ablandarle las entrañas,
porque don Justo es mal bicho...
y tengan presente el dicho:
«El que tiene malas mañas...»

Y el día que se amostace
y se le hinchen las narices,
a todos como a perdices
puede ser que los enlace:
a la fija ya se me hace
¡que han de chupar de Caracas!
háganse no más petacas...
que redemente don Justo,
si no los cuelga por gusto,
los estira en cuatro estacas.

Vayan no más por la oveja
(como él dice) los Porteños,
lléguense los pedigüeños
y ándenle siempre a la oreja,
lo verán como se deja

bolsiquiar alguna vez;
pero, a lo tigre después,
a Cristo, si se le allega,
del manotón que le pega
le baja la media res.

Ya ven que se los alvierto
a todos los adulones,
renegaos y mogollones,
anden con el ojo abierto;
porque el Diretor, de cierto,
hasta montar es blandito,
pero ya encima, repito,
que por más que les afloje,
el día que se le antoje,
les ha de limpiar el pito.

Nº 4

Buenos Aires.- Junio 13 de 1853

Vamos hablando formal y para los míos

Desde que comencé a escribir esta Gaceta, creyendo merecer *un agrado de todos*, me veo en continuos apuros, pues cada vez que suelto el Gallo me aturden a quejas, a pesar del esmero que pongo para que lo lleven a las casas de todos los alistaos⁶³, ecétera, como me decía en un tiempo el comendante *Yuan das Botas*. -¿Se acuerdan?

Pues, sí, señor: muchas ocasiones me lamento y hasta reniego a veces de haber tomao el cargo de Gallero que tanto me calienta; pero luego me enfrío, *moralizando* en mi pecho el que quizás no seré yo sólo el único Gaucho apurao en el día y en esta tierra, aonde contemplo los aprietos en que se encuentra todo un señor Diretor de la *docena del flaire*, desde que se metió a organicista y custitucionero, pretendiendo solamente agradar a los Porteños, y luego afirmársele nada menos que ¡diez años! de la primera sentada a la silla *inflada* del Gobierno de la Ciudá: arrejando a salir patas arriba en un pueblo, que ya está acostumbrao a no aguantar un Gobernador diez años, sino a tener ¡diez Gobernadores por año! gracias a la organizadura que Vuecelencia le dio después de la zapallada de Caseros, ecétera, ecétera.

¡Qué barbaridá, la casaca por aonde le da! ¡y luego el empeño que pone el señor Diretor para hacer estirar la docena del flaire hasta catorce provincias y un pico para él! Pero ¡qué pico! nada menos que la ciudá de Buenos Aires, aonde V. E. parece que ya está

aquerenciaio, desde que es éste el pueblo que ha separao para venirse a gobernar holgadamente con la Custitución, por la cual tendrá la facultá de hacer, si quiere, hasta tres provincias de ésta, y en *ancas* la mamada de disponer de la Aduana *lechera*, como así mesmo del Banco *de la moneda*, y últimamente de la obediencia de todo el porteñaje de casaca o de poncho; y al fin también del *clubo*⁶⁴, ese *clubo* encantador de las Porteñas lindas, con las cuales sueña Vuecelencia el que ya se les viene a bailarles la contradanza, etc., etc.

Después empezará la *organizadura* en regla, mandando que gaucho ninguno porteño o provinciano pueda nunca tomar *un trago*, ni jugar a la *brisca*, ni comer *carne con cuero*, porque los gauchos de Entrerriós así le obedecían en un tiempo; que ahora, *sigún dicen*, le han perdido el respeto a tal punto, que el otro día, ahí mesmo en San José de Flores, como sesenta Entrerrianos de la escolta de S. E. *le alzarón el poncho*⁶⁵, y lo echaron a la Pu...nta de San Fernando, y... ¡viva la libertá!

Dejuramente: ¿hasta cuándo quiere el señor Diretor que lo aguanten los pobres paisanos, y mucho menos que anden haciéndose matar por él, ni por naidés, saliendo a campaña todos los días, trayendo sus caballitos y cangallas? ¿y carniando *flaco* cada tres días a veces, y sin pitar, ni tomar mate, mientras el Diretor viene en galera y *con tres carretas de golosinas* para *él solo*? ¿O se presume ser más gaucho ni más hombre que naidés? ¡Diaonde! Después que cayó D. Juan Manuel, es zonzo todo el que pretenda goberarnos como quiere D. Justo; y cada criollo sabe ya que vale tanto como el que más, por la LEY y su derecho.

-Cabalito.

De balde ahora se nos viene haciendo el sarnoso por engatusarnos más con las *galantías*⁶⁶ de la Custitución Urquizana, y con *galantías* todo nos tiene amolaos peliando unos con otros, comiéndonos las vacas y acabándonos los mancarrones, y sin poder acabar la guerra después de tanto crédito de que presumía cuando vino a voltiar a Rosas con los 25 mil hombres prestaos; y ahora salimos con que por junto ha mandao traír a los pobres Cordobeses, diciéndoles que venían solamente para *amuchar*⁶⁷, y el caso es, que con ellos está *amuchando* los dijuntos de la Recoleta... ¡qué lindo!

Vamos, el señor Diretor se presumió que porque los Porteños, ya cansaos de las guerras, para que se acabasen, le juyeron en Caseros, acá en el pueblo le han de recular, y ajuera le han de sufrir a la helada, mientras que Su Ecelencia noche por noche se lo pasa en las casas de San José de Flores, calientito bailando con las muchachas, ecétera.

-¡*No te oigo!* después que sacó las *uñas* en Palermo, asigún lo que nos cuenta el paisano Ceballos en la conversación de más abajito. Óiganle.

DIÁLOGO

Que tuvieron en el Cuartel del Retiro el día de mayo último, entre el paisano Salvador Ceballos recién pasao del campo enemigo, y Anselino Alarcón, soldao de la guerrilla de caballería del mayor Vila

Al fin, amigo Alarcón,
de golpe me le aparezco:
¡eh, pu...cha, que está gordazo
con los pastos!...

ALARCÓN
¡En el pueblo
usté, señó Salvador!
¿cuándo ha llegao, aparcerero?
adelante, vengasé,
deme un abrazo primero:
y eche un trago.

CEBALLOS
Vaya, amigo,
confortaremos el pecho
a su salú: ¿cómo está?

ALARCÓN
Siempre alentao, aparcerero,
y en este instante algo más
con el gustazo de verlo,
pues yo lo hacía en su pago
o en algún montejuendo,
sigún lo que platicamos
la última vez.

CEBALLOS
¡Qué canejo!
si ahora como siete meses,
en la playa del rodeo,
un novillo de tres años
me atracó un golpe tan fiero
que me postró enteramente:
y estando en mi rancho enfermo,
vinieron los Urquizanos
que hoy mandan a los Porteños,
y de orden del Diretor,
en una arriada que hicieron

de cuatro viejos quebraos,
yo les serví de siñuelo,
y amarrao codo con codo,
a pesar de hallarme enfermo,
hasta los Santos Lugares
como un Cristo me trujieron,
y al llegar me aseguraron
en la estaca un día entero:
y después que me trataron
como se trata a un malevo,
de soldao de infantería
me echaron al campamento.

ALARCÓN

¡Barbaridá! ¿Y su familia?

CEBALLOS

Hágase cargo, aparcerero
mi mujer y la muchacha,
del julepe, al verme preso
lo que nunca, atrás de mí
lagrimiendo se vinieron
sin más prendas que el rebozo
y la camisa del cuerpo.
Así en la mayor miseria
conmigo en el campamento
han sufrido cuatro meses,
al triste abrigo de un cuero
y en la mayor desnudez,
sin más vicios ni alimento
que caracuses y achuras
de unos toros como perros.

ALARCÓN

¡Infelices! pues, amigo,
aunque me alegro de verlo,
endeveras le aseguro
que me asiste el sentimiento
de que usted se haiga venido,
dejando en aquel infierno
a su familia...

CEBALLOS

¿Qué dicé?
mal me reputa, aparcerero:
la osamenta, creamé,

hubiese dejao primero
que abandonar mi familia,
no lo dude, acá la tengo.

ALARCÓN

¡Es posible! ¿se ha venido
mi aparcerera?

CEBALLOS

Por supuesto:
y la muchacha también;
las dos están en el pueblo.

ALARCÓN

¡Qué me cuenta! y diga: ¿cómo
ha conseguido todo eso,
entre las dificultades
que se cruzan, según creo?

CEBALLOS

Sin duda, hay inconvenientes;
pero, arresgando el pescuezo
de puro desesperao
la noche del aguacero,
cargué la arma y con mi corvo
enteramente resuelto,
con Petrona y la muchacha,
gatiando del campamento
salimos a media noche
por entre zanjas y cercos,
y al fin por unos barriales,
ya levantando y cayendo,
a eso de la madrugada
nos colamos en el pueblo,
sin tener en la cruzada
novedad, gracias al cielo.

ALARCÓN

¿Y aonde dejó a la familia?
Vaya, tráigala ligero,
a ver si la acomodamos...
y después platicaremos.

CEBALLOS

Ahora no puedo, en razón
que en el río están en cueros

lavando las pobrecitas
la única ropa del cuerpo;
que la demás en el pago,
cuando atrás de mí salieron,
toda quedó en la petaca,
allá a lo de Dios que es bueno
y además mi cangallaje
y el asador y el mortero,
la olla y otros trastecitos,
que a la fecha, por supuesto,
andarán por lejas tierras,
o colgados a los tientos
de los organizadores
o los custitucioneros,
entre los cuales hay hombres
que oírlos nombrar mete miedo.
¡La pu....janza en los paisanos!
Vaya, vaya, estamos frescos,
con todo el montoneraje
que ha salido en este invierno;
de forma, amigo Alarcón,
que yo que estaba tan lejos
de entrar en guerra ninguna,
hoy de agraviado me siento
con el alma atravesada:
y de veras, le prometo
no recular de la raya,
y morir como Portello
en defensa de mi tierra,
aonde claramente veo
que pretende suyugarnos
un Entrerriano embustero.
Ésta es la pura verdá;
y no me digan por esto
el que a ningún provinciano
lo trate con menosprecio;
no, señor: siendo Argentinos
a todos los apreceo;
y mandando por la ley
y la razón, yo respeto
a Sanjuanino o Riojano,
o Vallista o Santiagueño;
pero me opongo de firme
a quien le viene fingiendo
cariños al porteñaje
y custitución y enriedos,

para después a su antojo
pisarnos en el pescuezo.
Contra ése he de forcejear,
luchando hasta caírme muerto.

ALARCÓN

¡Ah, criollo lindo! eso sí,
no hay que aflojar, compañero:
acá entre la porteñada
tener custiones podemos
por esta o la otra razón:
al fin nos arreglaremos;
y si, acaso, entre nosotros
no más nos sacudiremos:
pero, eso de que un foráneo,
venga de ajuera a imponernos
y a mandar en nuestra tierra
como quien manda carneros,
y a fomentar las discordias
a retaciar nuestro suelo,
dividiendo la provincia
como está soñando hacerlo
el Diretor... que lo aguanto
el diablo, que yo no puedo
sufrirlo, aunque por desdicha
hay más de cuatro Porteños
que, al interés miserable
de que les dé algunos pesos,
al mismo que los humilla
se le agachan hasta el suelo.
¡Qué tristura!

CEBALLOS

Mesmamente:
hay más de cuatro paisanos,
no sólo de aquella banda
sino también de este lado,
a los cuales les debemos
la situación en que estamos:
y no se puede decir
de que todos sean gauchos,
porque hay paisanos entre ellos
que presumen de letrados,
y con toda su experiencia,
y luego, viendo tan claro
las pretensiones de Urquiza,

se le recuestan... ¡Barajo!
de ningún modo, a esos hombres
no es posible disculparlos,
porque en cuanto pisó Urquiza
en Palermo, amostró el fallo,
y que lo dejaba atrás
a Rosas en lo tirano:
porque éste tiranizaba
a un pueblo que era contrario
a sus arbitrariedades,
y que lo andaba aguaitando
para darlo contra el suelo
hasta que logró voltiarlo.
De balde el tal Diretor
presume de puro vano
que venció a don Juan Manuel
sólo él con los Entrerrianos
¡vea qué balandronada!
Aonde sabemos, paisano,
de que si Rosas cayó
fue porque lo abandonamos
los Porteños en Caseros:
cosa que hicimos pensando
que Urquiza nos cumpliría
las promesas del Programa,
que nos echó de Entre Ríos
cuando el ° de mayo,
y con el cual por desgracia
logró el hombre engatusarnos,
de suerte y conformidá
que en Caseros le aflojamos,
que, sino, se hubiera vuelto
para su tierra mosquiando
por lo menos: y después
que allí le facilitamos
el triunfo, o la zapallada,
¿cómo se portó ese ñato
con el pueblo y la campaña
que lo recibió en sus brazos
y le hizo tantos cariños?
Oiga, voy a relatarlo.
Tras del humo de Caseros
vino a Palermo bufando,
y al otro día no más
entró a matar a lo diablo
a los pobres prisioneros,

sin reparar el grado,
y haciendo tirar los muertos
de carnada a los caranchos:
y para aterrar al pueblo
que acudía voluntario
a ver al libertador,
y aplaudirlo y contemplarlo,
en la entrada de Palermo
ordenó poner colgados
a dos hombres infelices,
que después de afusilados
los suspendió en los ombuses,
hasta que de allí a pedazos
se cayeron de podridos
y los comieron los chanchos.
Luego... empezó a señalar
de salvajes Unitarios
de Porteños damadogos,
de Federales bellacos,
de Cordobeses piojosos,
de Gringos desvergonzados,
y a meter fuego y cizaña
entre todos los paisanos...
que de nombres y partidos
ya se habían olvidao.
Luego... en moneda atrapó
trece millones del Banco,
y de a doscientos mil pesos
les largaba a sus ahijados,
como ese tal Tragaldaba
a quien le había aflojao
cincuenta mil antes de eso,
porque le andaba orejiando.
Entre tanto en los barriales
de Palermo, amontonaos
cuasi todos sin camisa,
estaban sus Entrerrianos
como él dice miserables,
comiendo terneros flacos,
y vendiendo las cacharpas
para pitar un cigarro:
mientras que su general
comía dulces y pavos;
y que a ciertos adulones,
que sólo iban a enredarlo,
les largaba de a cien mil

por antojo o voraciando.
En seguida a Buenos Aires
que venía a libertarlo,
desde Palermo no más
ya comenzó a desplumarlo,
llevándose el armamento
de todo el Parque, y los barcos,
las balas y los cañones,
las músicas, los vistuarios,
la pólvora, las monturas,
las carretas, los caballos,
y por fin, como cautivos,
por no decir como esclavos,
setecientos infelices
de los morenos y pardos,
que a Calá fueron a dar
a servirle de soldaos...
Y luego con las Provincias
terminó por enredarnos:
diciendo, «que Buenos Aires
quiere tenerlas abajo,
y que le paguen tributos,
y que la Duana y... el diablo
no podría imaginarse
lo que Urquiza ha maquinado
para poner nuestra tierra
en el miserable estao
en que la vemos... ¡Ah, Cristo!
¡qué hombre tan rudo y tan malo!
cuando tuvo la ocasión
de calzársela en el mando
con el aprecio de todos
los Argentinos honraos,
lo hubiésemos tenido
en las palmas de las manos,
toda vez que con la ley
nos hubiera gobernao,
no querer mandar así...
sino a su modo, a guascazos:
y ¿cómo hemos de sufrir,
no le parece, amigazo?

ALARCÓN

¡Qué sufrirlo! que lo aguanten
en su tierra o en sus pagos,

que en ésta ya concluyó
el poder de los tiranos.

CEBALLOS

Cabalito: pues, amigo,
voy a ver si voy al bajo
a buscar a la mujer
y trajinar un caballo,
y luego me volveré.

ALARCÓN

Pero no a pie, paisanazo:
velay tiene acá un apero
de los dos que tengo a mano;
tome, y como cosa suya
ensille y miente ese bayo,
y pégueme una tantiada:
verá un pingo soberano
para cuando necesite
meniar lata...

CEBALLOS

En ese caso
yo creo que la pereza
no me llegará hasta el brazo
de suerte que su cariño
no puedo menospreciarlo,
de forastero y a pie
como me encuentro, amigazo.

ALARCÓN

¡Qué cariño! quitesé;
miente pronto y vaya al bajo
a buscar a la familia,
que yo aquí con un asado,
¡cosa linda! y vino duro,
a merendar los aguardo
y luego a la nohecita
con las hembras nos largamos
a bailar en un cantón
del comendante Obligado,
adonde los Nacionales
dan esta noche un fandango,
y allí, si baila el chotiso
su hija, lucirá su garbo;
y usté amanecer pudiera

con un yerno currutaco.
Porque en ese batallón
los mocitos son el diablo
y yo sé que adonde quiera,
desde el comendante abajo,
para el amor y pelear
toditos son como gallos.
En fin, ya va siendo tarde
y yo me siento delgao:
con que, a traír a su familia
lárguese, amigo Ceballos.
CEBALLOS
Muy bien, será hasta luegoito.
ALARCÓN
Hasta luegoito, paisano.

¡ERA EL AYUDANTE FELLONICO!

Sobre una tumba florida,
a hombros de los Nacionales
y sus compañeros leales,
iba en la flor de su edá...
Un ITALIANO sin vida,
que parecía animoso
decir: «¡Así un valeroso
muere por la Libertá!»

AL SEÑOR JEFE DE POLECÍA

Por la Virgen de Dolores,
patrón de la Polecía,
le suplico que algún día
apriete a los pescadores,
que están haciendo primores
diariamente en el Mercao,
habiéndolos licenciao
para que puedan pescar,
y no para trajinar
a este pueblo desgraciao.

Envite que recibí para el baile de los Guardias Nacionales del er batallón, el día del mes pasao.

A don Aniceto el Gallo

Cantón de los Porteños crudos, a de mayo de .

Amigo y compañerazo:
Hoy hacemos un fandango
algo más de rigular,
pues le vamos a largar
flauta, violín y changango:
para la gente de rango
que cairá entre el porteñaje;
y habrá mate, y beberaje,
y Paro en que divertirse:
con que así, puede venirse
a quejarse al hembraje

Esto no se echar panes al ñudo, porque así fue.

Diálogo que tuvieron el otro día, después de una guerrilla en las avanzadas, dos garabineros guerrilleros nuestros, de la gente del comandante DON Comosellama: pues como hay tantos comandantes, yo no los conozco a todos: pero es cierto que tuvieron este diálogo los soldaos de caballería JOSÉ VERGARA y LUCHO VIÑALES. ¡Qué peines!

VIÑALES

Vaya, aparcerero Vergara,
¿qué hace que no desensilla?
ya lo vide en la guerrilla
floriarse en su malacara:
¡Mire que le han menudiao
esos brutos! ¿No es verdá?
¡si fue con termeridá:
vaya, a que lo han aujeriao!

VERGARA

¿Diaónde, amigo, se afigura
que me pillaran turbao?
¿No ha visto que les he dao
a tres en la matadura?
Porque un terutero al cuhete
salió y me vino a toriar,
y en cuanto lo hice apartar
le cerré piernas al flete.
Lueguito, él me hizo los puntos,
pero cerquita me erró:
y ahí no más le dije yo,
¡contáte entre los dijuntos!
Ahi-juna! ¡si en la rompida,
cuando quiso disparar,
siete güeltas le hice dar

de una pechada fornida!
Ni fue preciso más que eso
para del todo aplastarlo,
pues conseguí desnucarlo
tronchándole hasta el pescuezo

VIÑALES

Mesmamente, lo hemos visto,
y cuasi, cuasi rompimos;
pues en la guardia estuvimos,
hágase cargo, ¡ojo al Cristo!
Pero no quiso el teniente
que ninguno se cortara,
porque dijo: «con Vergara
para tres hay suficiente.»

VERGARA

Pues mire el diablo, así fue:
yo no sé diaonde salieron
otros dos que se vinieron,
y ya me los agaché:
que usté sentiría el ruido,
pues los dos me cerrajaron
y ni el pelo me tocaron,
tan solo sentí el chiflido;
y al que venía puntiando,
de balde me hizo gambetas,
le prendí por las paletas
y lo dejé pataliando.
Luego eché la tercerola
a la espalda en el momento,
y más ligero que el viento
amartillé la pistola,
que el último ya se me iba
pero al tiro lo alcancé,
y en cuanto me le atraqué
lo puse patas arriba.
De ahí agarré los fusiles
y a la avanzada volví,
y al teniente se los di:
¡qué terutereros tan viles!

VIÑALES

Ándese no más ufano,
que yo le he de preguntar
si así piensa retozar

de aquí a unos días, paisano,
cuando con sus doce mil,
que dice que tiene Urquiza,
nos venga a sacar la friza.

VERGARA

¡Qué mecha para un candil!

Nº 5

Buenos Aires.- Junio 22 de 1853

CABALLEROS:

Éste es el GALLO nº cinco y *tarja*: porque al fin, del reñidero aonde me metí he salido tan lucido como un *zaino parejero*, que pensó lucir su viveza bajo las caronas de un soldao *terutero*, el cual últimamente lo largó al pobre *pingo* en el bajo, aonde lo vide el otro día flaco, *uñerudo* y rabón; porque hasta la cola le habían comido las yeguas de *pajuera*. Por esta razón el Gallo, antes de quedarse enteramente desplumao y sin cola, dirá lo que decía un Andaluz:

Abur, Perico,
ahí te mando ese Gallo
que clava el pico.

Memorias de una audiencia de Sancho Panza

Ésta no es chanza

Gracias a Dios que me he *sacado el lazo* del compromiso, en que me puse con el noble auditorio de esta Capital Federal y *capada* al gusto y satisfacción del señor don Sancho... me equivoqué: del señor don Justo quise decir, pero con el verso de la audiencia le atraqué don Sancho a Vuecelencia.

Pues, sí, señores: yo les ofrecí a los puebleros, por empeño de *la mocita aquella del fandango*, el que les escrebería cinco Gallos al mes, los mismos que he soltao, desiando agradar a todo bicho, y en la punta a mi amigazo el gacetero del Nacional, que me hizo el cariño de darme una música en su Gaceta para acreditarme con el Portañaje cuando yo solté mi primer Pollo.

El sargento Aniceto el Gallo.
En traje de Guardia Nacional de Caballería.

Yo no sé si el amigo Nacional se dará por bien correspondido del Gallo, pero se me afigura que los caballeros *alistas* a mi gaceta, ni *naidés* podrá quejarse, diciendo que Aniceto anduvo *lecheriando* para escribir los cinco Gallos *prometidos* al mes, desde que en el n° les largué un *Pollo de ley*, y luego cuatro *Jacas* hasta la presente: y toda esta *fatura* por diez pesos que, en el día, de *alfalfa* se los almuerza cualquier Diputado del Congreso.

¡Ah, hombres tragones! Lo mismo que el Diretor: con sólo la diferencia de que entre todos los congresudos pueden tragárselo a Vuecelencia, pero don Sancho... ¡dale con don Sancho!... el Diretor solo, redemente se ha de tragar a todos los diputaos. ¡Qué buche!

De ahí resulta la grandísima afición que Vuecelencia lo tiene a la Gobernaduría de Buenos Aires, aonde hay tan *buenos bocaos*, particularmente *pichoncitos*; y por eso el hombre se *lambe* por venirse a gobernar en la Capital hasta las Conchas de un lao, y por el otro hasta la Ensenada: con arreglo a la *capadura* que de nuestra Provincia y por la *Custitución de moquillo* ha hecho el divino Congreso del *Carcarañá* para llenar los deseos del organicista.

¡Qué brutos son los que dicen
que la Virgen es la luna!
ansí son los congresudos
que sueñan *la capadura*.

¿Con que, nada menos que la Capital hasta las Conchas?... ¿Y la Ensenada? ¡Friolera! Y los gauchos porteños que tenemos a gala en ir a pasiar a nuestro Buenos Aires, ¿por qué nos quiere apartar? ¡Han visto! a la cuenta será para que V. E. se venga con su general Crespín y el gobernador Babas a retozar en la tierra de los generales porteños guapazos que peliaron noblemente por la gloria y grandeza de Buenos Aires; y que nunca sembraron choclos ni zapallos en nuestra provincia para venderlos ellos solos, y privarles ese recurso infeliz a los pobres paisanos, como los generales de aquel lao del Paraná. Vaya, vaya pues, no es nada el tamaño de la Capital que quiere para su recreo el señor don Sancho: ¡qué majadería!... el señor don Justo.

Entonces: si el hombre se acomoda en una capital de este *trecho*, el diablo que le dé palmada ni lo pille a tiro para merecerle una *audencia* de aquellas que supo dar antes de hacerse Diretor, cuanto redemente se acomodó de Gobierno en las casas y en la misma silla del viejo Restaurador don Juan Manuel.

¡La pu...janza, el modo de dar audencia que usaba el Diretor de Buenos Aires entre la porteñada! oigan cómo las daba; y esto es la verdad peladita.

Pues, señor: un día, allá por el mes de mayo del año pasao, como a las once de la mañana, desde Palermo, V. E. se largó de poncho, y llegó a la casa principal del Restaurador.

Se apió el hombre en la puerta, y de poncho no más, como por su casa, se coló echando plantas y sin mirarle a la cara a naidés.

Al verlo entrar medio *atufao*, todo el mundo le *sacó el cuerpo* y el sombrero, y así que pasó el zaguán, atrás de él, pero en puntas *de pises*, se largaron como sesenta pretendientes de todo pelo y edá, siguiéndole el rastro hasta el fondo del caserío, aonde trepamos todos por una escalera enroscada: y allí arriba Vucelencia se entró a una sala con las paredes platiadas, y atrás de una mesa muy linda y muy grande había una silla lucida de pana colorada, en la cual el señor Director se sentó medio como *envaretao* y dijo que: ENTREN TODOS.

¡Ah, Cristo mío, si esa audiencia fue cosa de reírse y de llorar! Yo estaba medio cerca de la puerta, cuando a la voz de «ENTREN todos» atropellaron como unas quince viejas que me llevaron por delante hasta adentro, y entonces vide que Vucelencia frunció el gesto al ver las veteranas; pero, así que comenzaron a entrar las muchachas, se alegró el señor Director y le bailaban los ojitos. Luego entró el *machaje* de todo tamaño, y otra güelta Vucelencia se puso *seriancón*, y templando el pecho dijo: «*siéntense*».

A la voz de *siéntense*, las mujeres, por ganar las sillas que estaban junto al señor Director, se amontonaron y se sentaron como jugando a la *gata parida*, siempre a vanguardia las más veteranas: entretanto las mozas se quedaron más atrasito, cosa que le desagradó al Director. Luego los hombres nos quedamos en pie y formaos hasta de a cuatro de fondo, esperando que nos llegara la audiencia y sin resollar naides. Y yo atrás de todos sin pestañar.

Al fin me llamó la atención el oír que Vucelencia le dijo a una señora de las más allegadas a la mesa:

-¿Qué quiero usted, señora? vamos a ver.

-Señor. Yo soy la infeliz viuda del coronel...

-Bueno: si es viuda, déjese de lástimas. ¿Qué se le ofrece?

-Señor: permítame Vucelencia explicar...

-Está bueno: diga de una vez.

-Señor general: solicito algún socorro por cuenta de mi viudedá y en consideración a los servicios de mi finado... esposo, en la guerra de la Independencia.

-¡Umb!... ya salimos con la independencia: y ¿a quién le sirvió su marido?

-Señor general, mi esposo sirvió a la patria con los generales Belgrano y San Martín.

-¡Umb!... y, ¿aónde murió su marido?

-Señor: desgraciadamente en Montevideo.

-Y ¿a qué se fue a Montevideo?

-Emigró, señor, porque lo perseguía el general Rosas.

-¡Ésa es mentira, señora! El general Rosas no ha perseguido a naidas. Y si su marido se fue a los Salvajes de Montevideo, para unirse a los *Gringos*, vaya usted a que la socorran en Montevideo...

Entonces la pobre señora, tragándose la saliva, dio un suspiro, y se salió al tiempo que Vuecelencia le preguntó a un oficial porteño:

-Y usted, ¿qué anda queriendo? ¿ya viene por la oveja?

-Señor, vengo de necesidad a pedirle...

¡Para tomar *caña*! ¿eh? láruese, no embrome.

El oficial dio media güelta, y alzó moño con la cara larga, cuando otra señora con dos niñitas se acercó a Su Ecelencia, porque éste la llamó y le dijo:

-¿Qué busca usted con estas muchachitas?

-Excmo. Señor: vengo con ellas a implorar la clemencia de Vuecelencia, porque son güérfanas y desamparadas.

-¿Güérfanas? ¡hay tantas! y ¿cómo son güérfanas?

-Señor: porque el infeliz padre de estas niñas fue degollao en el año cuarenta, junto con el coronel Linche y otros desgraciaos...

-Bien hecho: por salvajes unitarios. Vaya con Dios, señora, no me venga con cuentos atrasaos.

Y la pobre señora se largó asustada, como sacando a la *rastra* a las muchachitas, que salieron abriendo tamaños ojos y chupándose el dedo.

-¿Y usted? dirigiéndose a otra señora bizarrota: ¿qué quiere, señora?

-Señor: desearía hablar a Vuecelencia reservadamente, porque aquí hay tanta gente...

-Déjese de reserva; en mi audiencia no acostumbro *tapujos*, hable claro y pronto, ¿qué quiere?

-Pero, señor general; por lo menos permítame Vuecelencia hablarle despacio.

-¡Umb!... ¡qué misterio! bueno, hable como quiera.

-Señor le dijo despacito, yo soy la viuda de fulano a quien Vuecelencia ha conocido.

-¡Ché! ¿usté es la mujer del salvaje unitario fulano, que se pasó a los Franceses de Montevideo para venir con los extranjeros y *peliar* a don Juan Manuel Rosas? Váyase, señora, y dé gracias a Dios de ser viuda, porque su marido en eso fue un pícaro traidor.

-¡Pero, señor! Mi marido entonces creyó justo hacer lo mismo que Vuecelencia ha hecho ahora, trayendo a los Brasileños para pelear con los Argentinos, y para voltiar a don Juan Ma...

-¡Cállese la boca, la salvajona!... ¡Venga *uno* y eche a la calle a esta desvergonzada! ¡habrase visto grandísima...!

Y la señora se salió muy fresca dejándolo a Vuecelencia *caliente*, a punto que con los ojos cuajaos de sangre le soltó una mirada a un mocito pueblera que estaba por delante de mí, al cual le preguntó el Diretor muy *retobao*:

-¿Y usté, mocito, qué quiere?

-Vengo, Exmo. Señor, en representación de las señoras propietarias de los terrenos en que Vuecelencia ha mandao establecer el campo de inválidos, y...

-¡Ah, grandísimo pícaro! ¡Tinterillo! mándese mudar a escribir artículos demagogos en el Nacional. ¡Miren qué traza!- Y el mocito salió al trote con el rabo entre las piernas y riyéndose de miedo o de la audencia. ¡Qué barbaridá!

-¿Y usté? a una federala: vamos a ver: ¿qué quiere?

-Señor: vengo por la razón de que yo hice una presentación para Vuecelencia, pidiéndole que por los *atrasaos* de mi dijunto, que murió en la banda del señor don Juan Manuel, peliando contra los salvajes en el sitio de Montevideo, el que se me pagaran esos atrasaos; pero como Vuecelencia le ha puesto a mi presentación: «Archívese», los escribientes de abajo no me quieren largar ni la plata ni el papel.

-¿Y yo, qué tengo que hacer con lo que don Juan Manuel le debe a su marido, ni qué darle a usté por los atrasaos?

-¿Cómo no, señor? Si Vuecelencia mesmo le ha puesto la cosa de *Archívese*.

-Pues bien: si yo le he puesto esa cosa, mejor para usté. ¡Vaya con Dios!

-Pero, señor ¿y cómo he de hacer, si no me largan ni la plata ni el papel?

-*Amuélese*. ¿Ya sabe?

-Pero, señor: y ¿quién me paga entonces?

-Vaya a que le pague su *agüela la tuerta*.

Y la pobre federala salió mirándolo de medio lao a Vucelencia y con la boca cerrada, pero inflando los cachetes como cuisito; a la cuenta lo iba pu...ti...ando al Diretor: que no se fijó en ella porque se dirigió a un jefe que allí estaba, con traza de veterano, y le dijo:

-¿Y usted quién es, y qué busca?

-Señor general, soy el comendante *Tal* que tengo años de servicios a la patria, y que últimamente hice la campaña de Caseros en el ejército a las órdenes de Vucelencia, y hasta ahora no he sido socorrido.

-¡Umb! *fundillos caídos*, ¿eh? Siempre pedigüeños: aguante, amigo, como aguantan los buenos federales servidores de la patria.

-Sí, señor: pero Vucelencia no sufre lo que yo a la par de mi pobre familia.

-Cállese: no sea atrevido. Mándese mudar. ¿Oye? y, ¡cuidao! Al momento se salió el hombre con tres cuartas de narices y sin más replicar.

Luego el Diretor le preguntó a otra señora de ojos azules, pero *madura*:

-Vamos a ver a usted: ¿qué se le ofrece, señora? -Y ésta le habló bajito al Diretor, quien le atajó luego la palabra diciéndole:

-Eso no es verdad, señora: su marido, cuando fue gobernador, fue un traidor a la causa de la federación, y vendió su provincia a los Porteños; y los hijos de usted fueron unos *malevos*, que el uno anduvo haciendo diabluras con Lavalle y el manco *Paz*, hasta que el general Rosas lo agarró y lo mandó afusilar... en lo que hizo muy bien; porque así manda la ordenanza, que a los oficiales resertores los afusilen. Y a su otro hijo lo mató Fulano, en tal parte: bien empleao, por *barullero*; y últimamente toda su familia era y será salvaje unitaria. Con que así, vaya con Dios, que yo no puedo atender sino a los federales; y... vení, arrimate vos: le dijo a un soldao militar, ¿qué querés?

-¿Quién? ¿yo, mi general?

-Sí, vos. Ya te conozco: sos de los pedigüeños de Gualguachú, ladrones de caballos: y, ¿qué andás haciendo en el pueblo?

-Señor: esta mañana he salido recién del hospital, aonde he estao enfermo; y, como me veo tan *atrasao* de ropa, venía...

-¿Y dónde has echao la ropa que trajiste de Entre Ríos? o ¿no trabajaste allá para vestirte hacer la campaña?

-Sí, señor: allá vendí una *yuntita* de güeyes que tenía, y con eso me *acangallé*; pero, como me lastimaron en la aición de Caseros, se me perdieron las maletas con ropa y todo.

-¡Umb! y ¿cómo no has robao otras maletas?

-¿Cómo podía, pues, señor, estando lastimao? y luego en el *ejército* naides puede trajinar: si no, Vuceleñcia los *dijuntea* a los vivos.

-Está bueno: andate no más; después platicaremos. Alléguese usted, paisana, le dijo en seguida a una medio moza que se le puso al frente y... ¿qué trai? vamos a ver.

-Yo vengo, señor general, a pedirle justicia contra un barquero uropeo, que hizo un trato conmigo de unas carretas, que a nombre de Vuceleñcia me llevó para Entre Ríos, y ahora recién ha vuelto el barquero y no me quiere pagar, y por eso venía...

-¿No le paga? está bien empleao, para que no se meta a tratar otra vez con los gringos, habiendo tantos criollos con quien ajustarse.

-Pero, señor. ¿Cómo es eso de con los gringos? porque mi marido era gringo, y muy hombre de bien, y muy servidor en esta patria, sin hacerle trampas a naides; de suerte que yo...

-De suerte que, mándese mudar: ya le dije.

-¡Josús! ¡Josús de mi alma! ¡qué gente tan majadera! dijo luego una vieja de antiojos y traza de *hurón* que se vino arrimando a la mesa, y a la cual el señor Diretor le dijo:

-¿Diaónde sale? ¿Cómo está?

-Para servir a Vuceleñcia, Exmo. Señor general.

-¿Qué anda haciendo?

Ando, Exmo. Señor, en muchísimos trabajos: ¡sea todo por Dios! Esta mañana me vine a oír misa a San Francisco, para de allí cruzar a la botica del Inglés a comprar este frasco de espíritu de *Léter*, que es santa cosa para los accidentes; y luego vine al Mercao a tomar esta docena de güevos para hacerle remedios a la niña menorcita.

-¡Umb! ¿A cuál niña?

-A la de quince años, señor general, ¿no se acuerda Vuceleñcia que le dio un ramito? Pues desde esa ocasión está la niña muy enfermita de una especie *de pocondría*, tan triste, que dicen los médicos que no se le quitará sino sacándola a pasiar, continuamente, y en coche, por esos recreos de Palermo.

-Pues bueno: cúrela y sáquela a pasiar por allá.

-¡Pues no la he de curar... madre mía y señora del Carmen! para asistirle estoy haciendo unos sacrificios...

-Hace bien, cuídela, cosa que sane pronto... y ya le digo, llévela a pasiar.

-¿Por Palermo, señor? y ¿cuándo?

-Cuando le dé la gana.

-Muy bien, Vuecelencia, la llevaré, así que se amejore, aunque tengo miedo que me la muerda, señor...

-Si ya no muerde *Purvis*: gruñe no más; vaya sin miedo.

-¡Josús! yo le tiemblo al *Purvis*; pero con la siguranza que Vuecelencia me da, iré más animada.

-Está bueno: vaya con este hombre. -¡Venga, coronel!

-Señor.

-Vaya con esta señora; diga que le den una orden para que la remedien con quinientos pesos por lo pronto.

-¡Josús de mi alma! ¡qué ángel del cielo es este libertador! Dios lo conserve eternamente; dijo la santulona, rumbiando atrás del adecán para un rincón, aonde estaba la ofecina de los *quinientos*... Y fue el caso que después que entró el adecán, cuando iba a colarse la vieja, la atropelló un ternero me pareció, y era el perro *Purvis* que venía al trote, arrastrando una *guasca* con una lazada en la punta. El mastín, apenas olfatió a Vuecelencia, cerca de la vieja no más, pegó un gruñido, y abriendo tamañas quijadas espantó fieramente a la veterana: la cual, queriendo juirle, metió una pata en la lazada del *cabresto* de *Purvis* que, al sentirse sujetao, en primer lugar, del tirón despatarró a la vieja y sobre el *lazo* se dio güelta, y le pegó una sacudida de mordiscones, revolcándola sobre el frasco y los güevos rotos que habían estao podridos.

Por último: mientras Vuecelencia se reía y mandó sacar a *Purvis* de encima de la vieja, el resto del auditorio salió despavorido, echando diablos, y yo en la punta: concluyendo la audiencia de un modo espantoso por la aparición del famoso *Purvis*, rastreador y mordedor como el señor presidente NONATO de la Capital hasta las Conchas.

Cuatro preguntas

Que le hace al Director un granadero del 1er batallón de línea de Buenos Aires

Pero, dígame, señor:
¿qué hace en San José pintando,
después que echó la balaca
de que venía a tragarnos?
¿Cómo es eso, Diretudo?
¡qué! ¿trata de andar gauchando
por las orillas no más?
¡Vean qué andarse empacando!
entonces, ¿cómo presume
venir a diretoriarnos?
y si nos reímos al fin,
se ha de salir enojando.
Endurezca y atropelle,
mire que si anda lerdiano
puede que le rezonguemos
el día menos pensado,
y también que lo saquemos
hasta su tierra mosquiando.

¡Vaya, vaya! Y... digamé:
¿de miñoca, cómo andamos?
ya sabe que el porteñaje
está todo acostumbrao
a tener mucha moneda,
y a gastarla voraciando;
y asigún lo que me cuentan
los que se vienen pasaos,
Vuecelencia anda flacón,
o fingiéndose atrasao:
y siempre haciendo promesas
pero, yerba, ni tabaco...
no les da a esos infelices.
No sea, pues, tan ingrato;
lárguele a esa pobre gente
siquiera para cigarros,
que, a costa de ellos, bastante

Vuecelencia ha manotiao;
o al menos denos licencia
para medio remediarlos:
cosa que haremos a gusto,
porque al fin somos paisanos,
y «entre güeyes no hay cornadas;»
y luego por este lao,
a decirle la verdá,

no estamos tan desaviaos.
Pero, allá, sus teruteros
da compasión el mirarlos,
y en prueba de la evidencia,
atienda el siguiente caso:

A la Casa de Gobierno
fui el otro día buscando
cierta cosa, y al entrar
vi que estaba tiritando
el centinela en la puerta;
y eso que estaba abrigao
con dos ponchos ¡superiores!
buena casaca de paño,
una gorra, ¡cosa linda!
pantalones y zapatos.

-Con que, yo le pregunté,
¿por qué tiritas, paisano?
y el mozo me contestó:

-Quite, amigo; si me ha dao
chucho de ver a ese pobre:
y me señaló un pasao
que acababa de llegar,
y allí estaba acurrucao
en un rincón del zaguán,
temblando como un pelao:
y esa mesma tardecita
lo vi al pobre acangallao.

Infeliz! -Y ¿digamé,
señor Diretor. ¿Qué diablo
le ha hecho el coronel Pinedo
viniéndose con los barcos?
¿Cómo es eso que la escuadra
también se le ha resertao?
¿ya empieza el resfaladero?

Pues, señor, eso está MALO!
no se deje trajinar.
¡Qué! ¿no puede sujetarlos
ni con la Custitución?
¡Ah, criollos! ¡si son el diablo
para eso de someterse
a un presidente guarango!

De balde por allá ajuera
lo andan algunos palmiando:
créame lo que le digo:
eso es para embozalarlo.
Ya le alvierto que lo engañan
los Porteños, y que al cabo
los de afuera y los de adentro
se han de unir para aventarlo
a la loma del Infierno;
pues todos, desengañados,
vemos ya que Vuceleñcia
es también ¡FUNDILLOS CAÍDOS!
desde que no se nos viene
y nos larga un ¡VALE CUATRO!
¡juerte! a ver si nos asusta;
y estamos viendo, al contrario,
que allá en San José de Flores
se lo pasa cabuliando
con su recua de dotores
que lo siguen enredando:
que yo, en su lugar, patrón,
a todos esos bellacos
se los mandaba a Videla
o a Benítez amarraos,
para que estos los foguiasen
a la par de sus soldaos,
a costillas de los cuales
echan plantas esos diablos
congresudos enredistas.

Véalos si se han turbao
eligiendo a Buenos Aires
de capital, calculiando
venirse a la chupandina,
sin más riesgo ni trabajo
que estar tragando y bebiendo
y en las casas paroliando,
mientras pelean para ellas,
y se matan los paisanos
unos con otros. ¡Ahi-juna!
Nada, señor, de soldaos,
échelos a las guerrillas
a todos los diputaos,
como hacen acá en el Pueblo
con los más encopetaos.

Ahora, tocante a guerrillas,
creo que estará informao
que el otro día arronjó
el viento a la playa un barco,
al cual la Teruterada
se descolgó a trajinarlo
y que de acá el mayor Vila
con unos cuantos soldaos
salió de curiosidá,
pero como son tan guapos
los Terutereros, luegoito
a meter bulla empezaron;
y el comendante Villar,
al verlos alborotaos,
salió con los Correntinos
que siempre andan desganaos,
y al decirles... vamonós,
hasta en pelos se largaron,
y del primer repujón
¡a la gran... punta se arriaron
a todo el Teruteraje
que hacía bulla en el bajo.

Luego, por la Recoleta,
en la barranca asomaron
los infantes tamangudos,
de Vuceleñcia, y ganaron
las quintas y las zoteas,
y a balazos se trezaron
con los Guardias Nacionales
del comendante OBLIGADO,
sin que éstos les recularan
la pisada de un chimango.

Y por fin, mi batallón,
cuesta arriba al trote largo,
a bala y a bayoneta
a las casas nos trepamos,
y de allí hasta los corrales
como a burros los arriamos,
y nos reímos largamente
del ruido de los tamangos
que por los calcagüesales
iban los pobres largando.

Antes de eso la trepada

cuasi nos costó muy caro,
porque al cruzar un portillo
por aonde salió puntiando
mi comendante CONESA,
que va siempre adelantao,
allí, por el mesmo medio
de las orejas del blanco,
un Terutero alarife
le descargó un trabucazo,
que estornudó el comendante
con el humo del tabaco;
pero en seguida no más
le cerró piernas al blanco
y atropelló al Terutero...
¡que disparó echando diablos!

De ahí subimos a la torre,
y estuvimos repicando
a salú de Vuecelencia:
y por fin, al abajarnos,
un flaire de San Francisco
de gusto me soltó un pavo,
y yo al cura del Socorro
se lo largué de regalo,
por verlo tan guapetón,
que nos vino acompañando
junto con el sota cura,
que también de aficionao
se vino a la Recoleta,
y anduvo allí entreverao
dando vivas a la Patria
y alentando a los soldaos,
y sin llevar ni un facón
para algún lance apurao.
Con que, señor Diretor,
creo dejarlo informao
de todo lo sucedido,
y también aconsejao
de que... ¡abra el ojo! no sea
que algún mal intencionao
lo traiga un día a la Plaza
con Purvis acollarao.

Al señor comendante de los españoles

Pero, dígame, señor:
¿Díaónde diablos ha sacao
esa gente tan guapaza?
¡la pujanza en el ganao
que es bravo hasta lo infinito!
y no van a punto errao,
porque es: ¡Tum! ¡y muerto al suelo!
¡Vayan a matar venaos,
que eso es ya barbaridá!
antiyer se han dijuntiao
como ochenta Teruteros;
y con ganas se han quedao,
pues se venían lambiendo
al retirarse embarraos:
así el Diretor con ellos
está tan incomodao,
que ayer dijo en San José,
fieramente retobao,
que todos los Españoles
han de ser desgarretaos.

Con que, ya se lo prevengo
para que anden con cuidao.

EL ZURDO.

Boletín extraordinario de Aniceto el Gallo

LA ÚLTIMA A VUECELENCIA
Y...

Para que los de la Duana

DEL DIRETOR DON JUSTO
TOMEN A GUSTO
LA MAÑANA.

Dicen que ayer por Barracas
cierto Urquicista llegó
a un campamento, y sacó
ufano de la petaca
un cuaderno que leyó...

Pidiendo atención,

a la Porteñada
que allí de coplada
se juntó en montón:

Y al oír la Custitución
que entró a ler el Diputao,
el criollaje alborotao
a cantarle comenzó:

¡Cocorocó! ¡Cocorocó!
Entonces el Urquizano
quiso hablar en tono tierno,
pero se volvió un infierno

la reunión, y un paisano
que le arrebató el cuaderno...
¡Ésta es embrolla!
dijo en seguida;
y una sumida
le dio en la bolla...
Y el Porteñaje siguió:

¡Cocorocó! ¡Cocorocó!

Como flecha a San José
guasquió el Diputao aprisa,
y llegó con la camisa
sucía de... yo no sé qué
a presentársele a Urquiza:

Que de un rincón,
cuanto lo vio,
le preguntó
con aflicción:

¿Por qué trai tan mal olor?
dígame de sopetón,
¿tragan la Custitución
los Porteños? -Sí, señor:
hoy se han tragao un vapor
que tiene ese mesmo nombre
contestó asustao el hombre,
y me han dicho allí a la cuadra,
que han hecho tantos empeños
que han logrado los Porteños
tragarnos ¡toda la escuadra!

y dicen con insolencia
allá y aquí esos canallas,
que han de tener las agallas
de tragarse a Vuecelencia.
¡Por Dios, señor! no ande lerdo,
ni se atorulle por nada:
haya una cuerda ensebada
del macho aquel de su ACUERDO.

A este tiempo sacudió
las alas un gallo giro,
y el Diretor dio un suspiro
al sentir que le cantó:
¡Cocorocó! ¡Cocorocó!

Luego principió el choreo
del pobrecito don Justo,
quien mirando con disgusto,
para aonde estuvo el bocleo,
cuasi se ca...yó de susto;

Pues viendo el río
abandonao,
atribulao
dijo: ¡Dios mío!

Hoy mesmo a Gualaguaichú,
si de atrás no me bolean,
espero de que me vean
emplumar como ñandú.

Y el Diputao que escuchó
estas palabras tan tiernas,
con el rabo entre las piernas
también cantando salió:
¡Cocorocó! ¡Cocorocó!

Cielito de un Correntino

Voy a cantar este cielo
por una tonada extraña,
para que lo baile un cierto
diretor de media caña.

Allá va cielo y más cielo,
cielo por la Residencia;
háganme favor de hacerle
cancha para el Vuceleñcia.

No hay duda: don Juan Manuel
mostró que tenía tino
al ponerle LOCO al ñato,
pues le acertó a lo divino.

Allá va cielo: ¡Rascate!
vaya mi cielo: ¡Mordete!
muchas memorias te manda
de cualquier parte Alderete.

Diz que ajuera el Diretor
le anda temiendo a la vela,
y otros dicen de que el mate
le anda jediendo a pajueta.

¡Ay, cielo! y dicen también,
no sé si será verdá,
de que ya no sabe el ñato
aónde queda el Paraná.

En Corrientes andan todos
con un susto, háganse cargo:
no los vaya a lastimar
como hizo en el Pago Largo.

Allá va cielo, mi cielo,
cielito, cielo, en la vida
no vas a crer, Diretor,
que Correntino te olvida.

¡Ah, Cristo! ¡quién lo topara
por ahí, por la Recoleta,
para atracarle una mora
a la raíz de la paleta!

Cielito, cielo, mi cielo.
¡ay, cielo del alma mía!
la Correntinada dice:
¡Cuándo llegará ese día!

A pesar que, si se ofrece

la ocasión, estamos viendo
que se le duerme al Rosin
y a dos laos sale muriendo.

Cielo mío, pero entonces
de balde ha de hacer cabriolas;
se escapará de mi corvo:
pero... ¡cuándo de mis bolas!

Al fin para el Diretor
echaré la despedida,
y hasta que yo me le afirme
Dios le conserve la vida.

Allá va el último cielo,
cielito de la esperanza:
¡ojalá para ese día
le pase mucho la panza!

Tapones por todos laos

Se suena de que, como el Diretor anda hoy por Palermo, olfatiando para los barcos de Guerra *Uropeos*, la Comendencia General de Marina está atariada haciéndole poner, con los mismos barcos que fueron de Vucelencia, tapones por todos laos, desde Patagónica hasta San Nicolás y *más allasito*, y que los barcos van carpaos de choclos para los empleos de las *duanas* del Diretor, y llevándoles MEMORIAS DEL BOGLEO.

Nº 6

Buenos Aires.- Julio 2 de 1853

Sí, señor: mucho me ha de hacer con su alesna

Así mesmo, me acuerdo de que, una ocasión, le decía *empacao* y medio encogiéndose un Porteñito achurador a un viejo Entrerriano, muy quebrallón y desollador de los *corrales* aonde lo amenazaba al criollito, como queriendo destriparlo con un cuchillo *envenao* y de hoja enteramente muy gastada...

Entonces, ya les digo: el Porteñito lo aguardaba *empacao* y como echando mano al *alfajor*, y cuando el viejo le quería *prender* hasta la *virola*, el muchacho no hacía más que medio sacarle el cuerpo y decirle: -Sí, señor: ¡mucho me ha de hacer con su alesna!

Con que, así le diré yo al señor Diretor, ahora que he sabido con siguranza de que está fieramente enojao conmigo, pues diz que en San José de Flores, días pasaos, Vuecelencia muy caliente le dijo a una *moza* de que, si *me agarra* ¡y que me agarraba! me ha de hacer sacar *una lonja* cuando menos. ¡Cristo, qué riguridá! De modo...

Que si el Diretor me hostiga
en *lonjiarme* se encapricha,
encogerá la barriga
y le diré a lo *Bachicha*;
¡ma!... ¿qué quiere que te diga?

A pesar de que pudiera agarrarme, cuando Vuecelencia entre a Buenos Aires y que entraba, porque yo no pienso juirle de la trinchera o de *más ajuerita*, y por allí no más tanto a mí como a todos los defensores de la ciudá, cuando el Diretor la atropelle y que atropellaba, nos ha de encontrar *¡firmes como palo a pique!*

Vaya, vaya: ¡eh! ¿con que, solamente apenas quiere desollarme? Pero, señor: ¿por qué está tan enojao conmigo? ¿Porque suelto al Gallo? ¿No decía Vuecelencia que en esta vida nada se le importaba de ningún gacetero del mundo? Ya se ve: como Vuecelencia es hombre tan acreditao *para el cuchillo* desde PAGO LARGO hasta VENCES, como desde la INDIA MUERTA hasta PALERMO, ¿qué mella le han de hacer con gacetas? aunque yo desconfío que el Gallo le hace muchas cosquillas, porque Aniceto les dice a los paisanos la verdá sin terminachos, y no se casa con naides: sin embargo de que los apreceo a todos siguramente más que Vuecelencia, que ha venido a embrollarnos con su Custitución ñata, haciéndonos matar unos con otros. Si a lo menos y por último se volviera, señor, para su tierra a gobernar allá como le dé la gana, en ese caso, hasta yo me empeñaría para que lo largaran...

Y para este empeño no le parezca que al Gallo le faltan amigos de todas layas allá ajuera y acá adentro.

De veras: pues aunque Vuecelencia presume de guapetón y ricacho, y de tener mucho partido, con todo, yo que sólo soy un triste gauchó, en cualquier parte le *corro* a más bien querido. Por eso le aconsejo que se largue de una vez a su cueva y nos deje a los Porteños arañarnos o acomodarnos: no sea porfiao. ¿A qué diablos está queriendo engañar todavía a los gauchos, después de lo atribulao que se encuentra con la *raliada* de la Escuadra?

Ya sabemos que Vuecelencia les está haciendo decir a los paisanos, el que de acá los puebleros le andan mandando empeños para que les haga la paz, para dejarlo de Diretor custitucionudo de todas la Provincias, a fin de que en cuatro manotias nos haga cueriar todas las vacas de la nuestra y algunos gauchos de yapa. ¡Oh! no embrome, patrón.

¿Diaónde se ha creído que los gauchos porteños son *mulitas*, ni que Vuecelencia los ha de seguir engatusando con proclamas, y diciéndoles que no es nada el rempujón de la Escuadra, y que se aguanten como buenos federales, sin comer, sin medio y en pelota, hasta que Vuecelencia haga la entrada? Págueles, señor Diretor, mire que los mozos de

ajuera bien saben ya de que el Gobierno de la ciudad y todos los soldados que la defienden, tanto los gauchos como los cajetillas, también son federales de ley; y que así como pelean parejito, lo mismo comen bien todos los días, y andan abrigaditos con cacharpas lindas, en ancas de que, CADA SÁBADO, ¿oye Vuecelencia? cada sábado, al salir el sol, desde el primerito hasta el último de los soldados de la ciudad reciben en su cuartel *ochenta y siete pesitos para los vicios*. ¡Ve, señor! Así se trata a los soldados federales; y no con proclamas y promesas de para la entrada. ¡Qué apunte!

Ya presumo de que Vuecelencia me ha de hacer retrucar esta verdad, diciendo que este gobierno roba mucho, y por eso larga plata. Puede ser que así sea, aunque está en duda; pero, lo cierto es que si roba, roba para todos por parejo, lo que allá Vuecelencia se está trajinando para su *buche* solamente todos los cuerambres y haciendas de la campaña, sin darle un *rial* a Cristo, como es su maña vieja: pues todavía me acuerdo de que a los soldados porteños y federales de doce años de campañas, que trujo Vuecelencia de la Banda Oriental a Entre Ríos, les dio apenas tres patacones a cada uno, y que Vuecelencia se tragó todos los cargamentos de pesos fuertes que le aflojó el Emperador para los soldados federales.

Pues, así mismo en el día, Vuecelencia y tres o cuatro de sus ahijaos se están tragando todas las haciendas y demás bienes de nuestra provincia, y en lugar de largarles algunos medios a sus soldados, les arrima *estaca* cuando se ladean del campamento a calentarse por ahí, y les suelta proclamas y promesas de para cuando la entrada.

¿Qué entrada? ¿cuándo, y quién vendrá haciendo punta? ¿Vuecelencia? ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Ah, malhaya! dicen los Italianos *lambiéndose* por conocer al Diretor yesquerudo. Luego, si Vuecelencia no *puntea* en la entrada, ¿quién vendrá adelante? ¿Los paisanos? Vaya, señor Diretor, por Jesucristo le pido otra vez que no se haga el sarnoso, y que piense del mismo modo que piensan muchos de los Porteños que le andan al redor. Velay cómo:

En Buenos Aires hay ocho mil Guardias Nacionales, porteños cuasi todos y platudos en ancas de *buenos mozos*. Cada Guardia Nacional tiene tres o cuatro hermanas o primas, muchachas ¡cosa linda! y de yapa cada criollo de estos tiene allá ajuera algún pariente o *pión* de su completa amistad, y hasta de *gauchiar* juntos. Luego, cada muchacha tiene algún Urupeo y algunas tienen hasta cuatro o cinco, que a un tiempo les andan *arrastrando la ala*.

Muy bien: pues sí, señor; Vuecelencia quiere por fuerza entrarse a nillar a los Porteños y manosa a las muchachas, y entonces ¿qué resultará? Claro está, los Nacionales peliarán por su cuenta y harán peliar a sus parientes de ajuera y de adentro; y luego las muchachas, las hermanas, y las parientas de los Nacionales les dicen a los Urupeos: ¡chúmbale a Urquiza!... y de lo demás hágase cargo, don Justo.

Cierto es que también Vuecelencia presume sujetar la *reserción* del paisanaje, diciéndoles que ya a entrar a la ciudad y a darles a todos *por los atrasaos*, en cuanto le lleguen los *cotigentes* de soldados que le van a mandar de las provincias, y que con ellos entonces a la fija nos apretará a todos los Porteños.

¡Pues no, mi alma! Eso de los cotigentes, *en deveras* mete miedo.

Pero a propósito: escuche, le contaré lo que me pasó el otro día en una comilona que tuvimos con unos cuantos de los pasaos, que esa mañana se le raliaron de Palermo; porque no fallan a lo menos de a veinticinco diarios; y, si no lo cré, pregúnteselo al coronel don LAUREANO DÍAZ.

Pues, como le iba diciendo: como unos quince soldaos de los del pueblo, entreveraditos con algunos pasaos que también ya son soldaos de la ciudá y mozos platudos, nos largamos de humorada a voraciar en la fonda; pues por acá los soldaos, cuando nos da la gana, comemos *de fonda*; porque para eso nos paga bien el *Gobierno Federal* de Buenos Aires, sin echarnos tantas proclamas.

En fin, en la fonda nos tiramos de pasteles, gallina con arroz, chicholos, y *échele cuhetes*, y vino superiorazo al gusto de cada cual. El caso fue, que, en medio de la jarana, no sé quién de la rueda dijo de que a Vucelelencia le estaban ya por llegar doscientos Mendocinos del cotigente, como Vucelelencia mesmito lo asiguraba. Al oír esto, saltó un corneta que estaba a mi lao medio *pesadón*, y después de bostezar largo, preguntó: ¿cuántos son los Mendocinos? ¿cuántos son los Mendocinos? ¿doscientos? Si no son más que esos prosiguió, no le alcanzan al Diretor para el gasto diario de ocho días *de pasaos*. ¡Ahi-juna, el corneta vivaracho! y yo creíba que estaba *mamao*: y vean cómo le sacó la cuenta en la punta de las uñas.

Mesmamente: el mozo dijo una verdá sin retruque, desde que se nos vienen tantos terutereros, que yo, señor Diretor, como sé que ya anda tan atrasao de salú, se entiende, hasta *maliceo* que para de aquí a ocho días pudiera suceder que todos los congresudos y Vucelelencia en la punta se nos vengan *pasaos*: cosa que me alegraría muchísimo, y a pesar de que Vucelelencia anda desiando sacarme el cuero, ya le prometo largarle un abrazo en el momento que se nos venga *mansito*, dejándose de la embrolla de los cotigentes y echando a los infiernos esa su Direturía de los pantanos de *Miserere*, y haciendo con su Constitución reculada lo mismo que hizo el moreno ladino de mi amigo el imprentero.

Aguárdese: se me olvidaba, que le manda decir el coronel MUSIU DUTIL, que le dé Vucelelencia muchas memorias a la batería de la Convalescencia; a la cual, luego que la concluyan, dice *Musiu Dutil* que no le ha de hacer nada con los *trucos* que piensa atracarle por la *media luna* al vuelo. Y allá van coplas.

Cielito de la Vigía de Buenos Aires

Como se ve hasta SAN PEDRO
subiéndose a la CHISMOSA,
la otra mañana trepé

y vide allá... cierta cosa!

Mi cielo y de San Miguel,
de lo alto de la Vigía,
medio cerquita se me hace
que a FLORES viché ese día.

Si el ojo no me engañó,
asiguro de que vi
otra cosa atrás de Flores
parecida a CAMUATÍ.

Cielito y del Paraná
debe ser por precisión
lechiguana, o cosa igual
para la Custitución.

Eché luego una visual
al rumbo del Baradero,
y vide patentemente
coloriando un avispero.

Cielito y la paisanada,
de esos laos, no tengo duda,
que al Diretor ya le han puesto
la custión fiera y peluda.

Tendí la vista más lejos,
¡ah, ojo claro! y alcancé
a ver una disparada
en el mesmo Santa Fe.

Mi cielo, y no fue ilusión,
corrían como baguales
una punta de morcillos
con traza de congresales.

Después extendí la vista
más allá de Tucumán,
y allí vi a los Urquizanos
en los apuros que están.

¡Ay, cielo! y de aquel ladito
vide claro a los Salteños
que lo aprietan a Gutiérrez,
de acá los Santiagueños.

Entonces bajé los ojos
hasta San José de Flores,
y como está tan cerquita,
¡ahí sí que vide primores!

Cielito, y creo excusao
el que le diga más nada,
sino que vi a Vucelelencia
con dos tercias de quijada.

Por fin, en Montevideo,
miré al clavar bien la vista...
patas arriba a un ministro
muy diablo y más Urquicista.

¡Ay, cielo! últimamente
vi al colmo de mi deseo
puesto en lugar de ese maula
a un Oriental que apreceo.

Diálogo

Que tuvieron hacen pocos días dos lanceros de los del valeroso comendante Otamendi,
Zenón Núñez y Jacinto Roca

ZENÓN

Con que, amigo, ¡voto alante!
¿cómo le ha ido esta mañana?
ya lo vide allá en sus glorias
floriándose... ¡la pujanza!
mire que es arrejador.
Ya se ve, con esos maulas
¡quién no retoza!

JACINTO

Es así:
porque está muy desganada
de tirarse con nosotros
toda esa Teruterada,
desde que la tiene Urquiza
enteramente aperriada:
y aunque hay algunos pintores,

todo eso no vale nada.

ZENÓN

Por eso será que a mí
me parece tan holgada
aonde quiera que se ofrece
pegarles una tantiada;
y como anda nuestra gente
tan lindamente montada,
y además andamos todos
rivalizando en la fama
del que atropella primero,
siempre me encuentro con ganas;
y en cuanto medio se ofrece,
ya lo ha visto, como gala
se me hace el cortarme solo,
y pegarle una sentada
al pingo entre todos ellos:
velay mi gloria.

JACINTO

¡Bien haiga!
Pues yo también la otra tarde,
estando en una avanzada
se ofreció un lance, y, ¡qué Cristo!
hablé al oficial de guardia
y le pedí su permiso,
porque me sentí con ganas
de hacerles una pregunta.
Me soltó a la disparada,
y ya también largué el poncho,
salté al tiro, y cargué la arma:
y enderecé al galopito
rumbiando a lo de Balcarza,
por aonde topé a mi alférez
que venía en retirada
con unos catorce mozos
de divisa colorada:
¿no los vido?

JACINTO

Sí los vide:
fueron los de una avanzada
que enterita se pasó:
pero, ¡ah, gente desaviada!

tan completa es la miseria
que sufre la paisanada
sumida en esos barriales;
y luego, tan atrasada
como está de mancarrones,
porque ya la reyunada
ha espichao toda enterita,
con la flacura y la helada,
sigún cuentan ellos mismos;
y luego la caballada
que le dicen de reserva,
de flaca y de maltratada
no puede con la osamenta:
¡barbaridá!

ZENÓN

Y eso es nada;
ayer yo entré a platicar
con un sargento pasao,
mozo gente y racional,
y vea lo que contaba
con toda formalidá:
dice, que desde el Azul
lo mandaron para acá
junto con los veteranos
que vinieron desde allá,
de los que hoy en estos pagos
no han quedao ni la mitá,
y que no se han ido todos
a la fecha, porque está
muy oprimida esa gente,
pues no dejan apartar
a naides del campamento
una cuadra más acá;
y luego que en el servicio
no los dejan resollar.
¿Y de miserias? ¡Ah, Cristo!
Pena me dio oírle contar
las hambrunas que padecen
y lo desnudos que están.
Y en ancas, diz que los tratan
con tanta riguridá,
que por la falta más chica
les arriman sin piedá
más estaca y más azotes
que flores tiene un cardal.

JACINTO

¡La pujanza! de ese modo
¿quién diablos puede aguantar?
infelices! ya se ve,
sólo a fuerza de crueldá
pueden medio sujetarlos.

ZENÓN

Pues ansí mesmo se van
en tropillas de a sesenta,
sin que los pueda atajar
temor de ninguna laya,
cuando a los campos se van;
pero este mozo me dijo,
que la gran dirficultá
es hacer el arrejón
de venirse a la ciudá,
porque a todos los que pillan
viniéndose para acá,
al momento el Diretor
los manda beneficiar,
yéndoseles al pescuezo
como en los tiempos de atrás
pero usté sabe, aparcero,
que empezándose a raliar
la gauchería, es de balde
el quererla sujetar.
En vano Urquiza se apura,
los criollos se han de escapar,
y por más que los oprima
se le han de venir no más,
como lo hacen:

JACINTO

Es verdá:
cada rato están cayendo
a presentarse en tropillas.
Hoy tempranito vinieron
como unos veinte hechos tiras,
de rotos y de mugrientos,
los que ya están remediaos:
porque como acá el Gobierno
apenas se le apresentan,
aunque algunos le haigan hecho
diabluras de cualquier laya
falsiándole en otro tiempo,

en el día no les hace
cargo ninguno por eso.
Al contrario, los auxilia
y los atiende lo mismo
que a los que desde el principio
se han aguantao en el pueblo.

ZENÓN

Mesmamente, así los trata,
y yo soy testigo de eso:
porque antiyer me mandaron
a la casa del Gobierno
de orden de mi comendante
para llevar unos pliegos,
y al entrar, el corredor
reparé que estaba lleno
de los pasaos de ese día;
que allí estaban recibiendo
nada más que por lo pronto
cada uno trescientos pesos
y luego les rodearon
una porción de puebleros,
que entraron a platicarles,
hasta que salió uno de ellos
para la calle y volvió...
¡ah, mozo lindo! trayendo
una porción de moneda,
que en papelitos de a ciento
a cada mozo pasao
le largó uno, y por supuesto,
últimamente, esa tarde
me encontré con todos ellos
alegres: pero, paisano,
¡díaónde poder conocerlos!
Ya se ve, todos andaban
tan lucidos y compuestos,
de chaquetas y calzones
y botas y ponchos nuevos,
con plata y muy divertidos,
pasiándose por el pueblo.

JACINTO

¡Lindamente! así me gusta
que traten a los paisanos;
y luego verá que todos
tocan a su desengaño,

y el que no se venga al pueblo
se larga para su pago,
golpiándosele en la boca
al Diretor entrerriano:
¿no le parece?

ZENÓN

Cabal.
En fin, me voy retirando
al cuartel, porque ya es tarde
y medio me va picando
un sueñito rigular:
¿si gusta mandarme en algo?

JACINTO

Cosa ninguna. Hasta luego.

ZENÓN

Hasta la vista, cuñao.

Enfermedá incurable del Diretor de la docena del flaire

Desdichadamente para la organizadura de la Confederación, con las humedades de *pajuera* Vuecelencia, de quince días a esta parte, se encuentra tan apurao y enfermo de la barriga, que nada le para en el BUCHE: y lo han puesto en pior estado la descarga de purgas, vomitivos y lavativas que le han echao varios de sus jefes que fueron; y los cuales al fin le han sacao el cuerpo, porque ya Vuecelencia *jiede* a muerto. Velay los nombres de los que más lo han atrasao al *organicista*.

El coronel Pinedo, no sé qué le hizo desde Barracas, con lo cual el Diretor, de un solo pujo, largó toda la escuadrilla del Riachuelo.

El almirante Coe: éste le atracó con barbaridá a *Musiú Larruá*; y luego el Diretor, aunque medio *atorándose*, de golpe desembuchó toda la escuadra.

Luego de acá, el general PAZ, de lástima, y sin embargo de que en su vida nunca le dio una ración *de afrecho* al Diretor, no sé qué le recetó en esta ocasión, que don Justo José vomitó enterita la Isla de Martín García con todos los cañones y soldaos que allí estaban, y más tardecito una *boleta* grande que de Montevideo lo manda le mandaban a Vuecelencia, cargada de pólvora y balas, que tan escasas andan por San José de Flores: ¡infeliz!

¿Y el coronel don Laureano Díaz? éste sí que anoche lo ha tullido, atracándole a Vuecelencia una sangría que le hizo soltar luego toda la división *Chivilcoy* y

trescientos caballos: y debe ser cierto, porque yo anoche estuve platicando con el coronel Díaz y le solté un abrazo; y esta mañana ya vide a los muchachos que andaban muy lucidos pasiendo entre los suyos.

Por último, se sabe positivamente, que por atrás del Diretor ya le andan con la jeringa cargada, para soplarle la última lavativa con *ortigas de los campos del Norte*, y en ésa... el *organicista* largará sin duda hasta las *entrañas*.

Pues, sin embargo de estos atrasos, Vucelencia todavía hasta esta mañana contaba con los auxilios que podía darle un amigo muy ricachón que tiene en Montevideo, llamado *don Samuel Lampalagua*: el mesmo que, cuando Vucelencia andaba en el *peral*, lo *acariciaba* mucho, pero hoy, apenas ha sabido los atrasos del Diretor, por todo auxilio dicen que sólo le ha mandao para cada gaucho un libro de la Biblia, y eso, a *cambalache de Biblia por Vaca*. Y por todo alimento le aconseja que COMA GALLO.

Nº 7

Buenos Aires. - Julio 12 de .1853

Al ruido de tanto cohete
y salva y musiquería,
y noticias y alegría,
y funciones que han habido...

El Gallo número SIETE
con perdón del auditorio
le soltaré al Diretorio,
hoy que está medio aturdido:

Y que bien puede a esa jaca
entrerriana, tan sonada,
con una púa tapada
salirle el Gallo a reñir;

Sin que sea una balaca
decir que en este revuelo
lo voy a dar contra el suelo,
y acabarlo de aturdir.

Con esta siguridá,
allá va el Gallo, señores,
para san José de Flores

aonde hay cierta confusión...

Por no sé que novedá,
de que se ven polvaderas
por atrás... otras frioleras
para la Custitución...

Antes de ayer domingo a las nueve de la noche, después que tocaron a *silencio* en mi cuartel, me puse a componer este Gallo junto al fogón, cuando sentí que las campanas de Santo Domingo tocaban agonía o rogativa, que es remedio *emplumático* o *diplumático*; y luego se me puso de que a esa misma hora algunos caballeros estarían rogando quizás por que *salga de cuidao* la Direturía: ¡Dios quiera! y para eso le he compuesto el siguiente argumento *ensilgao*, *trinao* y *aterminachao*:

ATENCIÓN

Para que se diviertan los diputaos congresudos menos uno -el Sr. Dr. Zuviria ¡y que no subía y que no entendía!

Amarguísima, apretadísima y tristísima debe serles esta gaceta, tanto al titulao, empantanao y atribulao Diretor, organizador y manotador, como a la pandilla de *polilla* que acaudilla sin concencia Vuecelencia... y tenga pacencia; porque yo en la ocasión presente, lo único que puedo hacer en alivio de su amargura, tristura y apretura, es largarle con suavidad, velay el número SIETE DEL GALLO, sin más intención que la de, atracarle a Vuecelencia, por el mismo número, siete palabras las más *tuperolíticas* ¿entiende? de una sentencia *inicutible* ¿oye? y macacuna, que dice en siete voces por la *estamborlonga* esta *trupefática* verdá... que a la vuelta va:

¡Justo José, el último mono se ahuga!

¡La pujanza *en la letra* que dice poco y fiero! Y yo en ancas dígole, que la tal sentencia le cai al señor Diretudo, tanto al *lomo* como al *pelo*, y que se me hace muy razonable la comparancia entre un mono y don Justo, que anda presentemente arrerepresentando el último *gauchi-macaco*, *altanero*, *fullero* y *balaquero*, que en estos tiempos todavía pretende *embozalar*, *estaquiar*, y *tiranizar* a la paisanada, tan baquetiada, arruinada y desengañada, y particularmente a los Porteños; a quienes se nos ha *dejao cair* el Diretor Bambolla de Mogolla o de Nogoyá, echándola de autoridad constitucionuda, *colmilluda* y *peluda*, y, al fin, saliéndonos con todas esas gollorías antiguallas a la cola de todos los diablos *gauchi-albitrarios*, que nos han aniquilao a guerras y pependencias al ñudo; desde el *malevo* su paisano Ramírez el *mentao* hasta el gran veterano Restaurador *reculao*.

Pues, sí, señor: sin la menor duda, el tal Director de Mogolla es el último mono melitar de la *recua*, que ha salido *a la cola* de todos los de sus mañas, y como tal, por el destino que

reza la sentencia de las siete palabras, velay que ya está Vucelelencia acorralao, trajinao y *apichonao* entre las chacras de la orilla, hasta que, si quiere juir, se *ahugue* ahí no más por la cañada de las Conchas, si antes no forcejea y se entra a Buenos Aires atrás de la *yeguada* que piensa largarnos de vanguardia.

¡Ahi-juna el salvaje unitario entrerriano! ¡Si será táutico y escuadronicista, y maniobrista, y cabulista! Véanlo cómo se nos quiere venir por atrás de las yeguas. -¡Valiente! hacerse el bagual un general tan gamonal y custitucional. ¡Qué barbaridá! y tanto como se *reiba* el Diretor de las cábulas de su amigo Alderete.

Vaya, vaya. Eso es broma, pues con todo su plan de atacamiento y atropellamiento, es el cuento que el general *Yeguarizo* se está *frunciendo* seguido, después del grandísimo *guascazo* y atraso o chaguarazo que ha sufrido su organizadura, y la capadura y la jura de su Custitución, y sus cotigentes; por los cotigentes que de atrás le está trajinando y desenvainando el señor general Flores.

¡Ah, Porteño superiorazo, como todos sus compañeros! Vaya unos mozos... lerdos; como los señores menestriales del Gobierno de Buenos Aires:

¡Mirá qué gloria!
echarle al Diretor
un *pial* por noria.

¿No es verdá, señor don Justo? Pero... ¡qué *Cristo*! Vucelelencia es un duro en cualquier apuro, y de seguro:

Por atrás de la yeguada
se nos viene *cola alzada*,
y acá... no lo hacemos nada!

Pero, escúcheme, señor: no quisiera verlo *apeligrar*, y por eso le aconsejo que se acuerde de su finao hermano el señor don Juan José. ¡Ah, hombre cristiano aquél! siempre tengo presente cómo le decía, apenas Vucelelencia llegó a Palermo, y comenzó a manotiar y relinchar, y bellaquiar.

¿Se acuerda? El hombre le decía; -«Justo, hermanito, volvete a tu tierra; no te metás a organicista de los Porteños, porque sos muy *tupido*, y acá en Buenos Aires no te han de aguantar tus barbaridades.

Volvete, Justo a tu tierra, porque, sino, te van a trajinar los Porteños. Mesmamente, lo aconsejaba lindo: y yo siento no poderlo aconsejar lo mismo, porque ya es tarde, y ahora la cosa de volverse a Entre Ríos está *pegiaguda*; por eso sólo le aconsejaré que se deje de pensar en las yeguas, ni en andar haciéndose el murciégalo para tirar cañonazos a oscuras de allá de entre los cercos; porque ¿a quién piensa matar de ese modo? ¿a las viejas o las criaturas? ¡Infelices! ¿A las Porteñas? ¡Diaónde! siendo Vucelelencia tan aficionao a las buenas mozas. ¿A los Guardias Nacionales gauchos y *cajetillas*? ¡Uh! para eso véngase

clarito, al amanecer, si quiere morder, aunque lo hagan per...der el rumbo; sin embargo que lo mejor que puede hacer es venirse *pasao* y mansito, como le dije en el Gallo número sexto. ¿No le gusta lo del sexto? ¿A que sí? ¡Cómo no! pues si le agradó y quiere entrar *suelto* a la ciudad, haga lo siguiente...

Como en aquel memorable de febrero... ¿se acuerda? Miente en un pingo *escarciador* y que haga sonar mucho el *coscojo*. Pero antes, póngase las botas con borlas: luego la casaca *chapiada*, y encima acomódese aquel VERICÚ de raso colorao, que tenía un *plato de metal amarillo* en las puntas y que le venía golpiándole en los cuadriles, ¡ah, cosa! y luego el sombrero *gachón*; y atufao, sin saludar a naides, se cuela por la calle del Perú, que, si no le echa flores alguna moza, le echará otra cosa más olorosa: pero, como es hombre indiferente a todo, no haga caso, aunque los criollos le griten por la estamborlonga:

¡Justo José, el último mono se ahuga!

CARTA

Que le ha escribido, al momento de desembarcarse en la Costa del Norte, el porteño José Palma, soldado del ejército del señor general Flores, a su mujer Trinidad Leiva, que se halla en Buenos Aires

¡Viva la Patria!

Costa del Norte, a de julio de .

A doña Trinidad Leiva.

Muy de priesa y almario
del maldito movimiento
de la boleta, al momento
de haberme desembarcao:

Desiando saber de vos,
lueguito, mi Trinidad,
con salú y felicidad
te escribo, gracias a Dios...

Después de andar almigrao
por esa Banda Oriental,
junto con mi general,
sin ladiarme de su lao...

Hasta hoy que vuelvo a mi tierra,
con el mismísimo empeño
con que el gauchaje porteño
está cayendo a una encierra,

En la cual la paisanada,
y en la punta el viejo FLORES,
como siempre hará primores
si se ofrece una voltiada.

Pero, chinita, ¡qué frío
está haciendo tan cruelazo!
y escribirte a campo raso
hacete cargo, bien mío.

Pues, así mesmo contento
sacudo el poncho y la helada,
y todo se me hace nada
a fin de lograr mi intento:

Que es traírte con mis hijitos
a mi pago desolao,
pues ni yeguas han dejao
los Urquizanos malditos;

Y ver mi tierra salvada
como el criollaje desea,
sin consentir el que sea
la Provincia retaciada

Por un gaucho forastero
que nos quiere avasallar;
el mesmo que ha de largar
en estos pagos el cuero.

Él no sabe la empalmada
que FLORES le ha estao armando,
y ya se la va largando
como quien no le hace nada.

Pero es tal, y de manera,
que le ha de causar sudores
a don Justo, en cuanto FLORES
le meta la Lujanera.

Más vale que al Diretor,

ahí no más por Maldonao,
lo dejen solo y plantao
como poste rascador.

Porque si la Entrerriana
piensa medio endurecer,
nadita le hemos de hacer
en la primera topada.

¡Pero, qué! no te aflijás:
ya al Diretor los paisanos
y sus mismos Entrerrianos
lo maldicen a cual más;

Y no han de querer de pavos
hacer en pagos extraños,
tras de una máquina de años
que los trata como a esclavos...

Ese Urquiza, que pudiera
acordarse alguna vez,
de que últimamente no es
más gaucho que otro cualquiera;

Y que con toda su facha
y su altivez y rigores,
hoy los milicos de Flores
le han de limpiar la caracha.

Con que ansí, china, repito,
por mí no tengás cuidao,
que estoy bien acacharpao
y de nada necesito...

Sino de darte un abrazo
cosa de que relinchés
de gusto al verme, tal vez
de aquí a unos días, si acaso.

Últimamente, ya ves
que en papelitos de a cien
te mando quince, mi bien,
con los mismos que podés.

En el pueblo hacer primores,
y comprar prendas de rango,

y luego hacer un fandango
a salú del CRIOLLO FLORES,

Nuestro general querido,
quien lo ha de sumir la bolla
al Diretor de Mogolla
que ya está cuasi tullido.

Después, a los defensores
del pueblo me les dirás,
que ya andamos por atrás
de Urquiza... los boliadores;

Y que al fin, si a estos lugares
lo hacen juir en un apuro,
sólo yo, les asiguro,
que le prenderé DOS PARES.

Con que, china, espero en Dios
que nos veremos prontito:
mientras tanto te remito
mi corazón para vos;

Y a mi suegra y a mi suegro
les darás un par de abrazos,
pues ya sé que están buenazos,
de lo que mucho me alegro.

Y por fin, china de mi alma,
cuidame a los muchachitos,
y dales muchos besitos
por tu gaucho... José Palma.

La última vichada y despedida del Diretor

Otra vez a la vigía
hoy de mañana trepé,
y a don Justo lo viché
liando a la juria el recaó;

Y que a un negro le decía:
«date priesa, por favor,
que me largo a ese vapor,
que está en Palermo fondiao.»

Y a ese tiempo le llegó
de Entre Ríos un paisano,
que le entregó en propia mano
un envoltorio en papel:

El cual lo desenvolvió
don Justo con impacencia,
y se encontró Vucelencia
nada menos que ¡UN CORDEL!

«¡Cómo es esto! dijo el hombre
¡Es posible que los míos,
los mismos del Entre Ríos,
también me quieran horcar!»

«¡Cabal, señor! no se asombre,
dijo un cabeza melada;
se empeña la Entrerriana
en hacerlo pataliar.»

«Y hasta a mí, en la situación,
viéndolo tan cuesta abajo,
no me sería trabajo,
sino todo lo contrario:»

«Le atracaría un tirón
por ñato, por revoltoso,
por bruto, por ambicioso,
y por ¡salvaje unitario!»

«¡Ahi... juna! le dijo Urquiza
¿vos también eso decís?»
y va le soltó a Purvis
que al melao se le prendió.

Y en seguida a toda prisa
con unos calzones raídos
el ñato, fundillos caídos,
para el bajo atropelló;

Y atrás de él su perro bayo,
que, no hallando en el camino
a quien morder el indino,
quiso prendérsele a un GALLO,
que le cantó:

¡Cocorocó! ¡Cocorocó!

Y le dio tal convulsión,
en el bajo, al triste Urquiza,
que recibió a toda prisa
apenas la SANTA UNCIÓN!

Nº 8

Buenos Aires. - Julio 23 de 1853

Memorias de un PAYADOR y del Organizador

Puede ser tan vanidoso
cuanto el hombre quiera ser:
pero no es bueno decir,
de esta agua no he de beber.

Y en este mundo engañoso
cuando el hombre menos piensa,
otro le hace un beneficio
en pago de alguna ofensa.

Evidentemente, así sucede en la vida: y en estos últimos días toda la paisanada, si no ha visto, a lo menos ha oído las *mentas* de la *juida* espantable que el fantástico y fino Director pegó asustao desde su campamento, atropellando los pantanos hasta *caír* al río, aonde se azotó a la agua *ensillao* y *embarrao*, y, a juerza de zambullidas, a la madrugada consiguió embocarse en una chalana o qué sé yo.

¡Óiganle al duro y se duebla! Pues bueno; y supuesto que todos sabemos también que don Justo el *juidor* no se hubiera escapao, a no ser por los grandísimos favores que le han hecho hasta sacarlo medio *a la cincha* los Sres. Cipotenciaríos *Uropeos*: cosa que endeveras me ha gustao, porque esos caballeros uropeos, en otros tiempos aciagos para los Argentinos, también en sus mismos barcos amparaban a muchísimos paisanos y los salvaban de que la Mashorca con perdón de la *infusión* les tocara la *Refalosa*, y porque yo también, viéndolo apurao, no digo a cualquier paisano infeliz, al mesmo Director lo hubiera alzao en *ancas*. Sí, señor: y digo lo que siento.

Con todo: al reflexionar lo favorecido que se ha encontrao Vuecelencia por los caballeros *Naciones*, se me presenta un *cabe* muy lindo para hacerle al triste Director un recuerdo de *cierto caso*, muy al caso y acorde con la primer copla de este Gallo nº .

Y mucho me alegraría que con esta lecioncita, tanto el vanidoso don Justo, como otros tantos ambiciosos y soberbios, medio se *arrosinen* siquiera en vista de los *vaivienes* del mundo y de la fortuna.

Dígole, pues, al auditorio, y digo la verdá: que, allá a fines del mes de julio del año cincuenta y uno cuando invadió don Justo José a la Banda Oriental, aonde se le hacía el *campo orégano*, como que se iba a la fija con una reserva de diez y seis mil soldaos brasileros, y dos mil correntinos superiorazos, contando *en ancas* también con la mitá de todos los Orientales, y de yapa con las tropas porteñas que estaban con Oribe aburridas de éste y más aburridas de don Juan Manuel Rosas; entonces, pues, el balaquero bravo Diretor, en cuanto atravesó el Uruguay y que se le pasó el general Servando Gómez con todos los Orientales, don Justo, viéndolo a Oribe en el *refaladero*, se le fue encima media al galope con la vanguardia entrerriana, y a pesar de que era en lo más riguroso del invierno, la vanguardia pegaba unas trasnochadas de *mi flor*, sin oler carne ni tabaco a veces hasta en cuatro días.

Es de advertir que Vuecelencia, como siempre es tan mansito para soltar órdenes, apenas atravesó el Uruguay, de la costa de Paisandú no más, ya largó una orden de palabra, privando bajo *pena de la vida* el que naides pudiera vender aguardiente, y ¡cuidadito!

Pero, como el general entrerriano se iba *sobre el peral*, ¡ahi-juna! en cada *trotiada* avanzaba diez leguas, de suerte que, aonde acampábamos, el vecindario no podía saber las órdenes que don Justo José había largao diez leguas a retaguardia, y mucho menos cuando la vanguardia entrerriana regularmente ocupaba algunas veces ciertos campamentos, luego que los abandonaban los soldaos de Oribe.

Pues bien: un día, ahora no me acuerdo fijamente del día ni del nombre del paraje aonde sucedió el *caso arriba prometido*, que fue así como sigue.

A poco rato de acamparse la vanguardia, sucedió que estaba Vuecelencia junto a su carpa, cuando alcanzó a ver a un *tape*, soldao de su escolta, el cual venía a pie medio ladiándose; apenas don Justo José le echó el ojo, ya se atufó y mandó que le trujieran al pobre *tape*, el cual, a la voz de «el general te llama», *cabrestió* todo achuchao y encogido, y sacándose luego el sombrero lo llevaba agarrao con las dos manos como apretándose el umblico, y como hacía muchísimo frío tenía atadas las carretillas con un pañuelito viejo. Así fue como se le presentó el soldao a Vuecelencia, que al instante le dijo colérico:

-Sacate ese pañuelo de la cara, *lechiguanero*.

-Velay, señor, me lo saco.

-¿Diaónde venís?

-Vengo de *allisito*, mi general.

-¿Diaónde? decime pronto.

-Velay, señor, de esa casa que está en la *cuchilla*.

-¿Y por qué te has apartao del campamento? ¿no sabés, hijuna gran p... cómo se sirve conmigo?

-Sí, señor, mi general: pero la verdá, me arrimé a las casas... de hambre y por ver si trajinaba...

-¡Umb!... ahora yo te haré trajinar y que se te quite el hambre, ¿Por qué no has comido, borrachón?...

-Pero ¿el qué, señor? si al cruzar el río Negro se me cayó en la agua una *tumbita* que traíba a los tientos, lo que se me mojaron; esto hace ya cuatro días, y como no hemos vuelto a carniar...

-¿Y qué has comido ayer?

-Nada, señor: antes de ayer sí, de mañanita me allegué a la *carpa* del mayor Gómez que estaba junto con el coronel Fausto, y allí me comí dos *velas de sebo*, lo mesmo que el mayor se comió cuatro y otras cuatro el coronel Fausto.

-Callate, ladronazo mentiroso: ¿cómo no has hallao qué churrasquiar, y has encontrao cómo emborracharte?

-Si no estoy *en pedo*, señor, sino medio templadito, y eso... porque sentía tantísimo frío, que...

-¡Umb!... ahora te haré quitar el frío y la tranca; pero decime, ¿díaónde has sacao qué chupar?

-Señor, como llegué a las casas y no había nada más que comprar, gasté un rialito de anís, que me vendió...

-Que te vendió ¿quién? Andate ahora mesmo con estos otros maulas, y traíme acá al que te vendió aguardiente.

-Sí, señor: *a la juria*.

Lueguito no más salió el *tape* con otros tres soldaos de la escolta, rumbiando para las casas, diaonde al ratito volvieron trayendo medio al trote al pulpero, que era *Nación*, medio bozalón en castilla; quien además llegó enteramente asustao a presencia del Diredudo, mucho más cuando lo vio con casaca entorchada y con el sombrero echao sobre los ojos, que le relumbraban como ascuas, y con las narices hinchadas de puro guapetón. Al recibir al pulpero díjole a gritos:

-¿Quién es usted? diga pronto.

-Yo sui francés, musiu le general: a votre servicio,

-¡Umb!... acá no estás en Francia: y yo no necesito servicios de gringo ninguno.

-Güi, musiu le general.

-Déjese de musiu: hable en castilla: ¿qué anda haciendo por acá?

-Bien, musiu: yo está la pulperri que tiene la casa sur la cuchille.

-¡Umb!... yo te daré musiu cuchill, pícaro gringo.

-Pardone moa, musiu le general, yo no comprán.

-¡Perdón! respuesta: ¿por qué me ha hecho *mamar* a este tapo saltiador?

-Yo no comprán pas, yo sui francés.

-Yo no le pregunto si le ha compra pan francés, sino ¿por qué le ha vendido aguardiente a este soldao borrachón?

-Bien: a present, yo antiend poquit: le soldat ma acheté et yo lui vendu...

-¡Ah, pícaro tape! al soldao ¿con que vos le has sacao un machete a este otro diablo para que te vendiera a la *juerza*?

-¡Diaónde, señor! yo no le he sacao nada al hombre; sino que me desprendí el cuchillo para sacar un *rial* que *traíba* entre la vaina, y con ése le pagué el anís: ¿no es verdad, patrón?

-Y entonces, vos, pícaro *carcamán*, ¿a qué venís mintiendo con que te han sacao machete?

-Maintenant, dijo el Francés, abriendo tamaños ojos, yo no comprán pas, parece...

-¡Qué mi teniente ni qué aparcerero! echate al suelo: y vos, tape borracho, degollalo aquí mesmo a este gringo, para que sus paisanos apriendan a respetar mis órdenes.

Como al vuelo desenvainó el tape un *alfajor* de dos tercias, y con la *zurda* quiso echarle la garra al Francés, que en cuanto conoció el peligro, todo atribulado y llorando repito que esto es verdá, se tiró al suelo, y se le prendió de las patas pidiéndole clemencia al Directudo. Al mesmo tiempo el mastín Purvis también se le afirmó en un costao al afligido musiu, y del primer tarascón le arrancó media chapona con camisa y todo, y de yapa una lonja del *sobre costillar*.

Entre tanto, el tape y otro soldao más a tirones querían despegar al Francés del lao del Diretudo; pero, para eso era menester arrastrarlos a los dos, porque el Francés ni por los diablos lo largaba, hasta que, en fin, a la cuenta el general, temiendo que el Francés desesperao lo mordiera, les mandó a los soldaos que se retiraran, al mesmo tiempo que el infeliz pulpero, rendido de luchar por la vida y baño en sangre y sudor, quedó medio desmayao a los pies de don Justo José; quien apenas se vio libre de los brazos del pobre musiu, dándole una patada despreciable ¿se acuerda, señor custitucionero? le dijo estas cariñosas palabras: «¡levántate, gringo de m... flojonazo!»... y luego, dirigiéndose en rueda a muchos jefes que allí se juntaron a la bullanga, les dijo también el Diretudo: «velay tienen un diseño en este gringo trompeta de lo que son de guapos todos esos Franceses mentaos de paisanos de Napolión!... Sáquenlo de mi presencia, y suéltelo, que se vaya a la gran p... que lo p...». ¡Ah, general guapo!

Lueguito sacaron de allí a la rastra al pobre Francés, el cual, esa mesma noche, así mesmo todo estropiao y mordido, echó a juir *campo ajuera*, y al otro día me asiguran que amaneció de aquel lao del Yaguarón en la costa de Portugal, como a sesenta leguas de la cuchilla, aonde dejo abandonada la pulpería, para tener que acordarse toda su vida del *Guásinton* de la América del Sur.

Ahora, díganme, paisanos: ¿se podrá presumir que un hombre tan cruel y soberbio como se mostró don Justo en esa ocasión, llegando a titularse el Diretudo de la docena del flaire, y teniendo a su mando escuadras, y ejércitos y cotigentes, saliera de San José de Flores disfrazao de *tahunero* y juyendo asustao por cuatro gritos: y echándose por fin en brazos de los Urupeos, y muy particularmente en los de los paisanos del famoso Napolión?... ¡La pu...rísima en el caráuter!

En fin: Dios lo ayude en su tierra, si lo dejan ganar a Montiel, diaonde ya el hombre no debe volver a salir a los campos en toda su vida; porque si yo me viera en su situación, antes quisiera ser perro cimarrón o montaraz, y no que por ahí salieran los paisanos equivocándose con el Diretor ESPANTADIZO.

Ésta es la causa de los que hicieron, hacen o harán bien y mal por lo atrasao y lo actual

Primeramente: hacen mal los que le piden al Gallo que cante así o asao, porque Aniceto es gaucho independiente, y no canta al gusto de naides, sino al son de la Libertá y por la LEY asigún la comprende; y no palmea ni afloja a los gordos, pues el Gallo en toda su vida sólo ha comido de lo que ha sabido escarbar *trabajando*, y no a costa de los gobernantes ni de los gobernaos, de quienes sólo precisa que lo hagan respetar como a gaucho *bien portao*.

Eso sí: muy bien hace el Gallo en confesar que las pocas plumas que le han quedao, después de la *tremolina*, se las debe a la Guardia Nacional; porque, si no, lo hubieran desplumao *cuantúa*: y todavía ¡quién sabe! aunque ya no es tan fácil.

Los paisanos de *pajuera* hicieron mal, y pior lo harán si otra güelta salieran *cabrestiándole* a cualquier diablo revolucionario de esos que salen redepente a *rejuntar* gauchos como animales, para traírlos y hacerlos peliar con los pueblersos, que son tan gauchos como los de *pajuera*, y al fin paisanos, y aparceros y parientes unos de otros: mientras que los revoltosos que arman las pendencies *sacan el cuerpo a las balas*, y sólo se ocupan de *cueriar* todas las haciendas y de tragarles por cuatro riales las sementeras de los pobres gauchos. Así pues, en adelante hará muy bien cualquier paisano, de *prenderle* hasta la *virola* al primero que fuese a tantiarlo para armar otra revolución.

Además, harán muy lindamente los paisanos en no creer ya en opiniones, ni en que naides todavía tenga partido en esta Provincia, a no ser el gobierno que se calce POR LA LEY, a quienes los pueblersos y los campuzanos debemos obedecer; y rárnos de las fantasías de algunos maulas *ladronazos* que *rodaron* fieramente junto con el Restaurador viejo, y todavía andan echándola de *príncipes destronaos*, cizañando y revolviendo, ganosos de volver a dominar a los paisanos a *cuchillo* y *estaca*, como los trataba en Palermo y los Santos Lugares cierto PAJARRACO fantástico, que ahora, fresquito, ha *manotiao* bastante y que antes era uña y carne con el tigre de los *años*!

Por último: más que bruto debe ser el gaucho porteño que se someta a la esclavitú de naides, en nuestra tierra, aonde para agenciar cuatro pesos no falta en los campos muchísimo en qué trabajar, y hay tanta nutria que *cueriar* y tantísimas *mulitas* y perdices que comer, sin robarle un güevo a naides: y por fin, el paisano más lerdo sabe *jugar mal al truco*, y ocuparse en eso es más razonable que hacerse matar al ñudo, mucho más cuando cualesquiera paisano bien portao vale lo mismo que un rey -por la razón y la ley. - Adelante.

Harán muy mal algunos de la manada de los *alzaos* y *coludos* en venirse a relinchar garifos por entre las casas, después de tanto que han retozao y *manotiao* y engordao *pajuera*; y harán muy bien si se escuenden siquiera hasta que se pase la escasez de lana y cerda, porque si no los Nacionales y paisanos, que se han atrasao en esta *trifulca*, pudieran en desquite quererlos *raboniar*, cosa que el Gallo no aconseja ni aprobará, pero que no lo extrañará, teniendo presente cierto refrán que dice: ¡DEL LOBO UN PELO!

Harán muy fiero los que manejan los títeres, si ahora, después que se pasó el día de San Pedro y San Pablo, recién se les antoja el ponerse a jugar a las comadres y compadres con los mismos que el mes pasao, cuando fue tiempo, no quisieron divertirse con los *placeros* a ese juego... ¡sino a las *BOCHAS*, con las cuales *nos tiraban*!

Más lindo hará el Gobierno, si, por los grandes servicios que ha hecho a la Patria la CHISMOSA, le manda echar una camisa blanca encima, porque, como la infeliz ha servido sin sueldo ni cargo en que poder *pelechar*, velay, al concluirse el *pericón*, se ha quedao muda y en *pelota*. Además, será bueno agradarla en razón de que todo lo que decía la Chismosa lo averiguaba de su compañero y amigo San Miguel, el cual se lo hacía vomitar al Diablo, como que está a la vista de que hasta hoy lo tiene apretao; de suerte que también será bueno quedar bien con el Santo, desde que hoy en día están saliendo

algunos otros diablos, a quienes pudiera ser necesario apretarlos, sino junto a la torre de la Chismosa, a lo menos junto a la torre del Cabildo.

Hacen bien y bueno los defensores de la justa causa, en decirles: ¡zape, diablos! a ciertos gatos montaraces o *montoneros*, porque otra vez pudieran querer arañarlos a un descuido: y no hacen mal en pedir alguna siguranza *por las dudas*.

Últimamente, la señora Junta de Representantes ayer se ha portao muy en su lindo al hacer la nombrada del nuevo Señor Gobernador. Y por fin: el famoso Congreso custitucionero, aunque sea juyéndose allá entre los *Guaicuruces*, hará muy bien si declara en alta voz de que al yesquerudo Diretor lo han trajinao y fundido en Buenos Aires, echándole las CUATRO COSAS a tiempo, y sin más *comodines* ni cotigentes que:

Las PORTEÑAS,

La GUARDIA NACIONAL,

La GOBERNACIÓN,

Y la BATERÍA poderosa que le *descargó* el Sr. comendante D. BERNABEL ESCALADA.

¡Y viva la jugada...! ¡y la portellada...! ¡y la paisanada!

Nº 9

Buenos Aires.- Agosto 4 de 1853

De cómo fue zapallada la batalla de Caseros.- Planes de don Justo para la organizadura de otra Republicueta Urquizana, y consejos del Gallo a los custitucioneros

Los paisanos letores y aficionaos al Gallo dispensarán el que me haiga *empacao* tanto para soltarles el número , en razón de haberme visto algo atrasao de salú en la semana pasada; y así mesmo he salido algunas veces a rastriar noticias, ganoso de saber con siguranza aónde diablos fue a *tirar la rienda* el *enjabonao* Diretor juidor y espantadizo; pero hasta ahora, sólo me han dicho ¡quién sabe si será verdá! de que el hombre alcanzó a llegar a su tierra embarcao! y, en seguida del último sustazo fresquito, que se pegó en el Uruguay, al cruzar por junto a una boleta de guerra porteña que le tendió *la ala* por esos laos de Martín García.

Al cabo, después de ese sinsabor, diz que Vuecelencia llegó a Gualeguaichú, pueblo de su *Quitapenas*; y, a pesar de que allí trató de disimular el *julepe* que llevaba de la costa de Buenos Aires, no lo fue tan fácil, y al fin resolvió el desembarcarse, y se *apió* todo lleno de *chichones*, muy *dolorido*, y completamente machucao de resultas de tantísimo golpe

que sufrió, a causa de los *vuelcos* y la rompedura del maldito carricoche que *ajenió* en San José de Flores para su juida tenebrosa del de julio, cuando Vucelelencia por esos *andurriales* de las *Blanquiadas* tuvo la desgracia de empantanarse como *rana*, y la fortuna de saltar como un *mono* y prendérsele a las ancas de un *chaná* soldao; el cual en esa *trifulca* también se asustó fiero, desde que a Vucelelencia, con *cargo* y todo, de un rempujón lo echó al río con el agua hasta el *encuentro*, diaonde el Diretor azorao y medio haciéndose *tortuga* se echó a nadar, y felizmente, *opilao* de agua turbia, al fin consiguió salvar el bulto en un barco... ¡Toma Custitución! ¡Métete con los Porteños!

Después de todas esas aventuras custitucionales, me cuentan de que, en cuanto Vucelelencia llegó a la casa de la Comendancia en Gualeguaichú, se lavó con agua de olor hasta los talones; y, apenas se *acacharpó* de casaca bordada y su *vericú colorao*, mandó armar un baile rigularón para esa misma nohecita: en el cual, Vucelelencia fue el primerito que salió haciendo punta, y ya también se le agachó a tres contradanzas, *pelo a pelo* con *dolores* y todo, hasta que algo fatigadón, allá a la media noche se les hizo *perdiz* del fandango, y *acollarao* se largó... dicen de que a morronguiar calentito y entregao a los deleites del dios Cupido. ¡Ah, gaucho toro!

A la cuenta, esa noche en Gualeguaichú, le darían friegas a Vucelelencia, porque me aseguran de que amaneció algo aliviadito de los chichones, aunque siempre dolorido y *trasijao*: pero, así mesmo, con *dolores* se sopló en una galera y salió rumbiando a Gualeguaicito. Digo yo que iría a salir de cuidao en su estancia mentada de San José.

Muy bueno: me alegraré que haiga llegao con salú; y, vamos a cuentas.

Pues, señor: parece muy natural y razonable el que, después de los amargos desengaños que lleva Vucelelencia de la Provincia de Buenos Aires, se habrá *desalucinao* y convencido de que su ponderada vitoria de *Caseros* no fue tal *batalla sangrienta* y reñida, sino una *zapallada* que tuvo de *ojito* o de fortuna, debida a la falsiada intencional que le hicieron todos los Porteños al Restaurador viejo; de quien, como decía desde muy atrás el paisano *Donato Jurao*, ya toda la paisanada estaba como está y estará *hasta el pelo de aburrida* y resabiada de la memoria de Rosas: y así es que lo maldicen incesantemente al reculao tirano, como a toda su pandilla de ladrones y despotones que, apadrinaos por don Juan Manuel, años de un tirón, han aterrorizao y aniquilao esta tierra, degollando, azotando y esclavizando a los Argentinos de toda laya, y muy particularmente a los pobres paisanos de la campaña; a quienes cualesquier comandantón de Rosas los destinaba para soldaos *eternos*; y luego, por escuadrones enteros les sacaban el guano haciéndolos trabajar en *fainas* y cueridas y sementeras, sin más provecho que el de ver, al fin de sus fatigas, de que los verdugos, jefes o gurupieses del Ilustre algunos, no digo todos, resultaban ricos poderosos, llenos de estancias y palacios, alquiridos a costa de la miseria, las lágrimas, la sangre y el sudor de los pobres gauchos, de quienes esos diablos *orejeros* del Restaurador se creían amos albitrarios, como hasta ahora se presumen serlo todavía: en primer lugar, el príncipe de los *Santos Lugares*, opulento ricachón de *ocho millones*, quien todavía ambiciona a humillar y *sobajiar* más a este pueblo desangrao, que tantos años ha sufrido su albitrariadé y altivez, y la de otros verdugos del Restaurador que hoy se ostentan entre los buenos patriotas, después de la

grandísima parte que han tenido en esta última *solevación*, que ha costao la vida de tantos infelices, padres de familia, y la completa ruina y desolación de nuestra campaña...
¡Malevos!

Y véanlos con el descarado con que se presentan, en esta ciudad mártir y destrozada, a disfrutar de sus robos inmensos... Pero, si en adelante no se someten a respetar al Gobierno, y se acomodan a vivir trabajando, y particularmente no tienen, la conciencia de devolver siquiera la cuarta parte de lo que le han robao a tantísimo infeliz, el Gallo les promete a esa pandillita de ahijaos del tigre de Palermo, y esos poquitos comandantes que han sido tan crueles azotadores y *estaquiadores* de los pobres paisanos, que los he de destapar *hasta las uñas*, con pelos y señales, para que en todas partes los conozcan, los maldigan y los acosen, echándoles hasta los *perros bravos* encima.

No hay cuidado: y, como le iba diciendo al fantástico Directo... Por el completo *resabeo* y aburrimiento de los paisanos a respeto de Rosas y todos los tiranuelos que puedan salir en adelante, por eso le aflojaron en Caseros, y don Justo salió echándola de vencedor y *perdonavidas*; pues si allí los Porteños lo hubieran peliao de firme, puede ser que lo hubiesen *basuriao* o cuando menos aventao a los infiernos: como ahora, velay, de San José de Flores, con todas sus alianzas y cotigentes, lo han hecho juir espantao tan sólo una cuarta parte de esos, mismos Porteños que le aflojaron cuando la zapallada, pero que en esta patriada le han hecho pie en las trincheras de Buenos Aires, a la par de los cajetillas que Vucelencia quería *tuzar* por domagogos, y ayudaos lindamente por cuatro paisanos de *pajuera*, con los cuales el señor general FLORES, de atrás y a su tiempo, le largó a Vucelencia un ¡VALE CUATRO! y con el grito no más lo *zambulló* en el río.- ¡Óiganle al maula! Con que así, olvide su fantasía de ñaupás, y permítame proseguir tratando de otras cosas.

Últimamente: ahora... por supuesto, como ya le conozco las *camándulas* pulíticas a Vucelencia, estoy maliciando que el hombre, después de medio se le haiga pasao el susto de la *juida*, en cuanto se ha revolcao a su gusto allá en su tierra con *dolores* y todo, ha de estar *encelao*, y así lo calculeo hurguniando, y cavilando otra güelta en el cómo restaurar la Directuría de las catorce y pico, que se le escapó de entre las uñas, gracias a la ciega obediencia que le prestó al *Congreso Custitucionero*, asigún lo declara Vucelencia en la última proclama que nos largó al disparar de San José de Flores: pues en ella confiesa mansito que el tal *Congreso Guaicurú* le ordenó el que se dejase de la organizadura y la retaciaduría de la provincia de Buenos Aires y se largase a su tierra...
¡Ahi-juna, el Directo embustero!

Muy lindo: pero, yo respuendo de que a pesar de todo ese ordenamiento *congresudo*, Vucelencia, como está acostumbrao a echarla de *potestá*, ha de porfiar cabuliando y revolviendo, siempre tirando a calzar cuando menos la directuría de la docena del *flaire*; pero también, cuasi asiguro que todos sus maquinas los ha de hacer desde Entre Ríos no más; porque se me hace que don Justo José no vuelve a esta provincia ni por los días: sin embargo de que no ha de faltar quien lo llame, y de que del mismo Entre Ríos y de Montevideo todavía algunos *liendres* desalmaos han de forcejear por ilucinarlo con grandes promesas, a fin de hacerlo atravesar el Paraná, aunque sea a picanazos, para

venirse esos diablos de lejos y atrás del Diretudo al *manoteo* de los cuerambres y los trigos; y luego, si acá la justicia *anda lerdinando*, entrarse a vender lo que haigan robao, como he soñao de que lo están haciendo algunos que fueron terutereros *soberbios* y copetudos, y que hoy, riyéndose de la orfandá y miseria que han sembrao, en Buenos Aires, están haciendo bailes por las calles, de naciente a poniente. Sí, señor, y ¡COCOROCÓ!

Ahora bueno: para que mi sueño no se vuelva una *rialidá*, a los poquitos *güifaros* urquizanos que por acá se nos andan fingidamente echando por el suelo, y a los que andan pajuera *matreriando* y por Montevideo cizañando, ya que tan ganosos están de tener títulos y cargos y manoteos, yo les aconsejo que escuendan las uñas hasta que Vuecelencia le largue *todos los rollos* al lazo de sus esperanzas, y llene entonces ciertas miras que yo y muchos paisanos sabemos que el Sr. Diretudo tenía, a *resultas* para si lo desbancaban de la presidencia custitucionuda, como lo han desbancao los Porteños; y por consiguiente, ahora las pondrá en planta.

A fin, pues, de que se aprovechen y *pelechen* a gusto y sin riesgo los que a toda costa quieren armarlo Diretor a don Justo José, voy a comunicarles *dichas miras*... Y allá van.

Pues señor: como Vuecelencia es hombre que no gasta tapujos, y que presume de tener mucho *cacumen* en el *mate* para organicista, me acuerdo que en los primeros días después de la zapallada, cuando llegó a Palermo, aonde comenzó a barbariar y matar y manotiar, por supuesto los Porteños principiaron a *hinchar el lomo* y no querían sufrirlo ni en la campaña, ni en la ciudad, diaonde solía venir el Diretudo muy enojao a los corredores de Palermo; y allí, cuando por casualidá me topaba, pretendía sacarse la punta conmigo diciéndome:

-¡Umb!... Mirá, Aniceto: los Porteños, tanto los gauchos como los dotores y *los de varita*, todos son unos *bellacos*, porque no me quieren obedecer y que le obedecían, y se pierden y que se perdían: se pierden, Aniceto, porque los he de *colgar de las patas* uno por uno y que los colgaba a todos, sean del pelo que fueren...

«Así, podés aconsejarlos de que no anden haciendo *montoncitos*, sino de que me obedezcan a mí que tengo *montón grande*; porque, si me enojo! ¡Umb!... ya te digo, los he de *horcar* a toditos, o cuando menos me he de largar a mi tierra y que no se largaba, y los he de abandonar Ah, ¡malhaya! decía yo entre mí a que se entiendan como puedan, porque, mirá, Aniceto: yo no pretiendo ni necesito para nada de gobernar en Buenos Aires ¡mentiroso!, porque hace mucho tiempo a que tengo un gran plan: y cualquier día puedo *tomar medidas*, para con mi provincia y la de Corrientes, y ciertos arreglos que puedo hacer y que le hacían con el Paraguay y el Imperio, *organizar en el Entre Ríos una República* linda y juerte; y ahí tenés que entonces me reiré de esta tierra y del mundo enterito. ¿No te parece?

-Sí, señor: le respondía yo rascándome la cabeza, porque me daba comezón la *organizadura*.

Pues bien, digo yo ahora: ya que Vuecelencia tiene tan a la fija el constitucionar una *República Urquizana*, todos los que a sangre y fuego lo han querido hacer *Diretudo de las catorce y pico*, velay tienen un *cabe* para acomodarse, largándose a la República de Gualeguaicito, y allá le pueden servir de congresudos, de duaneros, de escribinistas, de generales y coroneles, y comandantes, *ecétera*: y les prometo que se pondrán las *botas* con borlas, porque don Justo es hombre tan liberal para los *salarios* empliaos, que al jefe de *polecía* de la capital del Paraná le larga treinta pesos al mes... ¡cuando le paga! Sí, señor.

Con que así, todos los ambiciosos y revoltosos, en lugar de andar dando cuidaos a la Polecía de esta ciudad, pueden *alzar moño* y largarse a la *Urquizana*, aonde, por la custitución que echará Vuecelencia, deben darles galantías a todo *bicho*, particularmente a los gauchos entrerrianos y foranios; los que pueden acudir con la confianza de que para adelante el Sr. Diretudo les dará siguridá de no hacerlos *degollar por un chaleco*, ni de *estaquiarlos* porque *siembren* antes que Vuecelencia: ni desterrará a los *Urupeos* porque venden cebollas más baratas que el custitucionero: ni tampoco se enojará con los vecinos de los pueblos que compran pan blanco, y no le compran pan negro y jediondo del que Vuecelencia hace amasar por su cuenta.

No, señor; al contrario: los paisanos podrán sembrar zapallos y maíz un mes después del Diretudo, y tomar *caña* todos los domingos a la oración, cada cual en su rancho, y comer carne con cuero en las pascuas; y los *Naciones* podrán vender cebollas después que don Justo haiga *encebollao* toda la República. Pero, eso sí, en cuanto al paisanaje, cuidadito, ¡cuidadito!... en gritando Vuecelencia: ¡a las armas! para sostener su *direturía*, todo bicho, hasta los quebraos y tullidos, acudirán volando a presentársele, con las maletas llenas de ropa, buen poncho, y cuando menos una yunta de *pingos* gordos, como para hacer una campaña de un año sin *churrasquiar* en nueve meses; pues para eso antes les ha permitido sembrar zapallos, tomar caña el domingo, comer carne con cuero en las pascuas... y ¡Viva el Diretudo Costitucionudo y fundilludo!

Cortesías de Aniceto

Al licenciamiento de los Guardias Nacionales de la ciudad y la campaña; y a los soldaos veteranos de Buenos Aires

¡Bravos GUARDIAS NACIONALES,
Porteños, pechos de acero!
a quienes el mundo entero
aplaude por ternejales:
ya los tiranos fatales
de estos pueblos desdichaos,
para siempre escarmentaos

quedan por vuestro valor;
pues en alas del terror
han juido desesperaos.

Será de eterna memoria
un envidiable diseño
vuestro coraje porteño
coronao por la vitoria:
como no será ilusoria
la LEY y la libertá
que sostendrán con lealtá
vuestras armas valerosas,
que ni Urquiza, ni otro Rosas,
ni el diablo las vencerá!

¡Valerosos Veteranos
soldaos de la sitiadura!
en cuya heroica bravura
se han estrellao los tiranos:
no más TIGRES inhumanos
altaneros rugirán
en este pueblo, aonde están
los INVENCIBLES, los liones,
los terribles batallones
que los despedazarán.

¡GUERRILLEROS de A CABALLO,
Argentinos valerosos,
más patriotas y famosos
que el Veinticinco de Mayo!
en la vida cantó el Gallo

alabanzas al botón:
así tengo a galardón
en decir: -Los guerrilleros
son guapazos verdaderos,
y no hay duda que lo son.

¡MILICOS del terne FLORES,
que han espantao al más bruto,
más vano y más asoluto
de los ñatos Diretores!
El Gallo de mil amores

les ofrece su amistad,
y en ancas... una verdá
les canta por sus cabales:
y es, que de porteños leales
pueden tener vanidá.

Y como gaucho que soy
de todas luces farol,
a la luna como al sol
consejos de gaucho doy.
Lo que ayer fue ya no es hoy,

que es tiempo de pelechar;
dejémonos de peliar;
vaya la guerra al infierno,
que al amparo del Gobierno
ya podemos trabajar.

Que al cabo, en estos destinos
a cada paisano es fijo,
que si Dios no le da un hijo,
el diablo les da sobrinos;
y a los gauchos argentinos

que nos gusta enamorar,
para medio acacharpar
nuestros hijos, o los de otros,
aunque sea en domar potros
es preciso trajinar.

Y por fin, caballerazos
los de pajuera y de adentro,
en disposición me encuentro
de soltarles cuatro abrazos;
y también cuatro balazos

le veré a gusto atracar
al que nos vuelva a trenzar
en pependencias o custiones,
para sostener ladrones
que nos hagan dijuntiar,

Decreto Galluno

Asigún la opinión de toda la Guardia Nacional

Buenos Aires. Agosto 3 de 1853

CONSIDERANDO aliviar más el descanso de las fatigas, al cual son merecedores en alto grado los seis batallones de Guardias Nacionales, después que tan brillante y justamente han sido aplaudidos y coronaos de flores por las lindísimas Porteñas; y agradecidamente licenciaos por el respetable y patriótico GOBIERNO de Buenos Aires, al cual los referidos seis batallones han defendido bizarramente, poniendo siempre valerosos el pecho a las balas enemigas durante el sitio reñido y sangriento que ha sufrido esta ciudad invencible: Aniceto el Gallo y las pollitas porteñas han acordado y decretan:

Art. 1. De todos los Argentinos, particularmente Porteños, que hubiesen estao en las covachas durante el tiempo de la pelea contra el Diretudo tamangudo; y de todos los que fueren cayendo de la otra Banda o de pajuera, y no justificaren que se fueron sin justísima causa, desde el de diciembre anterior, hasta el ° de julio último, se formará un nuevo batallón de cívicos.

Art. 2. A este nuevo batallón se le atracará el número SIETE que es como le corresponde.

Art. 3. Para que por sus grandes servicios atrasaos pueda distinguirse de los otros cuerpos de Guardias Nacionales, el batallón cívico número SIETE usará enastada en caña tacuara una bandera de bayeta amarilla de doce veras cuadradas; y en el centro de ella lucirán escritas con CEROTE NEGRO las iscriciones siguientes:

Batallón n° SIETE de cívicos camanduleros y custitucioneros.

Art. 4. En caso de alarma, este batallón únicamente hará el servicio del Hospital de Mujeres.

Art. 5. Se encargará del mando y disciplina del batallón número SIETE a cualquier coronel o comendante, que también sea camandulero y sietemesino.

Art. 6. Publíquese, ecétera, ecétera, ecétera.

EL GALLO.

Las pollitas porteñas.

Por caridá

Al señor jefe de polecía

Mi señor:

El bocleo aflojó hace mucho tiempo, el Diretudo también aflojó y muy fiero. Luego, en seguidita, los sitiadores aflojaron también hasta la presilla del lazo. ¿No es verdá? Entonces, mi jefe, ¿por qué no les manda que aflujejen los mercachifles, los pulperos y almaceneros, y los del Mercao que tiran a dos cinchas? Será bueno, pues, Usía, que me les pegue un vistazo, y si, se ofrece, un chaguarazo: que en cuanto a los panaderos, por ahora no se portan muy mal, sin duda por la abundancia que se alvierte desde que ciertas deidades han dejao de usar mascaritas de harina o de almidón. ¡Qué lindo! y perdone Usía al pobre Gallo.

Ojo al Cristo

En el día, asigún vamos,
me gusta de La Lanceta
la agachada, o la indireta,
Y POR FIN ¿CÓMO QUEDAMOS?

¡Ojo al Cristo! no salgamos,
después de las infusiones,
con que unos cuantos bribones
que andan haciéndose mudos,
redepente cogotudos
se nos vuelvan a respondones.

Aviso Diretural

Habiendo perdido el señor Diretudo, en su juida, a su compañero el perro Purvis, el cual de juramente deberá andar por las pampas de esta Provincia, Vucelencia afligidísimo promete premiar a cualquier congresal o custitucionero que se lo encuentre y se lo lleve en algún vapor, dándole una papeleta para que nunca lo muerda el mastín, y en ancas una devisa colorada ancha como sobre cincha. Pero... ¡que se le arrime el diablo a Purvis ni a su amo!

Buenos Aires. - Setiembre 3 de 1853.

La despedida

Por el deber en que me hallo
de mostrarme agradecido,
del Público me despido
soltando el décimo Gallo
pesares que sufro y callo,
aunque en el alma lo siento,
me obligan al sufrimiento
de enmudecer y callar,
hasta que pueda soltar
todas mis penas al viento.

Tristes penas que, en resumen,
humilde confesaré,
tanto me lastiman que
se me ha tupido el cacumen:
de balde algunos presumen
que no canto de pereza;
pero la cosa no es ésa,
sino que cierta alcaldada
y cierta alma atravesada
me han calentao la cabeza.

Así, en desquite prometo,
en saliendo de un apuro...
que pronto saldré, lo juro
por mi nombre de Aniceto,
que en un ridículo aprieto
algunos camanduleros
y otros diablos usureros
han de encontrarse por mí;
déjense estar... Con que así,
adiosito, caballeros.

Y créanme por favor,
que no en vano cacareo,
y que si ahora renunceo
de cantar a lo mejor,
es porque soy parador

cuando apeligro rodar:
y como sé sujetar
en su lindo a mi caballo,
así mismo siento el Gallo
cuando lo debo sentar.

ANICETO

Los reculaos.- El Ruiseñor.- El Gallo.- El requesón.- Bachichin.- Los pasteles.- Por las dudas.- La leche.- La conomía.- Comer pollo, y largar pavo...

Hace días que muy a mi gusto me busco la vida de pescador en el Mercao, y ahí mismo la otra mañana me colé, como acostumbro, a tomar *las once* en una pulpería aonde, felizmente estaba cantando un medio aparcerero mío, nacional de los guerrilleros rebajaos, y mozo a quien por la buena voz de su pecho le llaman el *Ruiseñor*. ¡Ah, pico de oro! pero, ¡mire el diablo! en cuanto entró, y el pulpero me soltó el vaso, el mozo cantó esta copla:

En un tiempo fui fusil
con que tiraban al blanco:
de fusil pasé a baqueta,
de baqueta a saca trapo...

Por supuesto, paré la oreja a la copla, y con todo, prendaos de la buena voz del mozo, y como que de antemano tenía alguna *conocencia* con él, cuanto soltó la guitarra me le arrimé con el vaso a convidarlo, y con buen agrado le dije:

-Amigazo, me dispensará el cariño de echar un trago: velay caña; y dispéñeme también el que le diga en su presencia de que canta muy lindo, pero muy fiero en la letra, porque con la última copla, ¡por Cristo! que me ha pegao en la mesmísima matadura.

-¡Voto alante! djome el mozo; puede ser, cuñao, que al cuhete y sin malicia le haiga acertao en la *uñera*, porque como hay tantos *maltrataos*... y perdone; pero, en fin, me dispensará, porque mesmamente lo siento.

-Déjese de sentimientos, aparcerero, entre bueyes no hay cornadas: vaya otro trago, y repare que yo soy gaucho liberal y tan manso que apenas he *cosquillao* con su versito, porque casualmente también yo en un tiempo fui fusil y hoy paso por sacatrapo, ¡Ah, mundo! pero en el mesmo veo a otros tan afortunaos, que antes fueron sacatrapos y redepente se nos han vuelto trabucos.

-Qué quiere, compañero, así sucede en los vaivienes y trueques de la fortuna.

-Dejuramente: pero por lo que a mí toca, en un trueque de los de esa ingrata fortuna, ya lo ve, me han rabajao el talle; y, de sargento acreditao que supe ser cuando la cosa estaba *turbia*, hoy, después de la claridá del alicenciamiento, he recluso a picador de carretas; pero, ¡qué Cristo! ni por esas me lamento, pues como le iba diciendo, soy gaucho albitrioso y trajinista en todo tiro.

-Por tal lo tengo, cuñado, y además se le conoce en *la laya*. Velay, arme y pite un cigarro.

-Corriente; pues sí, amigazo; a gala tengo el decir en cualquier parte que, aconforme soy criollo gastador de plata y voraz, así mesmo, cuando me le agacho al trabajo... soy todo un *pión* y hombre de bien a carta cabal. Luego tengo, la ecelencia de que en la redondez del mundo no hay *cargo* que me envanezca, ni cosa que me *ilucine*, mientras que con mi sudor pueda a entera y lícita libertá agenciarme cuatro pesos, aunque sea picaniando de sol a sol sobre el pértigo: y no se me anden frunciendo ni haciéndome asco al verme de *chiripá* y emponchao entre los puebleros, porque así mesmo soy tan gente como... velay aquellos militares veteranos descalzos de chiripá y emponchaos, que están de centinela en las puertas del cuartel, de lo que algunos se burlan o se ríen, porque no saben que todo eso entra en ahorros, sí, señor. Luego, por mi derecho en buena ley, eso sí, ni al diablo le facilito el que me suyugue a un rigor, ni a naides el que me agarre *de leva*, porque ¡barajo! en ese caso sin duda corcoviaré: ¿no le parece?

-Cabal, aparcerero; pero, al verlo *guasquiarse solo*, me está pareciendo de que usted anda calentón, porque le han bajao el talle. ¿No es así?

-¡Che! ¡qué esperanza! ni tal se presume, hermanito. Vaya otro trago: y créame de que siendo mesmamente de los reclusos en la voltiada, eso poco se me importa; en primer lugar, porque nunca he pretendido ni acostumbro el vivir a costillas de la Patria, desde que no soy *reyuno*, y luego, porque encuentro razonable lo que a respeto y tocante al licenciamiento me han platicao algunos puebleros acá en la misma ciudad, sí, señor:

-Vamos a ver: ¿qué le han dicho?

-Me han dicho de que la guerra está terminada, desde que el Directo se juyó.

¡Ahi-juna! ¿y qué más le han dicho?

-Me han dicho de que por consiguiente, habiéndose juido el hombre, ya por acá estamos seguros de enredarnos en otra revolución, a no ser que los gobernantes sean lerdos o *menesterosos*, cosa que no hay por qué serlo, desde que todos obedecemos y sabemos de que son hombres necesarios para arreglar y asegurar la Provincia, ahora que está cuasi del todo pacificada: y en esta conformidá, me han dicho por fin, que estando la Patria en paz, los soldaos están demás, y entonces el licenciamiento es regular y preciso para hacer la *conomía*.

-¡Barajo! ¡qué terminacho! a ver, dígame ¿qué diablo quiere decir la *conomía*?

-Es requesón: comé, Bachichin, díjole a ese tiempo, en la puerta de la pulpería, un lecherito criollo a un gringuito medio bozal y mal engestao.

-¡Requesone! dijo el *nacioncito*. ¿Cosulé requesone? -A la cuenta el criollito sería *lenguaraz*, porque al tiro lo contestó:

-Es leche cuajada, animal. Comé.

-¡Eh, Muso! duncua a lechi no me piache.

-No te empachará; comé, azonza, díjole el lechero, metiéndole el requesón por las narices al nacioncito.

-¡Aspeta, brutui! -replicó Bachichini enojao: y sacudiéndole al lecherito con todo un *sábalo* por la cabeza, echó luego a disparar como un condenao.

Por supuesto, del sabalazo lo sentó de nalgas al criollito sobre un librillo de pasteles fritos y untaos con miel, *fatura* que estaba vendiendo a la orilla de la *vedera* una tía vieja, que, al ver su librillo partido, y los pasteles aplastaos, se le prendió al muchacho como una tigre, y lo empezó a zamarriar; hasta que éste también a lo desesperado le prendió los dientes a la negra vieja que dio un chillido como una rata y *largó manija*, tan pronto que el lecherito se le escapó dentre las piernas, y salió desmelenao y echando diablos con los pasteles pegaos en los fundillos y enmelao hasta las corvas. ¡Eh, pu...cha, que nos raímos! hasta que por fin, yo volví a caer sobre el asunto de la pregunta de mi aparcerero el cantor, contestándome:

-La conomía, cuñao, dicen que quiere decir embolsar y no gastar mucho. ¿Oye? y por eso algunos alegan en el fundamento de que se suelte la gente, desde que, como antes le dije ya, en la paz los soldaos están demás. ¿Qué me dice a esta razón?

-Dígole, cuñao, que allá en la Paz o Cochabamba todo puede suceder, mientras que por acá a usted también lo pueden voliar con parolas: y díjole más claro, con perdón de la confianza, que usted facilita con barbaridá, porque cuando menos es cosa triste, después del baqueteo que hemos sufrido, ser facilitadores y retrecheros, y que todavía nos quedemos enteramente a *la luna*, cuando el Diretudo y su pandilla andan al sol, y toriándonos con el cuchillo pelao. Cabal, aparcerero, así puede usted decirles a los que, hablen de la siguranza, la paz y la conomía, que si atrás del desparramo de los defensores que han sido de esta patriada, se nos deja caer de golpe el Custitucionero, pudiera apurarnos otra güelta, si de pronto no echan mano de la Indiada, que poco gasto le hace a la patria. ¿Oye?

-¡La pujanza en las resultas!

-Pues sí, señor: no hay más remedio, en un pronto: y de no, escuche una comparancia. -Si usted mesmo pongo por caso haciendo de patrón o de mayordomo en la faina de un aparte, antes de concluirlo en regla y asigurar la tropa, manda desensillar a todo bicho y luegoito

suelta las manadas al campo y se queda a pie, dígame: ¿si redepente se le alborota el rodeo, y se le dispara la tropa, ¿cómo diablo la sujeta a tiempo? ¿en qué muenta su pionada? Pues, amigo, en igual caso nos vemos, si no se remedea el alicenciamiento tan de madrugada; pues, si cualesquier gaucho foranio nos atropella y nos pilla a pie y desparramaos, para sujetarlo en el primer repujón a los Pampas me atengo: porque, aun cuando podamos tardesito reunirnos y apretar al diablo, sin embargo, no siempre suele ser fácil una recogida grande y a la juria. ¿Oye?

-Sí, cuñado: pero también considere que el mantener un ejército nada más que por las dudas, es una barbaridá por la plata que se gasta.

-¡Oh! quite, aparcerero, no diga: mire qué fresquito tenemos en la memoria, de que por haber andao ciertos retrecheros desde muy atrás escondiendo la leche, y por no haber sabido gastar cuatro en tiempo para sacarse el lazo holgadamente, a lo último medio *horcaos* gastaron hasta las uñas; y con todo, cuasi, cuasi nos han hecho sucumbir. Luego, si de tal riesgo hemos salvao arañando, la esperencia y por las dudas que no dejan de ser peliagudas, lo mesmo será gastar diez que largar quince, a fin de no raliarnos tan fiero y de poder asigurar por todos laos los portillos, y no hacernos andar desparramaos y flacones como la leche del coco, y expuesto a que otra vuelta el Diretudo Custitucionero, que ya anda embrollando con los Cipotenciaros Nutriales, se nos quiere venir a cuerriarnos: y para ese caso, no lo dude, es preciso tener truco listo y gordo, y no largar *suero*: ¿entiende?

-Ahora permítame largarme, porque tengo un quehacer: pero antes, óigame un verso al colmo, para que usté allá se los cante a los que platicaron de Cochabamba y la Paz...

¡Cuidao! caballerazos,
con la manía
de hacer dejuramente
la conomía,
que a fin y al cabo
se suele comer pollo
y largar pavo.

-Y usté ¿tiene madre viva? le pregunté luego al Ruisenior.

-La suya, sabe que sí: me respondió y se me fue.

A las noticias del tratao del Diretudo entrerriano con los tres señores Cipotenciaros de Francia, de Ingalaterra y de Nortemérica, se ha calentao el paisano Callejas y nos ha remetido el cuhete de más abajito.

¿Con que el organizador
para juirse ha echao un TERNO,
metiéndose a tratador
con gente del quinto infierno?

¡Será el diablo el Diretor!

¡Quién sabe de ahí los terneros,
si por el trato han soñao
volvemos californieros,
porque a Urquiza lo han voliao
allá entre los teruteros!

O si los loros britanos
se habrán vuelto guaicuruces,
y los ministros Musiuses
y los nortemericanos
nos tendrán por avestruces;

Y se habrán imaginao
corrernos de a tres mil leguas,
cuando de allá ni las yeguas
atraviesan el bañao,
si acá no les damos treguas.

Y si vienen, ya se sabe
que llegan siempre aguachaos,
y del todo trasijaos;
y así, no es fácil que un cabe
encuentren por estos laos.

Con que, si hacernos por gusto
anglo - franchi - americanos
pretiende el ñato don Justo,
háganse cargo, paisanos,
¡cómo estaremos de susto!

LUCHO CALLEJAS.

El Manetismo

Por la valsa titulada de julio, y componida por la señora doña Josefina de Barbieri.

Cuento al caso

En cierta solicitú,
antes de anoche llegué
a la ciudá, y me colé
por la calle del Perú...

En un zaino parejero
del andar de mi mujer,
que lo aprecea por ser
mansito como un cordero.

Así, al principio, ¡barajo!
extrañé y me hizo enojar
el lance particular
que les cuento más abajo.

Es el caso, que esa noche,
a un trote muy asentao,
entraba yo tan holgao
como si viniera en coche;

Y redepente, quién sabe
cómo diablos sucedió,
que el pingo se me tendió
al sentir tocar un clave;

Y ya por el costillar
me sacó de la tendida
entrando el zaino en seguida
a dar güeltas y a escarciar.

Ahora lo verás, ¡barajo!
dije yo muy calentón,
y con la firme intención
de prenderle al pingo un tajo.

Me arremango y desenvaino
el cuchillo; pero ¡qué!
si yo también comencé
a dar güeltas como el zaino;

Y bailando hasta la reja
de MADAMA BARBIERÍ,
fui a dar y me le prendí
por la cintura a una vieja;

Y medio como a la cincha
la arranqué de la ventana,
valsiano a la veterana
y gritando: ¡ay, que me pincha!

Malicié, y quise envainar
el cuchillo, ¡qué esperanza!
no pude en la contradanza,
ni con la vaina acertar.

Por suerte, con el polvillo
que me echó a favor del viento
la vieja, en un movimiento
estornudé, y el cuchillo...

Se me cayó de la mano;
y al punto muy alegrona
me dijo la lechuzona:
«ya no me pincha, paisano;

«Sólo siento que me estruja
un poco, pero no es cosa:
¡Ay, qué valsa tan preciosa!
¿no es verdad?» añadió la bruja.

«¡Maldita sea mi suerte!»
le dije, y quise soltarme;
pero, ¡qué poder largarme!
valsa, y valsa, y... dele juerte.

«Siga el compás, no se trabe,
compañero,» díjome
la vieja, al instante en que
dejó de sonar el clave.

Y cuando precisamente
ambos nos desayuntamos
y hechos postes nos quedamos
mirándonos frente a frente:

Hasta que la veterana,
de fatiga o qué sé yo,
en la vedera se echó
en cuatro pies como rana.

Diciendo a gritos: «¡Josús!
¡yo en zarandeos, qué horror!
¡cuando al baile y al amor
cuantuá les hice la cruz!

«¿Cómo es que ahora al son de un clave

en la valsa me he floriao?»
«Porque la han manetizao
con música, y no se alabe,

Le contesté, porque a mí
también me ha manetizao
con la valsa que ha tocao
madama de Barbierí.»

Y por fin, a mi caballo
de un brinco me le senté,
y en cuanto me acomodé,
salí a dos laos como un rayo.

Esto es la pura verdá:
y el que quiera embelesarse
por gusto, o manetizarse,
compre la valsa, y verá.

Buenos Aires. Agosto 25 de 1853.

Pregunto yo

Si el señor Gobierno ha decretao fresquito de que los paisanos no puedan correr avestruces en los campos, y en esa confianza, redepente se nos deja caír por la campaña el Maldito Diretudo con algunos tratadores, ¿cómo hacemos? Respuéndame alguno a ver.

Vayan deputaos

Lista cócora o suplefaltas de representantes para el pueblo, asigún la opinión de Aniceto y otros que no son gallos, pero que son pavos.

En primer lugar:

Yo Aniceto el Gallo.

Mi compadre Lucas Sentao.

Mi suegro Roque Callate.

Mi pariente Estanislao Sordo.

Mi tío Benedito el Mudo.

Mi cuñado Agapito Sueño.

Y mi aparcerero José Crespín Nalgas.

Ahí tienen Deputiaos de sobra... por si faltan.

Nº 11

Buenos Aires. - Marzo 12 de 1858

¡Ojo al gallo nuevo!

Velay la estampa del Gallo
que sostiene la bandera
de la patria verdadera
del Veinticinco de Mayo.

El santero don Catalde
es quien me ha hecho la fineza
de pintarlo a toda priesa
a lo divino, y de balde.

Es una prueba de afeto
y de generosidá,
que se la agradecerá
eternamente...

ANICETO.

Empanada

Para el señor general de aguas mayores y tierras menores, don Usebio José de Urquiza

Señor: yo había pensao
para hoy viernes, por si ayuna
en cuaresma, mandarle una
empanada de pescao:

pero, como en el mercao
anda el sáballo a caballo
de carísimo, y no me hallo
en situación de gastar,
sólo le puedo largar
esta empanada de GALLO.

Tendrá, eso sí, que morder
si acaso el hambre lo apura,
porque el gallo es ave dura
para dejarse comer.

En fin, si le dan qué hacer,
las presas échelas juera,
que allá mi recaio pudiera
gustarle, porque ahí le soplo
un morrudísimo choclo
a lo gaucha amasandera.

Nicolasa la Porteñaza.

La situación según ellos, y la misma asígn yo

¿Quiénes son ellos? A la fija, ésta es la primera pregunta que en sus adentros se hará cada paisano letor, en cuanto se eche a la cara esta primer gaceta de la segunda lechigada, que empieza a soltar el *Gallo* que clavó el pico la vez pasada, hasta que vuelve al reñidero a impulsos de las bravatas del Entrerriano Orejano general de *aguas y tierra*, a quien todos conocemos por su fama de *Diretudo*, y porfiao menospreciable a tal punto, que yo, siendo un infeliz, y apenas lo he sentido *relinchar* otra vuelta, ya también, como les avisé, salgo arremangao y dispuesto a pegarle un vigor hasta aplastarlo, por más *alzao* y bellaco que se encuentre. ¡Ah, chaná viejo!

Pues, sí, paisanos: ellos son los de cierta manada de *Urquizanos* y Rosines, todos de la marca y pelo del *Diretudo*, los cuales a un tenor balaquean de tal suerte, que, al oírlos algunos hombres patriotas que andan retiraos de esta ciudá, y particularmente los provincianos, quizá creerán que esos diablos tienen algún fundamento en lo que alegan, desde que nuestros gobernantes los aguantan y se encogen allá, porque dicen que así deben proceder por respeto a las galantías y la libertá que en el día tienen por la ley los imprenteros desvergonzaos y embusteros. ¡Muy lindo!

Con esta confianza, toda esa recua de Rosines al mesmísimo Gobierno de Buenos Aires le canta el cielo, y le dicen menudamente en sus barbas, que Vuecelencia el presidente *terutero* es mejor y más Gobierno que el nuestro; y que por lo tanto la patria toda enterita se le debe someter, porque, si no, es muy arrejada y peliaguda la situación en que hoy

están los Porteños y las Porteñas, desde que el Diretudo, de puro corajudo y yesquerudo, está atufadísimo con los primeros, porque ni le hacen caso, ni se quieren dejar soplar a la juerza la Custitución terutera, ni por los diablos quieren soltarle las vacas y menos la batería aquella que mandaba el dijunto don *Bernabel Escalada* y que hoy está a las órdenes del paisano patriotazo don *Savedra* ¡Ah, criollo! ¡no se la vaya a soltar!

Luego, con las Porteñas también está muy atufao el constitucionero Diretudo y barrigudo, porque siendo éstas el tormento mayor de los amorosos deseos de Vuecelencia, las muchachas no hay forma de que quieran bailar con él la contradanza aquella, a que tanto se aficionaba en el *Clubo*, porque todas se están lambiendo por largárseles nada menos que con los *lanceros*, y eso no aguanta el constitucionero, porque, como ya está pesadón, malicea que lo pudieran chuciar. ¡Ah, bruto!

Siendo así pues, el general de agua y tierra se quedará ganoso de todo y por todo, y a los que dicen que la situación es peliaguda... ¡ahi-juna! dígoles yo que no hay tales carneros.

La prueba está en que nuestro gobierno los deja no más que ladren a caerse muertos, desde que no nos han de morder. Además, ya cuasi naides para la oreja al *toreo* de tales cimarrones; y yo menos que otro cualquiera, porque ya estoy de *balacas* rosines *hasta el pelo*: como que soy salvaje veteranazo y baqueteao en la defensa de la *justa causa* que hoy defienden los Porteños, y de la mesma que, por fortuna, hace una máquina de años a que se nos resertó ese mesmo gauchaso Diretudo ambicioso, enredista y pendenciero como *mora* sin agüela. ¡Cabalito!

¡Qué Cristo! a ver como no se retoba fiero y nos atropella con los veinte mil aliaos de *ñaupas* que dice que ya va rejuntando ¡y que rejuntaba!. ¡Ah, malaya, se le aflojara del todo la chaveta! pues sólo así pudiera merecer pillarme a tiro y que me pillaba, supuesto que yo no pienso juirle muy lejos, aunque voy arrejando a que, si me agarra cosa que no le ha de ser tan fácil, no me haga nada, sino prenderme apenas un chaleco de cuero fresco y cortito no más, así como desde el cogote hasta el encuentro mesmito.

Como guste: pero, así con riejo y todo, sostengo y les afirmo a todos los paisanos liberales que el Diretudo tetudo es un *peine*, que ni liendres nos dejaría si consiguiera que le agacháramos la cabeza por las bravatas que nos echa, y las embrollas que nos arma allá entre algunos provincianos que tiene apretaos o ilucinaos, y con quienes los Porteños no tenemos queja ni agravio ninguno, y de quienes, a pesar nuestro, estamos medio apartaos hasta que el Diretudo degollador y manotador quite su cuero del titulao Gobierno nacional, y deje que salga cualquier otro Presidente a mandar a todas las provincias unidas del Río de la Plata... y a Buenos Aires en la punta.

Velay en plata la única ambición que tiene la porteñada y su Gobierno, esperando en Dios y la justicia que todos los provincianos se convenzan de que Urquiza los está *pelando* y enredando: y que no crean en su fantástico poder ni en sus bravatas y chismes, porque miente el Diretudo juidor y zambullidor cuando dice y hace decir, hasta en las gacetas urquizanas del mismo Buenos Aires, que esta ciudá y su campaña están pronunciándose por *él*, y muy atrasadas, porque hasta los *Pampas* nos apuran...

¡Ahi-juna, el terutero embustero! A la vista está fresquito, que a todos los Indios aliaos de ese bruto, el ejército guapo y morrudazo de Buenos Aires los ha *cuereao* y arrempujao, espantándolos últimamente hasta Chiloé y para siempre.

Ésta es la verdá evidente y a macho: así, todo lo demás que dice el Diretudo tobilludo son embrollas y balandronadas que suelta, por no soltar la TETA que le está chupando hacen diez y seis años al Entre Ríos, y para aparentarles a las provincias mucho crédito y poderío, de miedo que los provincianos mismos redepente lo echen a ponchazos de la presidencia *antigualla* y refalosa, en que sin merecerla se ostenta el ° don Usebio de la Santa Federación. ¡Anda, pulpero maula!

Por último, Aniceto les alvierte a todos los provincianos y en la presente a los amigos Entrerrianos, que los Porteños ni su Gobierno ni quieren ni arman pendencias con naides, menos con los Argentinos, como que también lo somos los gauchos de Buenos Aires: y más les alvierto de todas veras, que la presidencia de Urquiza, con fanfarronadas y todo, ya está relampaguiándole como *candil flaco* y se le va por un cuesta abajo; y que de ahí procede el ULTIMATO ñato y las amenazas del Diretudo uñerudo. De balde se hace *lomo liso*, le duele la matadura y corcovea más desde que ha visto que los señores Gobiernos de Francia y de Ingalaterra han reconocido en amistá la justicia con que el Gobierno de Buenos Aires, con tierra y todo, se le ha hecho *José de ajuera* al constitucionero balaquero, lo mesmo que deben hacer luego todas las provincias Argentinas, despreciando los maquines y balacas de Urquiza y sus lagañas *gurupieses*.

Bueno pues: para fundirlo del todo al Diretudo, si los provincianos no nos quieren ayudar, por encimita aunque sea, no tienen que forcejear mucho, sino dejarse andar trajinando allá en sus pagos, mientras nosotros, los Porteños solitos, ya que don Usebio Urquiza nos viene sacando cuchillo, veremos si le trajinamos la presidencia, las vacas y la rocinada que ha arrejuntao, descamisando y degollando por diez y seis años a los infelices Entrerrianos y por orden del calandria don Juan Manuel Rosas, de quien Urquiza fue ovejero, como perro de presa, hasta ahora que la echa de potestá y nos sale con las alianzas.

Balaquiando a costillas
del Emperador,
de la Banda Oriental
y de Ituzaingó,
el ombú, el juncal,
y las prendas colgadas
en la catredal
de Buenos Aires...
prendas de que han de reírse
hasta los flaires... y
¡música, música!

Diálogo gauchi-beatón

Ayer yo estaba presente
en la mesma pulpería,
cuando a eso de mediodía
pasó el diágo lo siguiente.

Al gaucho Roque Limares
que, alegándole al pulpero
sobre el Paso de Quintero,
nombraba Cristos a pares:

-¿Cuántos Cristos conoces?
un beato le preguntó
y Limares contestó:
-No conozco más que tres.

-¡Jesús! ¡qué barbaridá!
dijo el beato y santiguose.
Sólo un Cristo se conoce
¡che, bruto! en la cristiandá.

-¿Qué dice? Más bruto es él;
en su cara se lo digo:
tres Cristos conozco, amigo,
siendo uno de ellos infiel.

Y en prueba de que son TRES,
sepa ¡so hijo de la gran... pa!
que conozco a Cristo el pampa
y al cristiano Cristo inglés.

Como conozco de fe
a CRISTO Nuestro Señor
de cielo y tierra, y criador
de animales como usted.

-Bueno, Roque, así será;
replicó el beato asustao
veo que me has trajinao;
pero... dime la verdad.

Supuesto que has conocido
al Cristo de Ingalaterra:
de tan lejos a esta tierra

¡a qué asuntos ha venido!

Porque, mirá, lo confieso,
que algo dudo y no concibo
¡cómo sea Cristo vivo
un Inglés de carne y güeso!

-Pues no lo dude, aquí está,
mostrando ser más cristiano
y más sabio y más humano
que nosotros; ¡la verdá!

Y es tan vivo y tan certero
y tan gaucho de una vez,
que le ha prendido las tres
Marías a un terutero.

-¿A un terutero? ¡qué risa!
como es pájaro patudo
es fácil...

-No: al Diretudo,
al gran terutero Urquiza...

Que estará haciendo cabriolas,
y en apuros después de eso,
porque en el mesmo pescuezo.
¡Cristo le prendió las bolas!

-Pues, amigo, es una hazaña,
dijo el beato, y bolsiquió,
y a Limares le largó
cinco pesos para caña.

La Ultimatera

Media caña terutera

No se escuenda de susto
la Portañada,
que ahí viene don Usebio
con una armada...

-¡Por Jesucristo!

la más cruda y tremenda
que habremos visto.

A que no nos quita... la curiosidá,
y nos facilita... y se empaca allá...

Porque ya sabe
que le hemos de atracar
en cuanto cabe!

¿Habrá hombre más funesto
que el Diretudo?
vean cuánto pretexto
y agravio al ñudo...

Forma al presente
por lucirle al Imperio
de presidente.

Pues, vení, malevo... Vení, fanfarrón,
y comerás trebo... si estás barrigón.

Yo te ofrezco eso
porque has de ser un duro
si comés queso.

Así paga el diablo a quien le sirve

Diz que el ingrato juidor,
presidente mashorquero,
desea sacarle el cuero
a nuestro Gobernador.

Confesando de que a gatas
le debe a don VALENTÍN,
ni más ni menos, al fin,
que el andar en cuatro patas.

El Gobernador don Valentín Alsina

La ilusión

Es tanto lo que alucina

mirar en el descampao,
al través de la ñeblina,
a un cuervo o a una gallina,
o pavo medio empampao...

Que en el campo un Andaluz,
viendo a un triste terutero,
exclamó asustao: ¡Jesús!
por la Santísima Cruz,
¡aónde vas, joven guerrero!

Cortesías de Aniceto

A LA TRIBUNA DE LOS RATAPINGAS.

¡Ay, mi alma! Te quiero mucho... ¡A que te pincho! ¿Pero: por qué a los güeyes flacos les meniás picana, y a uno que otro gordo le negás macana?

AL NACIONAL.

¡Superiorazo, y échele cuhetes! pero no se turbe ni se me alargue en los cargos que señala, porque hay muchos niños, y esos trompos cuestan caro.

A LOS DEBATES.

¡De mi flor, amigazo! pero no se enriede en las cuartas ni ponga el freno patas arriba, como en el cuentito de la sulevación del ejército del Sur.

A LA ESPADA DE LAVALLE.

¡Guapísima y cortadora! pero que no vaya a salirse de la vaina.

A LA OPINIÓN PÚBLICA.

Mi afeto de corazón y... ¡dele guasca!

A LA NUEVA GENERACIÓN.

¡Qué lindo los angelitos! Dios los guarde y dispongan del cariño de Aniceto.

AL JUDICIAL.

Mi respeto, con tal que me recomiende al alcaide del callejón de Ibáñez, por si me refalo en algunas elecciones.

Y a los demás que no trato:

La Virgen les dé su gracia y el Señor les diga: Amén.

El sargento arrecifero

Cierta sentencia gauchesca
del sabio rey don Alfonso
dice así: ¡Malo es que a un zonzo
la Virgen se le aparezca!
y aunque parece burlesca
tal advertencia reyuna,
desde Caseros ¡ahi-juna!
Urquiza la comprobó,
cuanto se le apareció
la Virgen de la fortuna.

Sólo así, en su cacariada
aición de Monte Casero,
pudo ese loco altanero
hacer una zapallada:
y gracias a la cuartiada
de Argentinos y Orientales,
y a los barcos imperiales,
y sobre todas las cosas,
a que ya estaban de Rosas
muy cansaos los federales:

Y tanto, que se largó
sin peliar la Porteñada,
pues ese día la Indiada
fue la que medio aguantó;
porque Rosas disparó
el primero y más temprano;
y yo pienso que el tirano
tuvo ese día, en verdá,
más miedo de los de acá
que de Urquiza el entrerriano.

Entretanto, el terutero
Diretudo fanfarrón,

desde aquella aparición
y zapallada en Casero
hasta la presente, infiero
que ve visiones en sueños,
porque hace vanos empeños
creyendo en sus devaríos
gobernar como a Entre Ríos
la patria de los Porteños.

Pues, ¡barajo! si ha pensao
tamaña barbaridá,
que se amarre el chiripá
y se largue de este lao:
pero que venga ensebao,
porque lo hemos de apurar
sin darle tiempo a rumbiar,
como rumbió en la otra juida
cuando aquella zambullida
que dio al quererse embarcar.

Véngase a la disparada,
no se haga desiar al ñudo;
venga, ñato Diretudo,
que no le ha de pasar nada.
Yo, cuando más, una inflada
le daré por balaquero,
y si algún criollo el yesquero
quisiere hacerle fruncir,
no se lo ha de permitir...

EL SARGENTO ARRECIFERO

Cuhete

De parte de la Guardia Nacional de Buenos Aires al nombramiento del señor general de
mar y tierra

Señor Presidente Costitucionero:

Sabemos los Nacionales
que, para hacernos la guerra,
general de mar y tierra
lo han nombrao sus congresales;

y hallamos que cargos tales
le caen al pelo, señor,
pues, si no es navegador
de grande capacidá,
en Palermo mostró ya
que es gaucho zambullidor.

Queremos, sí, que nos diga:
cuando tenga que embarcarse
¿cómo hará para no echarse
enfermo de la barriga?
porque el mareo fatiga
y da como chavalongo
razón por la cual supongo
que si se embarca, a la fija,
en su primer revoltija
de tripas, larga el mondongo.

En fin, si ha determinao
invadirnos sin más tregua,
díganos si vendrá en yegua
o se nos larga embarcao;
porque acá está preparao
Usebio patagalana,
quien en figura de rana
lo batirá con la popa,
a p...istola y quema ropa
y a bordo de una chalana.

¡Barajo, qué pestilencia
será el humo de esa aición!
la Santa Federación
que le valga, Vuceleñcia!
aunque Usebio en su clemencia,
como es su igual y tocayo,
lo más que hará al fin y al fallo
será soltarlo apestao,
como se lo ha suplicao
su servidor...

Cruz Ramayo.

Nº 12

Buenos Aires. - Marzo 12 de 1858.

Asombro

En las noticias recientes
dicen como una gran cosa
los DEBATES inocentes,
de que «una sandía monstruosa
se han encontrao en Corrientes.»

¿Colorada o amarilla?
de eso no dicen, si no
que «diez arrobas pesó,
y que sólo la semilla
un barril de horchata dio.»

Pues la tal sandía tenía
un grandor tan formidable,
que su tamaño sería
más o menos comparable
a media pipa vacía.

De tal cosa, sólo un payo
se asombra; porque en CASERO,
un día tres de febrero,
Urquiza se halló un ZAPALLO
mucho mayor que un ternero:

Con el cual el hombre pudo
hacer horchata y licores;
pero hizo cosas mejores,
haciéndose el Diretudo
general de aguas mayores.

LA VISITA DE ANICETO A RATAPINGA

Vaya, paisanos: ahí tienen otro nuevo Gallo que sale medio flojón, porque ya se suena que a Vucelelencia el Entrerriano general de ambas vías redepente se le ha encogido la guapeza, y ha recluso la cosa del ultimato, alegando que ÉL no ha soltao tal balaca, sino

que su ministro el cantor de *Carolla* es quien mandó el documento, sin la conciencia del señor Diretudo panzudo. ¡Óiganle al invasor de los *cotigentes* de a quince mil!

Por supuesto, todo eso que alega Vuecelencia es nada más que una gauchada; de balde ahora saca el cuerpo y recula... porque se le chingó el cohete, luego que el coronel Granada se basurió a Calfucurá con toda la Indiada que ha ido a guasquiarse al infierno, y que el coronel don Emilio Mitre le está desde la Loma Negra poniéndole los puntos al Diretudo Sicofantástico. En ancas, se ha sentao de golpe el balaquero presidente, porque todos los señores *Cipotenciarios* uropeos le han hablao fieramente a respeto de las alianzas con que cacarea el *Zambullidor*.

Velay la causa de la sofrenada que ha pegao Vuecelencia, cosa sabida ya por muchísimos *nutriales* que han llegao del Paraná ahora poco, y la mesma que yo he averiguao como se las cuento: oigan.

Ayer al tocar las doce llegué de los Corrales del Alto, aonde me almorcé un *matambre* con tortas y mucho vino superior, y medio *chamuscao* enderecé a la casa de mi amigazo el patroncito de la *Tribuna* ratapinga, que vive en la calle de San Francisco.

Pues, señor, en la mesmísima puerta me le apié; y después de maniar mi potrillo, entré a la casa, y sin ruido me iba colando hasta el fondo, cuando tuve que hacer alto en la puerta de un cuarto muy sahumao, en donde estaba el mocito haciendo medio día y sentao como pegadito a una niña, que da comezón el verla tan primorosa.

Redepente el patroncito, que es un lagarto de vivaracho, me sujetó dándome el grito:

-¡Ché, qué fortuna, el amigo Aniceto por acá! Adelante. ¿Cómo está, compañerazo?

-Alentao, patroncito; y me le entré al cuarto... ¡ojo a la moza!

-Me alegro, amigo Gallo: y así tengo el gusto de presentarlo a esta señorita mi esposa y su servidora.

-A lo mesmo, patroncito; ya veo que la niña -- es una joya, y que usted es muy dichoso en el amor.

-Gracias, Aniceto: ahora sientesé pues en esta butaca blandita.

-¡Mutaca blandita! que se siente un maturrango, que yo no caigo más en otro resumidero: ¿se acuerda?

-¿Ja, ja? sí, me acuerdo: pero este sillón no esta inflado, como aquel en que usted pegó la sumida *hasta las aujas*. Siéntese no más con toda confianza y almorzará en mi compañía.

-Le agradezco, patroncito: ya estoy *lleno*.

-Sin embargo: probará una omeleta. ¿No le gusta?

-¿Mulita dice? sí, señor; peludo también me gusta, pero por ahora sólo apetezco un *cimarrón*.

-Corriente: al instante le haré dar mate; tome asiento.

-Vaya, pues, ya que se empeña, le haré el gusto le dije, y me le afirmé a la *mutaca*, la misma que pegó un resoplido cuanto le asenté las nalgas.

-Con que, amigo Aniceto, ya sabrá usted que Urquiza no nos invade por ahora.

-¡Voto al diablo! ¿y, por qué se anda empacando?

-¡Toma! porque ha consultado el resultado que tendrá su invasión, y le han profetizado un descalabro.

-¡Vea eso! ¿y quién?

-Un trípodi o mueble profético.

-¡Un tripo! vaya un profeta acertao: pero ¿de qué se ríe, amigazo?

-De nada, amigo Aniceto; y dígame, ¿por qué viene medio escuálido?

-¡Ñáú, ya empieza con sus terminachos! ¿Medio cómo decía?

Medio pálido y de mal semblante.

-¡Ah! puede ser, porque ahora noches pasadas rodé muy fieramente con una hembra en ancas.

-¿Y adónde?

-En un pantano.

-¿Y cómo fue usted, que es tan gaucho, a empantanarse así?

-Le diré, patroncito: andaba yo mal montao la otra noche, y se me antojó apiarme junto a la Recoba a oír la musiquería del baile *mascarao*. Luego, cuando iba a retirarme, se me arrió una moza de *Turca por dentro y juera*, porque venía muy divertida: a la cuenta en la confituría de la esquina le habría menudiao al *coñaco* y la giniebra.

Ello es que se me prendió y me dijo: «Ché, compadre, ya lo conozco; mónteme en ancas y lléveme a casa, que estoy medio en *chaucha*». Como era mi comadre, la monté ahí mesmo y salí al tranco rumbiando para el güeco de la Yegua; y al llegar a la casa, en un

barrial medio pantanoso, aflojó el mancarrón y se me dio güelta tan fieramente que me tapó con hembra y todo. Velay cómo rodó, y la razón por que hasta ahora rengueo como *manco de la cuerda*.

-Ya lo veo, amigazo, y lo siento mucho, aunque considero que su renguera no le impedirá soltar su gaceta. ¿No es así?

-¡Qué esperanza! para eso vengo a preguntarle, -- si es evidente la reculada del señor Diredudo.

-Ciertísima, amigo, no lo dude: y así puede usted decirlo a los paisanos en el *Gallo* que suelte.

-Pues entonces, amiguito, con su permiso me largaré a escribirlo para darle a Vuecelencia unos consejos razonables. ¿No le parece, patroncito?

-Buenísimo, amigo Aniceto. ¿No tiene algo que recomendarme?

-Nada más sino que cuide a la deidá de su tortolita presente.

Y me salí suspirando y pidiéndole al cielo que, de gallo que soy, me trocase alguna ocasión en la figura del patroncito de la *Tribuna* y ratapinga.

Alvertencias y consejos

Voto al diablo, don Urquiza,
que a costa de su ultimato
acá hemos tenido un rato
a caírnos muertos de risa.
Porque, ¡atienda! se precisa
para largar tal papel,
ser lo que don Juan Manuel
decía que es Vuecelencia:
loco malo a la evidencia
y balaquero como él.

Pero... ¡cómo lo han metido
en ese berenjenal!
¿Quién lo aconseja tan mal,
y tan fiero lo ha mecido?
¡Infeliz!... ¿no ha colegido
que lo están precitripando?
la p...unta y truco, ¿hasta cuándo

todo un señor SICONFANTA
como un animal aguanta
que así lo estén trajinando?

Oiga: cada consejero
salvaje que lo rodea,
aunque le bale, no crea
ni lo tome por carnero
es un zorro que hasta el cuero
le ha de sacar sin sentir.
Oiga, vuélvole a decir;
mezquíneles cuanto pueda
las vacas y la moneda:
mire que lo han de fundir.

Ese tal don Salvador
que allí se le hace el carnero,
es como gaucho tambero
y salvaje volvedor;
nunca dio de aguantador
prueba ninguna en su abono;
de balde hoy le sigue el tono,
verá si esa liendre en suma
no lo jo...roba y empluma...
en cuanto asigure el mono.

¿Y su ministro, el cantor
sin guitarra, don Derquis?
de balde el gato mis-mis
le baila, es más volvedor;
de ambicioso y chupador
se le humilla y lo alfatea,
se encoge y le morronguea;
pero engórdelo y verá
si al infierno se le va
con sogá, estaca y manea.

Don Galán presumo que
le sea más pegajoso,
porque, como es tan baboso
pudiera pegarselé.
Sin embargo, también fue
salvaje aunque hoy le conviene
a su lao hacerse el nene
por mamarle el corazón;
pero... ya sabe, patrón,

que quien malas mañas tiene...

De su menestril de Hacienda
poco o nada le diré,
porque ese bruto no sé
si es de freno o es de rienda;
tiene sí fama estupenda
de Salvaje mordedor,
bellaco, manotador,
trasijao, y medio bizco,
de mal andar, muy arisco
y a lo último cociador.

Luego, entre sus congresudos,
aunque hay hombres que apreceo
y respeto, también veo
que hay ciertos diablos nalgudos,
que de miedo o de conchudos
sufren allá barbariando;
pero, así mesmo ¿hasta cuándo,
general de Aguas Mayores,
presume que esos señores
le han de seguir aguantando?

¿No ve que son gamonales,
los más de ellos habituaos
a vivir entre alfombraos
y no entre bosta y barriales?
¿Cómo presume a hombres tales
sujetarlos a corral?
no, señor, no crea tal;
llegando el caso oportuno
se le han de ir uno por uno
con maniador y bozal.

Finalmente, Vucelelencia,
en la situación presente,
cuando se ve claramente
chochando su presidencia,
ni costancia ni obediencia
aguarde de esos doctores,
ni los crea aguantadores,
ni se fíe en sus consejos,
porque son salvajes viejos...
así han de ser volvedores.

En fin, si se halla apurao
por sus alianzas potentes,
y tiene allá cotigentes
para invadir a este lao,
puede someter holgao
a toda la Porteñada,
porque el coronel GRANADA,
MITRE, CONESA Y PAUNERO
dicen que por balaquero...
¡qué Cristo!... no le harán nada.

¿No se fía? ¡ja, ja, ja!
nada, señor presidente,
fíese tan solamente
del Indio Calfucurá,
o de HORNOS, quien, la verdá,
aunque siempre salvajea
y es su enemigo, no crea
ni tema, señor don Justo,
que le haga voliar por gusto,
ni le haga sacar manea.

Palermo de Buenos Aires, 15 de marzo de 1858

Anda que te lamba un güey

Muy acertao hubiera sido que allá en el Paraná mesmo, esos desplumáticos urquizanos y adulones del Diretudo, cuando éste les ordenó que mandaran de su parte el ultimato balaquero que le soltó a nuestro gobierno, muy acertao hubiera sido, repito, el que esos menestriales terutereros, al ver salir *aguas abajo* al documento ultimatero, le hubieran dicho en presencia del sicofanta presidente, no como hoy se usa decir en Buenos Aires -¡Aónde vas, joven guerrero! sino: ¡aónde vas, carnero! y estoy segurísimo que Vuecelencia al tiro les hubiera contestao... ¡A VER SI TOPA!

¡Pues no, tirano; y que topaba! por lo bien que se portó en Buenos Aires, cuando, fiaos en su *pobrama* famoso, le ayudamos a voltiar al otro Restaurador de las botijas, y que, en cuanto pisó a Palermo, empezó a barbariar y se afusiló al coronel Chilaber, sin más causa que, porque allá en Entre Ríos, cuando el Diretudo era *tahúr*, el coronel no quiso dejarse *ganar mal*, y le atracó unos guascazos por tramposo.

O será por lo que se acreditó con nuestros paisanos, cuando esa mesma ocasión los hizo matar en tropillas y colgarlos muertos en los ombuses para amendrentar a los Porteños, y manotearse luego todos los millones del *Banco* y todos los armametos y vistuarios del parque, y por último hasta las ollas de la cocina de Juan Manuel.

Háganse cargo, paisanos, qué custitución, qué galantías ni qué chirolas puede darnos un diablo así tan sumamente desalmao y mezquino, que esa vez ni a sus paisanos los Entrerrianos les largó cuatro pesos, y que hoy mesmo tiene allá en sus numerosas estancias oprimidos a centenares de infelices provincianos, de los cotigentes que rejuntan, para sacarles *el quilo* trabajando para ÉL de sol a sol, desnudos y galguiando de hambre, sin darles más alivio que una ración de un *naquito* de tabaco aventao cada quince días, y una buena cuenta de doce reales cada dos años, y me alargo; aunque es cierto que les suele atracar hasta trecientos *duros* por cada falta a una lista.

¡Infelices! ojalá que los trajera el Diretudo a este lao del Paraná, y vería si le quedaba ninguno sin venirse a Buenos Aires, aonde cada soldao tiene prendas lindas con que acacharse, buenas armas y buen pingo, carne gorda y abundante, y jefes que los cuidan y aprecean, y luego ocho pesos fuertes cada primero de mes; sin tener más que hacer que los deberes de un soldao, no los de piones y esclavos de un gauchazo federal de *mucanga*, que, a pesar de que ya es mancarronazo en edá, jamás en su pu...erca vida le sirvió a la patria, ni para cuartiar carretas, en aquellas guerras gloriosas, que sostuvieron valerosamente los agüelos, padres, hijos y nietos de todos los Argentinos, que hoy pretende presidenciar el Diretudo mondongudo general de tierra y agua, y a lo último de ventosidades. ¡Anda que te lamba un güey!

La media caña en San Borombón

Salió de las Polvaderas,
rumbiando a San Borombón,
a mudar de población,
el gaucho Lino Contreras:
y no habiendo ni taperas
adonde se iba a poblar,
tuvo el hombre que cargar
con toda su trastería,
y un martes al ser de día
mandó uñir y caminar.

Una carreta toldada,
sobre un rodao de mi flor,
y su eje resuperior,
lecho nuevo, y bien quinchada,
hasta la tolda cargada
llevaba en esa ocasión
con trastes de precisión,
porque ni la leña es maula...
menos el catre, la jaula,
las sillas, mesa y colchón.

Era tan acreditao
el tal Contreras, ¡ah, Cristo!
que en ningún pago se ha visto
un hombre más apreciao:
además era mentao
de gastador muy voraz;
y siendo así tan capaz
el gauchaje lo estimaba,
y todo bicho anhelaba
el agradarlo a cual más.

Al caír a San Borombón
paró la carreta un día,
y al punto la gauchería
formó allí una reunión,
Cinco mozos de un tirón
a la familia rodearon,
y toditos se brindaron
a servirla al pensamiento,
por supuesto, y al momento
a tomar mate se apiaron.

Como era muy rigular,
la mujer de Lino luego
mandó a su hijo que en el fuego
pusiera agua a calentar
de ahí Lino mandó sacar
medio frasco de aguardiente...
con el mismo que la gente
lueguito dentró en calor;
y como había un cantor
se armó un baile redepente.

Velay Pilar, la Porteña
linda de nuestra campaña,
bailando la media caña:
vean si se desempeña,
y el garbo con que desdeña
los entros de ese gauchito,
que sin soltar el ponchito
con la mano en la cintura
le dice en esa postura:
¡mi alma! yo soy compadrito.

Vean luego que ha llegao

el gaucho Martín Mirazo
en un caballo picazo
con otro mozo enancao:
véanlo a Martín echao
sobre de la cabezada,
ojo a Pilar, y más nada,
mientras Lino complaciente,
al estribo, de aguardiente
le alcanza una convidada.

¡Martín en esa ocasión
no tomó de embelesao,
pero a Lino el enancao
le recibe un cimarrón.
¡Ché!... vean el manotón
que se pega en el sombrero
ese otro gaucho coquero:
sin duda estará celando
a Pilar, porque bailando
se le quiebra al compañero.

De ahí miren a la mujer
de Lino, si se despega
del cantor Antuco Vega,
que la empieza a enternecer
luego atrás se deja ver
afirmao en su picana
al picador que se afana,
esperando sólo el caso
que siga la rueda el vaso
y le alcancen la mañana .

Luego está cimarroneando
al costao del picador
ese otro gaucho pintor,
que entre dientes murmurando
y al ñudo menospreciando
el canto y el baile está:
a la cuenta encontrará
de qué hacer murmuración,
o será algún quebrallón
que nada le agradará.

Tras del pértigo, notando
de la moza la esquivez
al bailar, un cordobés

se está así como rascando;
y al mismo tiempo desiendo
bailar un gato siquiera
con la Porteña embustera,
porque ya la está queriendo,
y en sus adentros diciendo:
¡Ah, ingrata! quién mereciera...

De ahí, miren encarretao
a ese gauchito travieso,
a fin de robarse un queso
y una torta del atao,
después de haber churrasquiao
cuanto es posible tragar;
pero él no sabe bailar,
así es que sólo le importa
limpiarse el queso y la torta
para tener que mascar.

Velay luego el Santiagueño
poncho corto tan plantao,
y atrás al embonetao:
¡qué yunta para un empeño!
ver al primero da sueño,
y al segundo da tristeza:
ambos son, pues, de una pieza
por delante y por detrás,
fachas tristes a cual más
de los pies a la cabeza.

Ésta es, pues, la relación
del fandango improvisao
que armó Lino el renombrao
cerca de San Borombón.
Nada faltó esa ocasión;
la jarana fue completa:
como es verdá pura y neta
lo que Aniceto ha contaó,
pues todo lo vio plantao
encima de la carreta.

Al Gallo

Nacido entre níveo muro

de oro y de plata formado,
viene al mundo bien dotado
de belleza y de valor:
su regia y alta cabeza,
por las leyes celestiales,
trae diadema de corales
arreglada con primor.

Su cuerpo lindo y gallardo
es fino, fuerte y ligero,
y el matizado plumero,
que de arcos graciosos es,
lleva incrustado un tesoro
de esmeralda, de oro y plata,
de rubíes, de granata
y de topacio a la vez.

Cuando el aura se aproxima
con sus deditos de rosa
a abrir la puerta preciosa
tras la cual encierra el sol...
él es el primer dichoso
que con voz clara y sonora
saluda a la bella aurora
que trae oro y arrebol.

Es celoso, más celoso
que la niña enamorada;
y como lleva una espada
en cada uno de sus pies,
por sus celos dominado,
con sus armas siempre vela
como alerta centinela
a las puertas del Harén.

Mientras se halla en su serrallo
él es rey omnipotente
y si llega un insolente
a querer robar su amor...
él orgulloso, atrevido,
alzando el cuello altanero,
como valiente guerrero
carga al rival con furor.

Y por ser de estirpe regia
como muestra su corona,

nunca esquiva su persona
al atrevido rival;
y hasta quedar en el campo
o hasta que él al otro mate,
combate siempre y combate
el belicoso animal.
Andrés Algañarás.

Nº 13

Buenos Aires. - Marzo 27 de 1858. - Jueves Santo.

Semi-papeleta

Algunos leyendo el canto
del Gallo número tres,
pueden sin susto tal vez
salir el Sábado Santo,

Con un buen par de pistolas,
por el riesgo y por las dudas
de que los tomen por Judas
y les atraquen las bolas.

A.

Maquinas ultimateros del presidente de los teruteros

¡Qué les cuento, paisanos letores del *Gallo*! Sabrán pues, que atrás del profundo silencio en que se ha quedao la *balaca* del ultimato urquizano, y la invasión que nos pensó soplar el Diredudo *casacudo* con quince mil teruteros aliaos al Brasil, a Calfucurá y los blancos *Rosines* de la Banda Oriental, éstos, en lugar de mandarle a Urquiza los dos mil reclutas, que se decía estaba reuniendo en la otra banda un tal comendante Batarrica, muy conocido y *mentao* en Vizcaya, y en el otro lao allá por el CERRITO, aonde nueve años le sirvió de degollador al *dijuntito Oribe*, que ahora ni los diablos se podrán averiguar con él allá por el otro mundo... he oído, como les iba diciendo: que el tal Batarrica ya diz que no vendrá con el rejuerdo de los *dos mil*; pues, lejos de eso, ahora últimamente el *blanquillaje copetudo* de la otra banda se pronuncia muy quejoso contra el señor Diredudo, diciendo que este calandria los ha metido hasta el diablo con su alianza, y que al fin no les cumple nada de lo que Vuecelencia prometió: pues ni les ha quitao los derechos diferenciales para que la duana de Montevideo hoy diera un poco más de *leche*,

ni retira los soldaos entrerrianos de la costa del Uruguay, aonde están carniando vacas orientales y comiéndolas por la patria... y con cuero.

Y lo que es peor, que ahora se empaca el Diretudo y no hace la terrible invación a Buenos Aires, cosa en que los blanquillos *Rosines* fundaban grandes esperanzas, creyendo que de acá saldrían en bandadas emigrando los extranjeros y los salvajes unitarios, otra vuelta para Montevideo a sacarlo de la atrasada y tristísima situación en que se halla, después de la horrorosa matanza de los más valerosos jefes, oficiales y tropa, hecha inicuaamente en el Paso de Quinteros. -Déjense andar no más los degolladores, supuesto que a degollar tocan.

Pero lo más gaucho y gracioso que se suena es, que el Diretudo, habiéndose medio asustao por la nota apretadora que le sopló el señor Ministro inglés a respeto de la carnicería infame del Paso de Quinteros, Vuecelencia el Entrerriano cabulista piensa ahora de nuevo garrarle el *lao de las casas* al señor Ministro de Ingalaterra; y para eso *diz que* el mismo Diretudo ya está pensando hacerle echar un *pial* de volcao al Gobierno de Montevideo mandando a relevarlo con el general don Venancio Flores... Vean no más, si será cabulista el costitucionero.

Bueno, pues: como el GALLO lo cree al liendre Diretudo capaz de cuanta diablura puede imaginarse, y como ya se dice que en Buenos Aires hay muchos patriotas orientales, emigraos y escapaos de la dijuntiada del *Paso de Quinteros*, creyendo de lleno en la buena disposición de Urquiza para voltiar a los *blancos* de la situación, Aniceto les previene a dichos patriotas orientales que *abran el ojo* antes de largarse a Entre Ríos, como algunos están diciendo que lo harán, confiados en las *cábulas* que el Diretudo está ya poniendo en juego, a fin de reclutar a hombres desgraciados para emplearlos en su servicio, sin darles al fin más recompensa que un zoquete de carne flaca y muchas roncacas y azotes... *cuando no se les vaya al pezcuezo*.

Abrirlos pues, paisanazos, y no dejarse prender con *bolas de carne*.

Carta

Del sargento mashorquero Rudesindo el Carancho a su general que fue allá en los tiempos funestos

Palermo de San Benito, cañada de Miserete, a diez y seis de diciembre del año cincuenta y siete.

Al Ilustre y Excelentísimo señor don Juan Manuel Rosas, brigadier general que fue de los ejércitos nacionales de la Confederación Argentina, Herodes del Desierto, restaurador de las mochilas, jefe supremo de Buenos Aires y defensor heroico del continente americano.

Señor:

Con su perdón, Vuecelencia,
voy a escribirle confiado
en su federal agrado
y fina benevolencia,
por noticiarlo... en la ausencia
de su tierra, donde alvierto
cosas tales, que no acierto
a escribirle; y digo más,
que es Vuecelencia incapaz
de verlas sin caírse muerto.

Porque ¿cuándo aguantaría
ver arrumbadas las cosas
que el onipotente Rosas
en Buenos Aires lucía?
ni a los Porteños que hoy día
tan fiero se han solevao
que al infierno han arrojao
el cintillo mashorquero...
y al carro del basurero
el chaleco colorao!

La pandilla del hembraje
unitario endemoniada
se ha puesto de cola alzada
y más brava que el machaje:
toda de color salvaje
se viste, por decontao:
¡las viera de lao a lao
andarse a golpe de taco,
sacudiendo el miriñaco
y sin moño colorao!

A más de eso la gringada...
del otro lado del charco
diariamente llega un barco
y nos larga una manada:
el mes pasao de coplada
cerca de tres mil llegaron,
¡por Dios! y cuanto se apiaron
a pata se dieron maña,
y en la ciudá y la campaña
toditos se acomodaron.

Luego entran a trabajar
al instante se arman ricos,
porque son como burricos
poniéndose a trajinar:
ya no saben qué inventar
en fábricas y maquinas,
ligándose con sus fines
a la gauchada porteña,
que con los gringos se empeña
en fundir a los Rosines.

¡Considere pues, señor,
al punto que hemos llegao
por no tener al costao
a nuestro Restaurador!
aunque hoy le saldrá mejor
dejarse andar por allá,
aonde me dicen que está
de grasa hasta los cachetes
de tanto tragar bisquetes...
que no tragaría acá.

Pues, si viene, hágase cargo,
un muelle nuevo tendría
que cruzar, y trotaría
como seis cuadras de largo,
expuesto a que un viento amargo
le soplase del mordeste,
y arrejando a que le cueste
el que ahí mesmo las Porteñas
lo sacudan de las greñas
y lo tiznen de celeste.

¡Color maldito! y hoy día
le han tomado tanto apego,
que hasta celeste es el fuego
que suelta la lucería
por una cañutería
llena de gras de vapor,
que encendido da un jedor
igual a orines de gato,
pero dicen que es barato
y que alumbra más mejor.

Esta jedionda invención
se le debe a un Mestri-Bagre,

inglés que hasta con vinagre
se mama no hallando ron:
este y otro tal Norton,
ambos parientes de Gestas,
para remate de fiestas
nos han traído estos bribones
la cometiva y güevones
y ruina de mis carretas.

También han hecho una duana
barriguda, y barrigones
se han puesto los salvajones
de quienes la obra dimana:
pandilla ruin que se afana
en hacer preciosidades,
que allá por esas ciudades
podrán ser de conveniencia,
pero que acá, Vuecelencia,
son puras barbaridades.

A esto le llaman pogreso
los salvajes hablantines,
mientras los pobres Rosines
agachamos el pescuezo,
sin manotiarles ni un peso,
ni hacerles ningún reproche
al verlos que a troche y moche
nos desprecean y arruinan,
y después que nos trajinan
pasean holgaos en coche.

Bien decía Vuecelencia
con justísima razón,
«que los Unitarios son
ladrones tan sin concencia,
que en la menor ocurrencia
meten hasta el diablo el codo:»
y si no, vea del modo
con que un salvaje unitario
se ha robado del sagrario
la hostia con custodia y todo.

.....

¡Qué miedo!

Dicen que ha dicho don Justo,
barbariando entre otras cosas,
que Él fue quien nos quitó a Rosas
y que Él lo ha de traír por gusto,
y para darnos más susto
dice que vendrán en yunta;
¡Cristo! pero, a esta pregunta
¿quién me contesta? oiganlá:
¿por fortuna no vendrá
el Diretudo en la punta? ¡ja... ja... ja!

Vaya una indireuta

Sin duda, hay un platero
por la Conceción,
ROSISTA, TERUTERO,
y tan quebrallón
que contra el GALLO
dice barbaridades.
¡Si será payo!

Miren qué Rosín - tan desvergonzao,
sin duda por eso - lo habrán desdentao.
Métete no más
con el gaucho Aniceto,
y te rascarás...
¡Hijuna gran... pa,
cuando el GALLO te suelte
en una estampá!

Al engaña pichanga

Por la calle del Perú,
explicándose algo mal,
un Inglés medio bozal
noche a noche de surtú
se pasea muy formal;

Y cuando de miriñaque
se le zarandea Elvira,
así que el Inglés la mira
por atrás, le dice en jaque:

«¡andá... culi-di-mintira!»

Cacharpas

Señor menistro de guerra,
por lástima o por favor,
o más bien por el honor
de la patria de su tierra...
Alivie a la oficialada

infeliz de la Ispeución,
pues, siendo tan escasón
el sueldo, anda aguiluchada.

El Núm. 7

De este número es sabido
todo cuanto el Nacional
dijo en un hecho local,
echando solo en olvido...

Que siete meses duró
el sitio aquel que don Justo
nos puso, hasta que de un susto
zambulliendo disparó.

Hoja suelta

Revuelo de Aniceto el Gallo

Campamento en la Cañada de Cepeda, a de setiembre de .

Señora doña Aniceta Rocamora.

Mi querida esposa:

Sabrás que al fin se ha largao
a caballo el balaquero
Urquiza, que desde enero
sin apiarse anda montao.

¡Cómo vendrá de escaldao!
¿No te haces cargo, mi vida?
trairá la cola fruncida
y se tendrá que ensebar
cada rato, antes de dar
por acá otra zambullida.

Pero, si en la que pegó
la vez pasada en Palermo,
con su peladura enfermo
pudo juir y se alivió,
fue porque, apenas montó
al bordo de un barco inglés,
desde el cogote a los pies
los marinos lo ensebaron,
y enjabonao lo llevaron
a Gualeguaichú otra vez.

Mas hoy que vuelve escaldao,
bichoco y tan barrigón,
y diz que algo mansejón,
aunque anda todo trabao,
si lo topa algún soldao
de HORNOS, en esta flacura
de Rosines, lo asigura,
lo embozala, se le sienta...
y lo larga hecho osamenta
¡con tamaña matadura!

Así, déjalo allegar
aparentando poder,
que ya tendrá qué morder
si trata de relinchar,
o presume que ha de hallar
Porteño que se le cuadre,
ni quiera hacerlo compadre,
ni pretenda en estos casos
sino darle más guascazos
que besos le dio su madre.

Yo al menos, como al fandango
ya me le pienso afirmar,
y si consigo voliar
al presidente guarango,
lueguito me le arremango,
y al colmo de mi deseo

lo muento, lo galopeo
a bajarle la barriga,
y si medio se fatiga,
o se aplasta, lo cuereo.

¿Qué te parece, Aniceta,
la intención? ¿no te da risa?
¡pobre Diredudo Urquiza,
ya está viejazo y maseta!...
pero, mesmo así sotreta,
a fuerza de hinchar el lomo
ha logrado no sé cómo
ser un malevo sin hiel,
y de su amo Juan Manuel,
hacer el segundo tomo.

En fin, chinita adorada,
calentamé a tu tocayo,
cosa de que largue un Gallo
para la teruterada:
pues tan ruin y tan delgada
la tiene Urquiza en enjambre,
que a ÉL mesmo puede que de hambre
redepente lo atropellen,
¡ahi-juna... pu! lo desuellen
y le coman el matambre.

Con que, mi alma, hasta la vista:
que el papel toca a sus fines,
como tocan los clarines
ahora mesmo a pasar lista.
Rogale a Dios que me asista
en la presente campaña,
y que me deje dar maña
hasta conseguir mi gusto,
que es toparme con don Justo
y trajinarle una entraña.

Después de eso vos verás
cómo todos los paisanos
luego nos damos las manos
y ya no peliamos más;
pues sólo tendremos paz
libres de ese Mashorquero
presidente terutero,
manotiador y ambicioso,

a quien rastrea hoy tu esposo

JOSÉ ARAOZ EL LUJANERO

Nº 14

Buenos Aires. - Octubre 1º de 1859.

Ahí te mando, primo, el sable:
no va como yo quisiera;
de Tucumán es la vaina
y de Salta la contrera.

.....

Don Venancio Undebeitá.

Artículo de fonda. - El refrán veterano. - Mi salida. - Hágome el petizo. - La picana de don Manuel Pérez. -

El cielito. - El truco de Virotica. - ¡Retruco y barajo! - El güevo. - La chalana y las pelotas. - La chorizada de Bilbao. - Urquiza alunao. - El coronel Fausto. - Vuelta al reñidero, y allá va el Gallo.

Cuando al general Tristán
lo imprimó la patria gaucha
hasta pelarle la chaucha
en Salta y el Tucumán,
salió entonces de refrán
aquel verso inolvidable,
por tan gaucho y aplicable
a todo *golpiao*, si en copla
sale un paisano y le sopla...
¡ahí te mando, primo, el sable!

¿No es verdá, paisanos, que el refrán veterano es chusco y gaucho? Mesmamente: y por eso como yo también soy gauchón y ando con sangre de pato, con cierto *justo* motivao, velay que hago ahora esta nueva salida, a ver si encuentro algún otro general *primo* o *golpiao*, para atrácarcelo en copla bien o mal concertada, y pegue o no pegue, como solía soltar versos el difunto bendito don Venancio *Andabestia*, *pueta* del tiempo de la *pajuela*.

Pero antes de entrar en argumento, alviértole al auditorio, que, en lengua gaucha, el decir un *primo*, es lo mismo que decir un *golpiao*, un *cantimpla*, un *tilingo*, un *zonzo*, un *lele*, un *payo*, y la ecétera de don Gaspar...

Adelante.

Hecha esta alvertencia, dígole al público, que como yo no *he pelechao* haciendo gacetas, ni presumo de ser escribedo o versista, ya había tocao retirada a respeto de soltar más Gallos, con todo de que a veces me tentaba a largarlo el ver lo que porfía y forcejea el señor de Urquiza, Diretudo cabezudo, por constitucionarnos, *manotiarnos* y sicofantiarnos. ¡Zape, diablo!

Pues, a pesar de tal majadería *terutera*, se guía yo mi propósito, y calladito me andaba haciendo el petizo, riéndome solo en mis adentros del *cacareo*, las balacas, las proclamas, y la guerra tremenda y enfurecida del general *Colafruncida*; pero el diablo sin duda, como es tan tentador, vino y le metió la cola a mi amigo don Manuel Pérez, quien, de puro urquizano, *renejao* y *cándido* a lo Limeño, una mañana se puso a *picaniarne*, apostándome pesos a que yo no soltaba el Gallo de miedo de la invasión, cuando el Diretudo don Justo pensó venírse nos con su *chalana* y las *pelotas* de cuero aquellas, que por acá supimos que estaba armando Vucelelencia, porque en una gaceta de acá salieron las décimas que voy a imprentar abajo de esta *llana*, donde las lerá el que guste.

La gaceta decía así

Noticias frescas de la armada invasora

Buenos Aires, y febrero de 1559.

Diz que en cierto embarcadero
del Paraná se halla Urquiza,
armando en guerra a la prisa
tres mil pelotas de cuero,
¡cada cual con su mortero!
y una tremenda chalana
que será la capitana
de aquella escuadra pujante,
en que vendrá de almirante
don JUSTO Macarandana.
Gente sólo le ha faltao
para hacer marinerada;
pero, con teruterada
dicen que la ha tripuliao,
¡diablo! y que determinao,
sin más barco, ni más flotas,
terutereros ni gaviotas,

se nos viene en su chalana,
mandando Macarandana
la invasión de las pelotas.

Pues, señor, y como les iba diciendo: a pesar de tales noticias, cuando lo vi bolsiquiar sacando los doscientos pesos el amigo Pérez, yo saqué de mi tirador otros tantos, hicimos la apuesta con depósito, y... ¡qué diablos! esa misma tardecita, a salud de don Manuel el parador, le canté a Vucelencia las coplas y el cielito siguiente:

Como mi amigo y querido
paisano, don Eme Pérez,
el chiche de las mujeres
por idéntico a Cupido,
de infeliz se ha presumido
que la invasión cacareada
tiene a la gente asustada,
y al Gallo en particular,
lo quiere desengañar
por medio de una versada...

Aniceto el Gallo

Cielito del terutero

¿Con que el tremendo don Justo
ha dao término a la tregua,
y por fin montao en yegua
viene a matarnos de un susto?

¡Ay, cielo!... ¡Barbaridá!
de invasión precitripada,
si es en yegua preñada,
el hombre cómo vendrá!

De ahí, si por suerte no pasa
la calor que hace al presente,
¿no pudiera al Presidente
redetírsele la grasa?

Mi cielo, temo y supongo
que aun viniendo el viejo al paso,
si lo pilla algún solazo
se le haga aceite el mondongo.

¿Quién diablos lo habrá tentao
a semejante invasión,
estando tan barrigón
y de yapa abichocao?

Cielito: tome un consejo,
señor don Justo José,
no se venga, mire que
para tal cosa está viejo.

Hay gauchos en esta tierra
que mesmamente dan risa,
pero el Diredudo Urquiza
con sus balacas de guerra...

Cielo mío, es por demás
de loco para esas cosas,
de suerte que a su amo Rosas
¡lejos! lo ha dejao atrás.

Deje toda esa bambolla
«que ya voy; que de acá a un mes...»
véngase ya de una vez,
le sumiremos la bolla.

Cielo, porque es de advertir
que colegimos sus fines,
y que se pela a maquinas
para hacerse RELEGIR.

Cese pues de balaquiar,
véngase ya cuesta abajo
y evítenos el trabajo
de tener que irlo a buscar.

Cielo, porque unas gaviotas,
que esta mañana han venido,
cuentan que se le han podrido
la chalana y las pelotas.

Hechas pues las coplas anteriores, por supuesto le trajiné los doscientos al mozo infeliz,
los mismos que cabalitos se los di de limosna a los pobres de la Recoleta.

Después, a la cuenta mis versos llegaron a Gualeguaichú, aonde se agravió por ellos cierto *Cantimpla* llamao Virotica, quien, de tapao bajo el poncho de un imaginao Barriales, me *truco* a desvergüenzas; pero luego supe que allá en Entreríos no había tal chimango coplero llamao Barriales, sino el mesmo Virotica, secretario y tiernísimo yerno del Diretudo, a quien no se le despega bailándole de *pelao*, o el pelao, que es idéntico a la *gazusa*.

De juro, me calentó el manflorita con sus relinchos, y me obligó a soplarle el tapón de más abajito: y si volviese a rebuznarme, ¡ahi-juna! le prometo atracarle gallo y más gallo hasta hacerle largar un güevo morrudo y jediondo, como de *terutero*.

Velay va el tapón que le prendí: con permiso del auditorio.

Retruco a virotica

Señor Imprentero del Nacional.

Buenos Aires, a de abril de .

En su gaceta, patrón,
por la patria hágame un cabe
para la viruta suave,
que largó a continuación
por toda contestación
al Virotica coplero
Barriales y Cantafiero,
poeta de la manada
que va a morder cuando invada
Justo Panza y Terutero.

ANICETO.

Dice un refrán que no es mengua
dar ciertas contestaciones,
cuando para ello hay razones;
y, a cada bruto en su lengua.

¡Barajo! ¡qué versería

puerca la del tal Barriales!
ahi-juna pu...! ¿en qué andurriales
ese bruto nacería?
¿Qué yegua lo pariría

que al pujo no reventó?
cuando diz que lo largó
¡con seis patas! y que al verlo
tan animal, sin lamberlo,
alzó el rabo y lo solfió!

De ahí, cuentan que entre un maizal
con leche de choclo y miel
lo crió un gaucho de Montiel,
hasta prenderle el morral.
Entonces el animal

de juro se hizo maicero,
y después de eso afrechero
insaciable, hasta que al fin
ya es bruto grande y Rosín,
roncador y mashorquero.

Pues, ese mesmo bagual
me ha salido relinchando,
y como contrapuntiando
de versista federal.
¡Habrased visto animal

más jediondo y presumido!
sin duda se ha persuadido
que saliéndome a toriar
yo me voy a calentar;
pero, sepa ese aturdido...

Que a todo bruto Rosín,
que me hace coplas iguales
a las del tapao Barriales
le contesto a lo mastín;
que cuando un cuzco ruin

con ladridos lo torca,
el mastín lo desprecea,
y en vez de echársele encima,
ni le gruñe: se le arrima,
alza la pata y lo mea.

Después de estos lances, volví a dejarme andar calladito, pero luego sucedió que, ahora días pasaos en compañía del señor general don VENANCIO FLORES, cayó de Entreríos a esta ciudad una pandilla de jefes, oficiales y soldados, todos Orientales amargos y más coloraos que el fuego, que es lo mismo que decir: Salvajes Unitarios.

Entre los nombraos llegó también un amigo mío de todo mi cariño y confianza, como lo es el señor coronel don *Fausto Aguilar*, hombre que en la guerra siempre anda puntiando a vanguardia, haciéndose el *desganao* de peliar con tigres, digo yo, pero que, en ofreciéndose un entrevero, es capaz de tragarse hasta de a seis teruteros a un tiempo; y que de yapa todavía se queda lambiendo por un gallo de los míos. ¡Vaya un buitre insaciable!

De por fuerza: cuanto supe su llegada, enderecé de carrera a visitarlo, encontrándolo felizmente en su casa a eso de la oracioncita.

Así que llegué, y que me iba colando en la sala que estaba llena de oficialada y medio oscura, el coronel Fausto, que es un *lince*, me clavó el ojo y se me echó encima prendiéndome un abrazo a lo soldao, con el cual me hizo crujir los costillares... ¡La...pu...janza en las muñecas!

De ahí me mandó sentar a su lao, y agarró la *taba* diciéndome:

-¡Por Cristo! mi sargento Aniceto, ¡cuánto me alegro de verlo! ¿cómo le va de salud? pues desde el tiempo aquel, en que estuvimos juntos en la *zapallada de Caseros*, hasta hoy, nada he sabido de usted. ¿Dónde sale, amigazo?

-De por acá no más, amigo coronel Fausto, y va me ve algo alentao. ¿Y a usted cómo le va yendo?

Hombre, a mí me va viniendo la gana de *campo afuera*, pues, como he llegao a pie, deseo y necesito pronto apretarle la cincha a cualquier *Rosín* de esos de por el Rosario... por más mordedor y bellaco que sea.

-¡Ay, hijito, qué deseo tan indireuto! ¡óigale al colorao viejo!

--

-Cabal: y además deseo saber ahora mesmo, amigo Aniceto, si ¡no trai el gallo de mi afición.

-¡Adiós diablos! ya lo sentí venirse, pero no se lo traigo, porque no lo he soltado, ni ya me entretengo en eso.

-¡Voto a Cristo! ¿Cómo es eso que ahora en la ocasión más linda y calentona se empaca y no suelta el gallo? ¿entonces en qué diablos se entretiene?

-¡Me ando no más despacito en procura de trajinar una polla fina y linda, como para sacar cría, y entonces sí verá usted que...

-Salga, amigo Aniceto: ¿sabelo que yo pudiera ver si usted se anda así lerdando? es que de repente don Justo lo pille a tiro y le atraque un trajín y una polla de mi flor! ¿Oye?

-¿De veras? ¡oh! ¿y por qué?

Chancita: que se lo digan acá mis compañeros, y después no se encoja: ¡largue prontito el Gallo y abra el ojo! que lo primero le conviene a nuestra causa, y lo segundo a usted para salvar el cuero y acreditarse, a fin de hacer carrera linda en la milicia.

-¡Pues no, mi alma, y que hacía yo carrera linda en la milicia largando gallos!... No diga, coronel Fausto.

-Sí digo, sargento Aniceto; sin duda de que aquí ya sus paisanos cuando menos le habrán dado un buen cargo.

-Pues, señor, se equivoca muy fiero, porque acá los salvajes de hoy en día no me han dado ni leche, cuando a veces la redaman sobre algunos maulas mamones, ni tampoco tengo más cargo que la gineta aquella que, después de la aición de Monte Caseros, me dio don Justo José, a quien sea del modo que fuere se la debo; pero a los unitarios de ahora no les he merecido nada, sin duda porque soy poco pretencioso, y medio *cimarrón* para acercármeles, cuando largan nombramientos por cargueros; pero, como por eso yo no me he de *resertar* de la banda en que siempre me aguanté sin agraviarme por nada, sigo y sigo defendiendo el pleito por la Patria y nada más. ¿No le parece, coronel Fausto?

-Muy bien: y me parecerá mejor que, a pesar de lo que me ha dicho, suelte el Gallo, porque nos divierte mucho y anima a la paisanada, y en ancas porque a los mismos terutereros les gusta, y que sólo al viejo Justo lo abomba y lo hace rabiar.

-Eso es cuento, amigazo: ¿qué caso ha de hacer el Directo de mi Gallo infeliz?

-¿Qué dice? ¿que no le hace caso? Oiga: ahora poco tiempo, cuando nos preparábamos en Entreríos para sacarle el cuerpo a Urquiza, sabíamos por allá, de buena letra, todo el entusiasmo que había aquí entre el Porteñaje, y leíamos todos los periódicos de esta ciudad que iban chispiando contra el Viejo Soberbio, pero como no viamos ni una copla de *Aniceto*, medio desconfiando decíamos: ¿cómo es esto que ahora tan luego el Gallo ha cerrado el pico? ¿si le habrá entrado *moquillo*, o estará *juido*, o si estará *envaretao*, o por ladiarse del todo en esta cuestión?

-¡María Santísima! ¡qué esperanza! cuando usted sabe bien, coronel Fausto, que yo soy y seré siempre Salvaje Unitario, de opinión firme como palo a pique, y que ni el diablo me ladea. ¡Vaya, vaya, con sus dudas! ya me están haciendo calentar, no embrome.

-Me alegro: justamente es lo que yo quiero: templarlo en su lindo y hacerlo corcoviar hasta que suelte el Gallo; y de fijo que lo suelta cuando le diga yo algo más.

-Bueno pues, prosiga y desembuche *de una vez*.

-Pues, como le iba diciendo: en esas dudas estuvimos hasta que por fortuna y casualmente yo, y acá ese compañero, nos hallamos en presencia del viejo Justo, al tiempo que un tal Bilbao acababa de hacerle la lectura de un larguísimo chorizo de su misma Gaceta como les dice la Tribuna.

-Y es verdad que la Tribuna así los llama a los argumentos de don Pancho el *Ráculo*.

-Pues bien, ese mismo día Urquiza tenía ya entripada la noticia de que le fallaba la alianza del Paraguay y el Brasil: y que Cafulcurá lo andaba medio embrollando; y supo también ese mismo día temprano, que un vapor de los de acá lo había manoteado, de un barco en el Paraná, nada menos que dos mil garabinas y tres mil sables, entre los cuales le mandaban para él uno muy rumboso con vaina de plata, regalo que le venía de perilla cuando el viejo está tan escasón de armamento.

-De por juerza: ¡con tantísimos ejércitos que tiene armaos!

-Hágase cargo, amigo Aniceto.

-¡Pues no: barajo! ¡y cómo estaría de alunao por la falsiada de las alianzas, el manoteo del armamento atrás, de la ocurrencia de metérsele allí ese cócora de Bilbao a soplarle la longaniza o chorizo o argumento de su gaceta. ¡Barbaridá!

-Pues, con todo eso, don Justo no se calentó fiero sino cuando, para rematar la fiesta, entró ese su secretario Virotica trayéndole fresquitos los nuevos versos de usted, y que, como despreciándolos y por gracia, se puso a lerlos medio a la oreja del viejo, que luego empezó a hinchar las narices y a rascarse los cuadriles, medio clavándose las uñas, hasta que a media *lectura* reventó, pegando un bufido y diciendo: «¡Ahi-juna grandísima pu... salvaje perro: seguí no más largando Gallos, que el día que yo te agarre, juro y prometo hacerte *engrasar bien la cabeza*, y después de hacértela quemar como *chicharrón* yo mismo, de un revés te la he de cortar en el chiquero de los chanchos. ¡Anda, no más, pícaro piojoso!». ¿Qué le parece, amigo Aniceto?

-¿Qué quiere que me parezca? Calentura del Vucelencia y nada más. ¿Con qué me va a cortar nada si anda tan desarmao, y yo le tengo acá el corvo ese de los tres mil que le manotiamos? ¿con qué, repito, me puede afirmar el *corte seis* para descogotarme en el chiquero? con nada. Aunque ahora que viene al pelo, encuentro un cabe para facilitarle arma y quedar bien con el costitutionero.

-Vamos a ver, ¿qué piensa hacer para desagraviarlo?

-Nada más que soltarle un Gallo, que lleve un *corvo* en las patas y en la cresta la copla siguiente:

Ahí te mando, primo, el sable:
no va como yo quisiera,
del Paraguay es la vaina
y del Brasil la contrera;
los tiros son de Pa-juera,
aonde los perdió asustao
Cafulcurá que ha escapao
en una yegua rabona;
y también va una dragona
de chorizos de Bilbao.

¡Superiorazo! dijeron el coronel Fausto y sus compañeros, de quienes me despedí largándome a dormir, sin soñar con el chicharrón que quiere hacer de mi mate el golpito Directudo, a quien por último lo calculeo bien achicharronao con tantísimas contrariedades, chicharras y Terutereros flacones que lo rodean en el pantano que se ha metido de puro

SICOFANTÁSTICO.

Carta fresca y noticiosa del Ejército del Norte

Campamento en Cepeda, setiembre 28 de 1859.

Señora doña Sinforosa Pretao.

Celebraré, amada esposa,
que esta te halle ricotona
y sin estar barrigona,
que estés siempre buena moza;
yo acá estoy como la rosa,
gracias a la Providencia,
aunque sintiendo la ausiencia
de tu amor, que es mi regalo;
ando de amores al palo,
y, ¿qué hemos de hacer? Pacencia.

Con esta carta van dos
que te escribo esta semana,

pues tarde, noche y mañana,
a toda hora pienso en vos,
que este invierno sabe Dios
los fríos que habrás pasao,
a no haberte calentao,
como cuasi lo supongo,
de día con tu morrongo,
de noche con el pelao.

Has hecho bien, Sinforosa,
como yo, haciendo un esfuerzo,
para concertarte en verso
esta carta cariñosa:
aunque lo pior de la cosa
es que he de verme apurao
para hacer tal concertao,
a pesar de que haré empeño
pero es el diablo que el sueño
me tiene muy atrasao.

Y no pensés que el servicio
me esté haciendo cabeciar,
no es eso, es el orejjar...
que siempre será mi vicio:
así anoche, con Mauricio
tu primo, en una jugada
me pasé de trasnochada,
porque me sentí acertao;
aunque había trasnochao
en la anterior de avanzada.

Pues, con todo, entre bostezos
y sin más luz que la luna,
sin errar carta ninguna,
les pelé nueve mil pesos
a unos mercachifles de esos
que, vienen de la ciudá
a pelarnos por acá,
vendiéndonos el tabaco
a diez pesitos el naco
y aventao... ¡Barbaridá!

Y aquí que corre moneda,
como en la vida se ha visto,
por diez papeles, ¡qué Cristo!
sin pitar naides se queda:

pues no hay soldao que no pueda
hoy en nuestro campamento
gastar veinte, o gastar ciento,
divertirse y voraciar,
y por supuesto pagar
sin hacer asco al momento.

Únicamente he notao
en nuestra gente un disgusto
presumiendo que a don Justo
el rocín se le ha empacao:
o que se le ha empantanao,
de juro, errando la senda
por la cual a media rienda
a venir se disponía
de un tirón, ¡y que venía!
a traír la guerra tremenda.

Ojalá llegue mañana:
de veras que lo deseamos,
y verá si le atracamos
chuza, balas y tacana,
pues aquí crece la gana
de peliar, cada vez más;
así, a quien te hable de paz,
mientras que gobierne Urquiza,
hasta sacarle la friza...
largátele por atrás.

Por mí no tengas cuidao,
ni por naides finalmente,
porque, mi alma, entre esta gente
ni con luz se halla un morao:
sólo hay criollaje alentao,
rumboso y bien mantenido,
como igualmente lucido
a respeito de armamento,
pues tenemos, y no miento,
el siguiente contenido:

-Fusiles a Lominié,
garabinas fulminantes,
artillerías volantes
y de cohete Lacongré,
chocho largo y fiero que

encienden entre un cañuto
veinte o treinta por minuto,
y como ascuas culebriando
¡barajo! salen matando
gente y pingos a lo bruto.

En fin: ya el sueño me quiebra,
voy por eso a rematar
esta carta, y destapar
luego un porrón de giniebra,
al que, a tu salú, de una hebra
le sacaré hasta el añil;
y como siento al candil
flaquiar y hacerme chus-chus,
contento aparto a la luz
seis Loros nuevos de a MIL...

Los cuales te entregará
don Rosendo el pagador,
mozo lindo y servidor
con la mejor voluntá:
él, pues, te los llevará
sigún me lo ha prometido;
así, chinita, te pido
que al hombre lo agasajés;
pero no te descuidés,
mira que es medio cupido.

Luego, soltale las riendas
a tu gusto en el gastar,
sin dejarte trajinar
por los mozos de las tiendas.
Comprá, eso sí, lindas prendas,
como es y será tu flujo;
largale el valor al lujo,
y lucí tu aire de taco
zarandeando el miriñaco,
o, más bien dicho... el tapujo.

Con que así, prenda adorada,
adiosito, que ya espicha
el candil, cuando por dicha
mi carta está terminada.
Mañana a la madrugada,
si Dios quiere, Sinforosa,
te escribiré cierta cosa

fatal que me ha sucedido...
al firmarme -tu marido-
Anacleto Reventosa.

Boletín Sicofántico

De noticias importantísimas

Por un pájaro que en este momento acaba de llegar de Santa Fe, hemos recibido periódicos del Rosario, en los cuales se registra el curiosísimo anuncio que copiamos a continuación, y el cual aquellos periódicos lo han publicado bajo el título de:

La Sicofantada

Verso de todo tamaño y calibre:
ancho, angosto, largo, corto y libre.

Circo olímpico

Gran función extraordinaria para el día ° de diciembre próximo, en celebridad del aniversario de la gloriosa revolución que en la provincia rebelde de Buenos Aires hicieron los heroicos Urquizanos en contra de los infames e ingratos demagogos, porteños sicofantas.

Si no amanece alunado,
o Sicofantás-meado,
el día arriba anunciado,
el presidente afamado
en la plaza del Paraná
al público le dará
una variadísima función
de danza y equitación,
a beneficio de la Invasión
Urqui-Sicofantiza,
terute-espantadiza;
fiesta en que Su Excelencia
ofrece a la concurrencia,
a pesar de la ausencia
de su querido general
del Ejército Confederal
don Geromito Costa,
que en figura de langosta
el Diretor de los directores

ese día hará primores,
si no estuviere con dolores
de flato o reumatismo,
o sicofanticismo;
pues bailará en la maroma
la chuciada y la broma
de los Arreciferos,
voleando Teruteros:
y la mashorca a bordo
huyendo de Gorordo;
o sea, HORNOS y Mitre,
por desplumar al buitre
de buche extraordinario
que se traga la aduana del Rosario.

Luego, el mismo Diretor,
si le dura el buen humor
y por gusto se le antoja,
bailará en la cuerda floja
en facha de Terutero
el Minué-Montonero,
la Resfalosa-Federala,
y las apreturas DEL TALA.
En seguida se anuncia,
que presentará su renuncia
al Soberano Congreso,
mandándola entre un queso,
y alegando para eso
que se quiere retirar
a sicofantás-mear,
allá por lejanas tierras,
en esas grandes guerras
de Europa y del Oriente;
pues se halla el presidente
entusiasta y decidido,
desde que medio ha sabido
allá por informes confusos
la derrota de los Rusos:
por cuya consecuencia
suelta la presidencia,
largándose Su Excelencia
sin dar más beneficios
a ofrecer sus servicios
al emperador Nicolás.

De ahí dicen más atrás,

que, como es tan indeciso
Su Excelencia, de improviso
tomó otra resolución
y cambió de opinión
al saber poco después
la muerte del mariscal francés
general del Ejército Aliado:
cosa que don Justo ha lamentado
y por la que ha determinado
irse en yegua por tierra
a Francia y a Ingalaterra;
cierto que desde allí se sopla
al trote en Costantinopla,
desde que lo lleva el afán.
de empeñarse con el Sultán
para que le den el grado
del generalísimo finado.

Antes, para todo esto
renunciará, por supuesto,
a sus justas pretensiones
de humillar a los bribones
porteños Sicofantones,
desde que tiene aspiraciones
de concluir heroicamente
en la gran cuestión de Oriente
con todo Ruso viviente!
como que se morirán de susto
al saber que allá va don Justo,
llevando para ese fin
a su general Crespín,
acollarado a su mastín
Purvis, el Cancervero,
para soltarlos en algún entrevero:
y ofrece al mundo entero
el Presidente terutero
que por el siete de enero
próximo venidero,
antes de entrarse el sol,
como chuparse un caracol
se tomará a Sebastopol,
a Cronstad y hasta el Mogol,
si lo mandaren atacar,
aunque se tenga que tragar
al Peñón de Gibraltar...
para tener la gloria de triunfar

¡a sangre y fuego!
y de venirse luego
sin más tardar,
a Buenos Aires a sicofantear,
y de a pie o de a caballo
torcerle el pescuezo al Gallo.

¡QUÉ BARDARIDÁ!

¡LA CASACA POR DONDE LE DA!